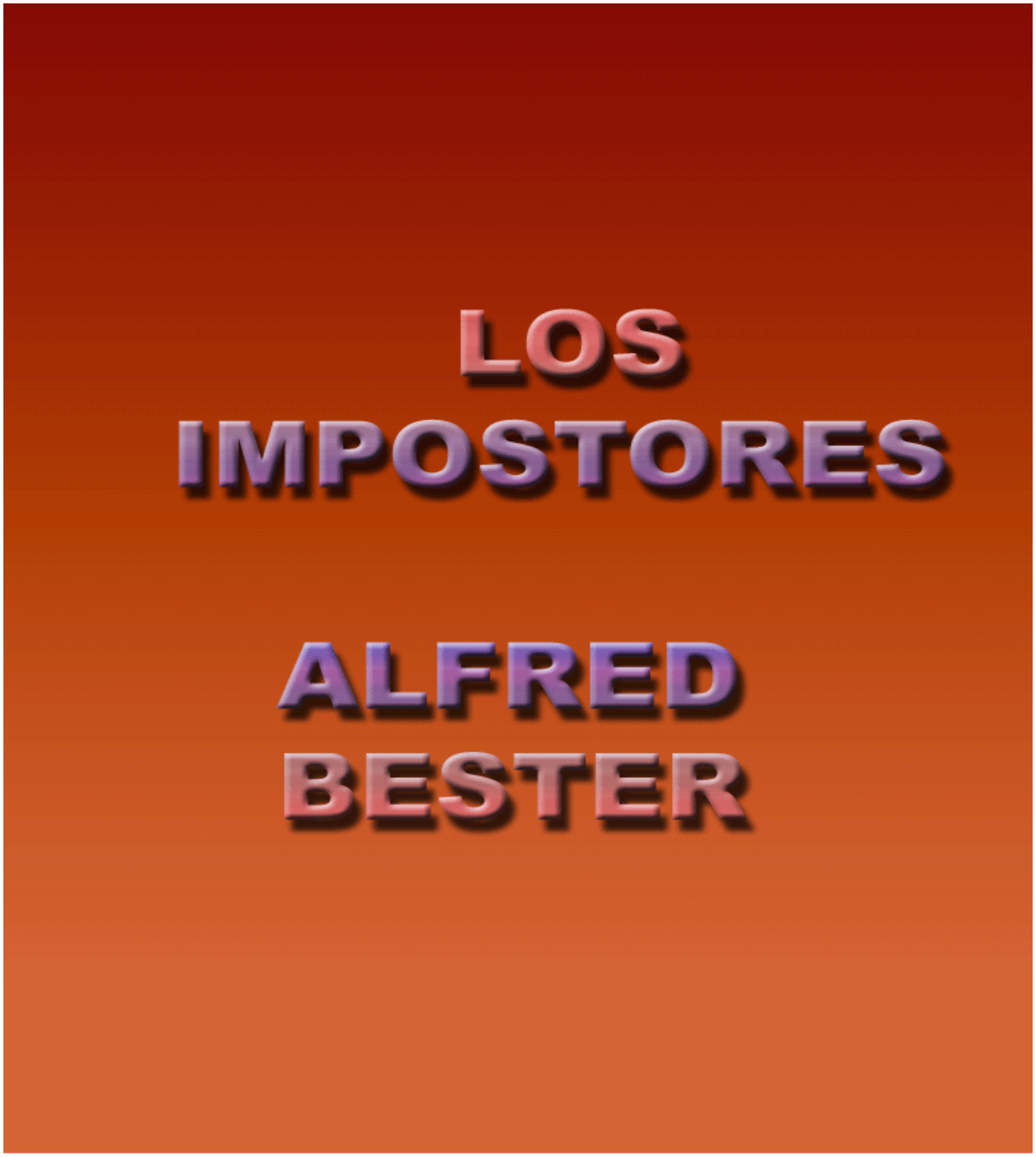
LIBRO dot.com

LOS IMPOSTORES

ALFRED BESTER



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

LOS IMPOSTORES
ALFRED BESTER

Descubrimiento

No sé cómo me verá el resto del mundo, pero a mí me parece haber sido como un niño que juega en la playa y se divierte cuando encuentra, de cuando en cuando, un guijarro más suave o una concha más bonita que de costumbre, mientras el gran océano de la verdad yace ante mí, inexplorado.

ISAAC NEWTON

Llevaba un mono con blindaje antirradiación. De color blanco. Lo que significaba que pertenecía a la clase de los ejecutivos. También llevaba un casco blanco con la visera bajada. Iba armado, como todos los ejecutivos en aquella instalación cuasimilitar. Caminó firmemente por la pista de cemento, iluminada por grandes focos, hacia el gigantesco hangar que se alzaba en la noche. Su seguridad era avasalladora.

Junto al hangar, parecido a la cúpula de un observatorio, una escuadra de guardia con uniformes negros dormitaba ante la puerta de entrada. El ejecutivo pegó al sargento una patada brutal, pero desapasionada. El jefe de la escuadra dejó escapar una exclamación y se puso en pie de un salto, imitado por el resto de los hombres. Abrieron la puerta para el hombre del mono blanco, que avanzó hacia la cerrada oscuridad. Entonces, casi como si acabara de ocurrírsele, se volvió hacia la luz, contempló a los soldados—que seguían firmes, temerosos y atentos—y también desapasionadamente, mató al sargento.

Dentro del hangar no había luces, sólo sonidos. El ejecutivo habló tranquilamente a la oscuridad.

— ¿Cómo te llamas?

La respuesta fue una secuencia de pitidos binarios, agudos y graves.

—En binario, no. Cambia a fonético. ¿Cómo te llamas? Respuesta.

La respuesta fue tan tranquila como la pregunta. Pero no venía de una sola voz, sino de un coro de voces, hablando al unísono.

—Nuestro nombre es R-OG-OR 1001.

— ¿Cuál es vuestra misión, Rogor?

—Obedecer.

—Obedecer, ¿a qué?

—A nuestro programa.

— ¿Habéis sido programado?

—Sí.

— ¿En qué consiste vuestro programa?

—Transporte de pasajeros y carga hasta la Cúpula de la Universidad OxCam, en Marte.

— ¿Aceptaréis órdenes?

—Sólo de entidades autorizadas.

— ¿Estoy autorizado?

—Tu impronta de voz está programada en el banco de órdenes. SÍ.

—Identificadme.

—Te identifico como Ejecutivo de Primer Nivel.

La respuesta volvió a ser una serie de pitidos graves y agudos.

—Ésa es mi identificación estadística. ¿Cuál es mi nombre social?

—No ha sido computado.

—Lo recibiréis ahora, y lo asimilaréis a mi impronta de voz.

—Circuitos abiertos.

—Soy el doctor Damon Krupp.

—Recibido. Computado. Asimilado.

— ¿Estáis programados para inspección?

—Sí, doctor Krupp.

—Abríos para inspección.

La cúpula del hangar se dividió lentamente en dos hemisferios, que se abrieron para dejar paso a la suave luz del cielo estrellado, permitiendo ver la nave de dos plazas con la que Krupp había estado hablando. Erguida sobre la profunda fosa de las toberas, guardaba un asombroso parecido con un gigantesco samovar de la antigua Rusia: pequeña punta en forma de corona, ancho cuerpo cilíndrico con unos salientes que podrían haber sido unas extrañas asas, todo ello apoyado sobre una base cuadrada de cuatro patas que, en realidad, eran las bocas de los cohetes.

Una escotilla abierta en la base inundaba el hangar con la luz procedente del interior del vehículo—la nave no necesitaba troneras—. Krupp subió dos peldaños y entró. R-OG-OR 1001 estaba sorprendentemente recalentada. Krupp se quitó la ropa, y se arrastró por el suelo para subir

hasta el tablero de control, en la corona del samovar. (La escalada no supondría ningún esfuerzo en el espacio, sin gravedad.) En el vientre de la nave descubrió los motivos de aquel calor tropical: una mujer desnuda juraba y maldecía sobre el equipo de mantenimiento que rodeaba una incubadora transparente. Examinaba el problema sin demasiada habilidad, como un pulpo.

Era su ayudante, la doctora Cluny Decco. Krupp nunca la había visto desnuda, pero habló con una voz controlada que no traicionaba lo placenteramente sorprendido que estaba.

— ¿Cluny?

—Sí, Damon. Ya te he oído intercambiar cumplidos con la nave. ¡Oh! ¡Maldita sea!

— ¿Problemas?

—Esta jodida bomba de oxígeno tiene mal genio. Ahora la ves, ahora no la ves. Podría matar al niño.

—No se lo permitiremos.

—Tampoco podemos correr riesgos. Después de cuidar y alimentar a nuestro feto durante siete meses, no pienso dejar que un cacharro nos lo destruya.

—No es la maquinaria, Cluny. Lo que altera las lecturas y obstruye la bomba de oxígeno es la presión ambiental. Todos estos aparatos han sido diseñados para el espacio, y en el espacio funcionarán.

— ¿Y si no es así?

—Romperemos la incubadora y le haremos la respiración boca a boca.

— ¿Romper este trasto? ¡Cristo, Damon! Sólo para abrirla ya hace falta un martillo pilón.

—No lo tomes al pie de la letra. Hablaba de romperla en términos de procedimiento.

—Oh. —La chica se arrastró para levantarse, con la piel y el temperamento echando humo. Krupp nunca la había encontrado tan deseable—. Lo siento. Nunca he tenido el menor sentido. Del humor. —Le dirigió una mirada extraña—. ¿Lo del boca a boca también era un chiste?

—Eso no —replicó Krupp, atrayéndola hacia sí—. Llevo prometiéndome esto desde que nuestro niño fue decantado, Cluny. Ahora ya ha nacido....

Y ésta es la razón de que R-OG-OR 1001 se estrellara en Ganímedes.

La nave se salió de su rumbo por un golpe fortuito de una partícula cósmica en el sistema direccional. Una posibilidad entre un millón. Pasa a veces, y se corrige manualmente. Pero Krupp y Decco tenían demasiada fe ciega en sus computadoras y estaban demasiado inmersos en la mutua pasión. Así que los tres cayeron: el hombre, la mujer y el niño de la incubadora.

Todo esto comenzó en la Isla Jeckyll (no tiene nada que ver con Mr. Hyde), donde comienza la historia. Me enorgullezco de saberlo, porque suele ser raro descubrir el primer eslabón en una cadena de acontecimientos. No me enorgullezco de estar usando una percepción retrospectiva de 20-20, puesto que mi trabajo debería ser una percepción prospectiva de 20-20. Ya veréis por qué cuando avancemos unos cuantos eslabones más en la cadena.

Me llamo Odessa Partridge, y estaba en una posición única para descubrir, a veces incluso reconstruir, los acontecimientos que precedieron y siguieron a los hechos, para ponerlos en la secuencia correcta en esta historia. Exempli gratia: he empezado con el encuentro en R-OG-OR 1001, del cual no supe nada hasta mucho después, y aun así gracias a los cotilleos que seguían circulando por Cosmotron Gesellschaft. Aquello respondía a muchas preguntas, pero demasiado tarde. De todos modos, sólo fue un hallazgo fortuito: yo andaba buscando otra cosa.

Por cierto, si parezco un poco frívola en mi manera de hablar, es porque este trabajo puede llegar a ser tan condenadamente agotador que el humo es el único remedio eficaz. Dios sabe que las siniestras pautas generadas en la Isla Jeckyll, que atormentaron las vidas del Sintetista de Ganímedes, La Duende de Titania, y la mía propia, necesitaron de todo mi humor.

Ahora, echemos un vistazo a los hechos que rodean este primer eslabón de la cadena.

Cuando Cosmotrón planeó su Planta Energética de Metástasis, amenazó, chantajeó, sobornó y, por fin, obtuvo permiso para construir la Isla Jeckyll en la costa de Georgia. Tardaron un año en expulsar, incluso en matar, a los intrusos y ecologistas atrincherados en la reserva Greenbelt. También dedicaron ese mismo año a limpiar la basura, los desperdicios y los cadáveres que dejaran los ilusos. Luego rodearon la Isla Jeckyll con 1.500 megavoltios que garantizaban la privacidad, y construyeron la planta de energía.

Para la producción, necesitaban aparatos largo tiempo abandonados y olvidados. Pasó otro año mientras exploraban y asaltaban museos, buscando maquinaria antigua. Entonces descubrieron que su joven y brillante ingeniero, con todo su doctorado, no tenía ni la más remota idea de cómo funcionaban aquellas antiguallas. Contrataron a un experto en personal de alto nivel, que sacó de su retiro a ancianos profesores y le pusieron bajo contrato para manejar el Apparat que sólo ellos comprendían. El experto fue elevado al cargo de supervisor. Era el doctor Damon Krupp, que se había licenciado en Psicología Empresarial.

La tesis doctoral de Krupp versó sobre la corea de Huntington (Baile de San Vito), una asombrosa exploración del concepto de que la enfermedad incrementaba el potencial intelectual y creativo del paciente. Fue un trabajo tan impresionante, causó tal revuelo, que sus detractores, decían, “Krupp tiene el Baile de San Vito, y San Vito tiene el de Krupp”.

Aún seguía estudiando la potenciación del intelecto, cuando la planta Cosmotrón abrió sus puertas a un peligroso experimento. Cosmotrón sintetizaba todos los elementos de la tabla periódica, desde los que tenían un peso atómico de 1,008 (hidrógeno) a los de 259,59 (asimovio) mediante un proceso metastásico que duplicaba en miniatura la reacción solar termonuclear. Los productos radiactivos eran un peligro constante, y el personal tenía que utilizar siempre trajes blindados. Pero la radiación inspiró el experimento de Krupp: Potenciación Fetal Generada con Maser por Emisión Conjuntiva de Radiación.

Su ayudante, Cluny Decco, doctora en medicina, se sintió encantada de participar. Sobre todo, porque estaba perdidamente enamorada de Krupp, pero también porque le encantaba tratar con maquinaria. Juntos, diseñaron e instalaron el equipo de laboratorio para lo que llamaban “El Experimento Pofmecra”. Por supuesto, era un acrónimo de Potenciación Fetal Generada, etc. Entonces llegó el problema del material. Aquí intervino Cluny.

Disimuló anuncios sobre abortos gratuitos en todos los medios de comunicación de Georgia. Juntos, hicieron un estudio físico y psicológico de todas las candidatas, hasta que apareció la ideal. Era una chica de montaña, alta, morena, hermosa, con la aguda inteligencia de una analfabeta. Víctima de una violación rural, llevaba dos meses de embarazo. Esta vez, la doctora Decco se

tomó molestias increíbles para conservar intacta la bolsa del feto, que fue situada en un matraz lleno de fluido amniótico.

Mediante microcirugía, Cluny unió el cordón umbilical a una máquina que aportase una nutrición equilibrada al feto. Era un método tan investigado que, para entonces, ya se le podía calificar de Procedimiento Estándar. Pero era la primera vez que se utilizaba el engañoso Maser potenciador. Nunca se sabrá cómo lo hicieron. Krupp y Decco eran los únicos que estaban al tanto, y el secreto murió con ellos en Ganímedes. De todos modos, Cluny tuvo un breve encuentro con uno de los ejecutivos de Cosmotrón, que debe permanecer en el anonimato. En la cama, sostuvieron la siguiente conversación:

—Escucha, Cluny, a veces el doctor Krupp y tú habláis en susurros de algo llamado "Pofmecra". ¿Qué es eso?

—Un acrónimo.

— ¿Qué significa?

—Has sido un encanto conmigo.

—Y viceversa.

— ¿Puedo darte tratamiento de ejecutivo?

—Ya lo soy.

— ¿No se lo dirás a nadie?

—Ni al presidente Gesellschaft en persona.

—Potenciación Fetal Generada con Maser por Emisión Conjuntiva de Radiación.

— ¿Cómo?

—Como lo oyes. Hemos utilizado algunos de nuestros desechos radiactivos.

— ¿Para qué?

—Para potenciar un feto durante la gestación.

— ¡Un feto! ¿Dentro de ti?

— ¡Demonios, no! Es un niño probeta que flota en un vientre Maser. Lo decantamos hace unos nueve meses, ya está casi listo.

— ¿Dónde lo conseguisteis?

—Aunque lo supiera, no te lo diría.

— ¿Qué es lo que estáis potenciando?

—Ahí está el problema, no lo sabemos. Damon creía que estábamos haciendo una potenciación general, algo así como poner el niño bajo una lupa...

— ¿Hablas de tamaño?

—Hablo de cerebro. Pero hemos monitorizado las pautas oníricas—ya sabes que el feto sueña, se chupa el pulgar y todo eso—, y son normales. Ahora sospechamos que lo que hicimos fue tomar una sola aptitud, llamémosla X, y multiplicarla por sí misma en una especie de progresión geométrica.

— ¡Qué locura!

—Así que, ¿qué es X, la aptitud desconocida que hemos multiplicado por sí misma? Sabes tanto como yo.

— ¿Crees que lo averiguaréis?

—Damon opina que necesitamos ayuda. Es un tipo genial, el más grande, de verdad. Y lo que le hace grande es su modestia. No le importa admitir que se ha quedado bloqueado.

— ¿Dónde encontraréis ayuda?

—Vamos a llevar el niño a Marte, a la Cúpula de la Universidad OxCam. Allí están todos los expertos, y Damon tiene la influencia necesaria para conseguir toda la prognosis que quiera.

— ¿Y todo esto por un experimento de niño probeta?

—No es un experimento cualquiera. Después de siete meses de absorber radiación, no puede ser un vulgar niño probeta.

— Debe tener alguna cualidad especial. Pero, ¿cuál? Repito, encanto, sabes tanto como yo.

Cluny no lo supo jamás.

Hace años, vi un musical encantador en el cual la Compére (en el programa le llamaban "Narradoresa") no sólo contaba la historia y describía la acción que se desarrollaba fuera del escenario, sino que también contribuía a ella vigorosamente, actuando y cantando en una docena de papeles diferentes. Ahora me siento como ella, porque antes de hacer de Cupido en el romance entre la Duende de Titania y el Sintetista de Ganímedes, tengo que hacer de historiadora (¿Historiadoresa?) de todo el solar.

Por supuesto, hemos olvidado nuestra historia. Aquel intuitivo filósofo, Santayana (1863-1952) dijo una vez: "Los pueblos que olvidan su pasado están condenados a repetirlo". ¡Sorpresa, sorpresa! Lo estamos repitiendo con una estupidez que raya en lo suicida. Dejad que os recuerde la historia de nuestro Solar, sólo por si os perdisteis la lección de Cosmografía del lunes. O bien, si elegisteis por error la asignatura llamada Cosmetología: Rama de la filosofía que se ocupa del embellecimiento de la complexión, la piel, etc. (dos créditos).

Vuelve a ser el "Nuevo Mundo". Así como los ingleses, españoles, portugueses, franceses y holandeses colonizaron las Américas y lucharon en el siglo XVII, los terrestres colonizaron el Solar y pelean en el siglo XXVII. La naturaleza humana no cambia demasiado en un millar de años. Nada puede cambiarla. Consultad con vuestros amigos antropólogos.

Los Wops (así se llama despectivamente a los italianos, en parodia de los Wasps, los relamidos Blancos—whites—, anglosajones y protestantes, que formaron cierta élite social) se

instalaron en Venus. Era un planeta italiano, e insistieron en llamarlo Venucio, en honor de un tal Américo Vespucio, que ya había dado su nombre a otro sitio. El satélite de Tierra, Luna, era quintaesencialmente californiano, y uno juraría que cualquiera de sus demenciales Cúpulas iba a llamarse Playa Músculo o Gran Sur. La misma Tierra fue convertida en un inmenso dominio para los Wasps, cuando casi todos los demás la mandaron a hacer gárgaras.

Los ingleses descubrieron que Marte les recordaba mucho a su repelente clima nativo, y las Cúpulas del Reino Unido fueron programadas para "Días de Sol", "Llovizna" y unas "Navidades Blancas" a lo Charles Dickens. Un punto divertido: el "año" marciano es casi el doble de largo que el terrestre, así que tenían que elegir entre tener veinticuatro meses, o meses de seis días. No se pusieron de acuerdo, así que hubo un auténtico lío con las Navidades, la Pascua y el Yom Kippur.

Ya entenderéis que estoy simplificando. La verdad es que, aunque en Marte hay una mayoría de ingleses, también hay galeses, escoceses, irlandeses, hindúes, nativos de Nueva Escocia, incluso de los Apalaches, descendientes de los pioneros que en el siglo XVII se asentaron en América. A veces, se mezclaban entre ellos. A veces, preferían el aislamiento.

Del mismo modo, cuando digo que Luna es "quintaesencialmente californiana", sólo describo en realidad el loco encanto de ese segmento que ha impregnado todas las Cúpulas: Mexicana, Japo-Americana, Canadiense, incluso Las Vegas y Montecarlo, los centros de juego. Las han enfocado hacia los bikinis, los cochecitos para las dunas lunares, la salud holista, la reflexología y las charlas de café sobre el "potencial humano", "la interacción" y "el espacio que te rodea".

Recordad eso mientras describo el Solar. Sólo estoy poniendo de relieve lo más importante de un confuso revoltijo.

Tritón, en Neptuno, el más grande y lejano de los satélites habitables del Solar, era japonés-chino (contracciones: "japo-chino" o, simplemente, "jin"), aunque también tenía otras razas asiáticas. Eran tan arrogantes como siempre. Despreciaban a los que ellos llamaban "Bárbaros del Interior". Y ahora más que nunca, desde el descubrimiento de "Meta" (abreviatura de metástasis), el sorprendente y novísimo generador de energía que irrumpió como un rayo en el Solar, e hizo estallar más conflictos que el oro en toda su historia.

Durante siglos, habíamos desperdiciado nuestras fuentes de energía como marineros borrachos, y ahora sólo quedaban unos restos increíblemente caros en el fondo del barril:

Combustibles cuasifósiles y semifósiles como la turba y los esquistos aceitosos.

Sol, viento y mareas. (Instalaciones demasiado complejas y costosas, solo para ncos.)

Carbones incombustibles: hollín, cenizas y residuos sulfurosos.

Restos de la maquinaria de la Unidad Térmica Británica.

Calor por fricción en las fábricas de plástico, goma y madera contrachapada.

Bosques de madera de pulpa, de crecimiento rápido: álamos blancos, sauces y chopos. (Pero la explosión demográfica limitaba el terreno cultivable.)

Calor geotérmico.

Los generadores de energía atómica, tipo Isla de las Tres Millas, seguían contando con la decidida oposición de la mitad de la población, que prefería congelarse a abrasarse. Entonces

llegaron los Meta, el inesperado catalizador de energía descubierto en Tritón. Y fue casi como si la Madre Naturaleza hubiera dicho: "Ahora que ya habéis aprendido la lección sobre no malgastar, ahí tenéis la salvación. Usadla con sabiduría".

Aún está por ver si el Solar será capaz de hacerlo.

Ganímedes de Júpiter era zona decididamente africana, sazonada con morenos y mulatos. Los negros se la habían arrebatado a Francia y a sus colonias, que estaban hasta las narices de la desesperada guerra contra los negros, y ahora se dedicaban a luchar entre ellos. (No eran primitivos, sólo pendencieros.) Otros negros y morenos echaron una mano: Congo contra Tanzania, Maorí contra Hawai, Kenia contra Etiopía, Alabama contra Toda-África, und so weiter. Eran la desesperación de la ASPGC, la Asociación Solar para el Progreso de la Gente de Color.

Las Cúpulas A*o son de gran colorido, muy visitadas por los turistas. Se han intentado crear réplicas de los poblados tribales con chozas de hojas de palmera (dotadas de modernas cañerías) y pequeños patios en los que las mascotas son animales africanos: nilgos, ñus, crías de elefante y rinoceronte, todo tipo de serpientes exóticas, incluso cocodrilos (los que podían permitirse un estanque), que son una constante fuente de molestias. Los cocodrilos jóvenes comen como sibaritas, y el despreciable crimen del secuestro de los animalitos de compañía se ha extendido por Ganímedes.

Los holandeses, y algunos más, están en Calisto de Júpiter. Como Ganímedes, es más grande que Mercurio. Sus Cúpulas recuerdan al Brujas medieval, con calles pavimentadas con cantos rodados y casas colgantes. (A la Cámara de Comercio de Calisto no le gusta, pero las prostitutas locales, como sus predecesoras en Amsterdam, siguen colgando espejos a los lados de las ventanas para tener una buena visión de toda la calle, y golpean los cristales con una moneda cada vez que pasa un posible cliente.)

Calisto está lleno de establecimientos de oro, plata, joyas y talla de piedras preciosas... Lo que atrae una gran población judía a las Cúpulas. Tradicionalmente, los judíos son expertos en piedras preciosas, y siempre han tenido buenas relaciones con los holandeses. También están las no menos tradicionales colonias de artistas, y el resto del Solar se pregunta cómo pintores con nombres como Rembrandt-29-van Rijn, o Jan-31-Vermeer, tienen tal demanda y consiguen tanto dinero por una producción avant-garde que ninguna persona sensata albergaría en su casa.

Titán de Saturno (no confundir con Titania de Urano, de eso hablaremos mucho más tarde) empezó como la antigua Australia de Inglaterra. Era un terreno destinado a reincidentes irrecuperables, hasta que el Solar descubrió que era más fácil ejecutarlos que transportarlos, ¡y al infierno con las plañideras y los corazones tiernos! Sus descendientes aún hablan una anacrónica e incomprensible jerga de convictos, es un infierno desequilibrado de arcaicos odios contra el Solar y no forma parte de esta historia, excepto para hacer la clásica frase: "Primer premio, un día en Titán. Segundo premio, una semana en Titán".

Algunos de los satélites pequeños, como Fobos, Mimas, Júpiter VI y Júpiter VII, tienen pequeñas colonias de monstruos dedicados a religiones diversas, grupos de teatro, dietas y abstinencias sexuales. Con una única y adorable excepción, nunca se han descubierto aborígenes en ninguno de los planetas y satélites del Solar, así que los holandeses no tuvieron que comprar Calisto por veinticuatro dólares. No hubo indios que se opusieran a los ingleses en Marte. Un payaso que se autodenominaba "Jones de las Estrellas" fundó un culto con otras mil personas que también creían haber nacido en el espacio exterior, para luego ser secuestradas por el Solar. Y estableció la Cúpula Jones en Cuenca Caloris de Mercurio, satélite que, de todos modos, nadie quería.

Un "día" mercuriano dura ochenta y ocho días terrestres, y la temperatura sube lo suficiente como para fundir el plomo. Los alienígenas secuestrados en las estrellas no tuvieron que

suicidarse; un día falló el aislamiento de la Cúpula, y todos se achicharraron. Los sádicos a los que les gustan los horrores del teatro del Gran Guiñol, suelen viajar a Cúpula Jones para ver las momias asadas y luego congeladas. Un chalado, con extraño sentido del humor, puso una manzana en la boca a Jones de las Estrellas. Aún sigue ahí.

Ah, pero esa extraordinaria excepción, Titania, la Duende de lo Inesperado, Hija de Urano, mítico Rey de los Cielos. ¡Allí se encontraron nativos! El gran William Herschel, músico profesional y astrónomo aficionado, echó un vistazo a Urano con su telescopio casero, en 1781, y seis años más tarde descubrió el satélite Titania. ¿Alguna pregunta?

P: Sí, por favor, querríamos una descripción.

R: Bueno, Urano está cubierto de una brillante capa de nubes color naranja, rojo y...

P: No, de Urano no. De Titania.

R: ¡Ah, sí, la luna mágica! ¿Sabéis? El cosmos tiene sentido del humor. En casi todos sus sistemas y combinaciones, hay un monstruo que se burla del orden y la armonía. Casi recuerda a la famosa frase de Roger Bacon: “No hay belleza perfecta que no tenga algo extraño en sus proporciones”.

P: Francis.

R: ¿Cómo?

P: Era Francis Bacon, no Roger Bacon.

R: Francis, claro. Gracias. En el ensamblaje del Solar, Titania es esa cosa extraña, maravilla y exasperación del resto. Maravilla, porque las pocas pistas y datos que tenemos son fascinantes. Exasperación, porque no los entendemos.

P: ¿Cómo son ellos?

R: Si estáis familiarizados con las gemas y los cristales, sabréis que casi todos los cristales tienen inclusiones de fluido. El tamaño de estas inclusiones varía entre una micra y algunos centímetros de diámetro. Las inclusiones de más de un milímetro son bastante raras. Las de un centímetro, son piezas de museo.

P: Pero ¿no destruyen el valor de las gemas?

R: Cierto, cierto. Pero estamos estudiando la geología de los cristales. La mayoría de estas inclusiones contienen una solución de varias sales, en varias concentraciones que van del agua casi pura a salmuera concentrada. En muchas también hay una burbuja de gas. Cuando la burbuja es suficientemente pequeña para responder a las irregularidades en el número de moléculas que la golpean, se puede ver cómo se mueve continuamente, siguiendo la ley de Brown:

nl- mg (p—p') No (hl - h2) —= exp n2 p R T

P: Nos hemos perdido, ¿lo sabías?

R: Lo siento, me dejé llevar por el Einstein clásico. Pero espero que lo entendáis, es fascinante contemplar estas burbujas con un microscopio, y pensar que llevan mil millones de años paseando nerviosamente por su celda.

P: ¿Cuándo llegarás a lo de Titania, la luna mágica?

R: Un momento, un momento. Algunas de estas inclusiones tienen un cristal o más en el líquido. Algunas están compuestas por varios líquidos inmiscibles. Unas pocas contienen sólo gas. A veces, los cristales que hay dentro de las inclusiones tienen sus propias inclusiones, con burbujas dentro de ellas, y así ad infinitum. Ahora, multiplicad esto por un millar de millares, y tendréis a Titania, el monstruo del Solar.

P: ¿¡Cómo!?

R: Como lo oís. Bajo la costra de polvo de meteorito, acumulado durante eones, el satélite contiene un conglomerado de gigantescos cristales que van desde el de treinta centímetros al de kilómetro y medio de diámetro.

P: ¿Y pretendes que nos creamos eso?

R: ¿Por qué no? El modelo tradicional de planeta y satélite está siendo revisado. Se especula sobre si la Tierra puede ser en realidad un organismo viviente. Lo que pasa es que no podemos profundizar suficiente para saberlo. Ahora sabemos que en la formación del Solar no sólo intervinieron unos simples gases que se condensaron en meros sólidos.

P: ¿Y qué hay de los cristales de Titania?

R: Tienen una multitud de inclusiones, dentro de inclusiones, dentro de inclusiones... ad infinitum.

P: ¿Y también se supone que están vivos?

R: No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que contienen una fascinante forma de vida que ha evolucionado, siguiendo su propio movimiento de Brown. Son seres maravillosos, y exasperantes, porque no permiten visitas ni exploraciones por parte del Solar. Su lema es “Titania para los titánidos”.

P: ¿Cómo son?

R: ¿Las inclusiones? Una especie de protouniversos. Tienen una especie de autoiluminación, y a veces sincopan o sincronizan cuando salen a la superficie de la costra. Parece que hay una especie de enlace osmótico o molecular entre ellas, que...

P: No, no. Los habitantes locales. Los nativos de Titania. ¿Cómo son?

R: ¡Ah, los titánidos! ¿Que cómo son? Italianos, ingleses, franceses, chinos, negros, mulatos, tu esposa, tu marido, tres amantes, dos dentistas y la perdiz que se posa en un peral.

P: Déjate de bromas. ¿Cómo son?

R: ¿Quién bromea? Se parecen a cualquier ser vivo. Los titánidos son polimorfos, lo que significa que pueden adoptar cualquier forma que les apetezca.

P: ¿Y cualquier sexo?

R: No. Los chicos son chicos, y las chicas, chicas. No se reproducen por esquejes.

P: ¿Es una cultura alienígena?

R: Es alienígena, pero no de una estrella lejana. Es un producto estrictamente Solar, aunque al margen del hombre.

P: ¿Es una cultura antigua?

R: Data, al menos, de la era terciaria de la Tierra. Unos cincuenta millones de años.

P: ¿Es una cultura primitiva?

R: No. Se han desarrollado más de lo que podemos imaginar.

P: Entonces, ¿por qué no visitaron nuestra Tierra en el pasado?

R: ¿Qué os hace suponer que no lo hicieron? El faraón Tutankamón pudo ser un titánido. O Pocahontas. O Einstein. O Rin-Tin-Tin. O el científico loco que se apoderó de Cuba.

P: ¿Qué? ¿Son peligrosos?

R: No, son muy aficionados a la diversión y a los juegos. Nunca sabes qué están preparando. Son los duendes de lo inesperado.

Y una titánida se enamoró del Sintetista.

Habíamos estado siguiendo y usando al Sintetista, sin que él lo supiera, durante muchos años. Para nosotros, era una especie de perro de caza. De hecho, su nombre clave entre nosotros era "Perdiguero". Supongo que querréis saber cómo le utilizábamos. Ahí va un ejemplo:

El Solar estaba soportando una inundación de monedas y billetes falsos, hermosos trabajos acuñados en metal inglés. Nosotros permitimos la operación —Pert es el acrónimo de Programa de Evaluación y Revisión de Técnicas—, compusimos un mapa del flujo que seguía el progreso de las falsificaciones desde Marte hacia todo el Solar, pero no encontramos el Punto Crítico para atacar. En otras palabras, teníamos que localizar el hilo concreto de la red que nos llevara a la detención de todo el proceso.

Bueno, "Perdiguero" estaba en la Cúpula Londres, haciendo un reportaje Cockney en color para Solar Media. Exploró todas las pautas, incluyendo el tradicional slang de rimas: platos por pies (platos de té, pies), perro por verde (perro muerde, verde) y lámpara por flash (lámpara, cámara, flash). Flash es el nombre que se da a la moneda falsificada. Y ése era nuestro Punto Crítico.

Porque en New Strand había una tienda de antigüedades llamada "Lámparas y Cámaras", especializada en medallas viejas, antiguos trofeos de plata, espadas ornamentales, gavelas y mazas... Esa clase de cosas. Muy chic. Muy cara. Habíamos estado peinando, sin éxito, las fundiciones de metal en busca de la fuente de las monedas. Y allí estaba, bajo nuestras narices, sacándonos la lengua sin que nos diéramos cuenta. Los antiguos trofeos no son de plata, sino de metal inglés.

Sabíamos mucho sobre "Perdiguero", por necesidad, pero desconocíamos su estirpe. Ni él mismo lo sabía. Será mejor que explique el enigma describiendo mi primer encuentro con él, algún tiempo después de que descubriéramos que podíamos utilizar sus cualidades únicas.

Fue en una de las deliciosas tertulias de Jay Yael. Jay es un profesional del arte que lo mismo colecciona cuadros que gente. Había una docena de invitados, incluyendo al estimado protegido de Yael, el Sintetista. Era un joven alto, anguloso, que daba la impresión de que se encontraría más a gusto sin ropa. Se comportaba como una muy especial y rara celebridad, y en cierto modo lo era equilibrado. divertido, jamás se tomaba en serio a sí mismo, mostraba muy a las claras su idea de que la fama es sólo en parte merecida, y que se debe sobre todo a la suerte. Además, tenía un extravagante sentido del humor.

Mostraba un absorbente interés en todo y en todos, escuchando intensamente y calculando sus respuestas para animar al que hablaba. Este cálculo se debía a su talento de sintetista, pero también tenía otra notable cualidad: la habilidad de convencer a cada miembro del grupo de que estaba dedicando todo su absorto interés únicamente a él o a ella. Te miraba, y en su mirada leías que eras la única persona que realmente contaba para él.

Cuando alguien tiene tanto éxito, siempre existe el peligro de que inspire hostilidad, a menos que resulte evidente que no es absolutamente perfecto. El Sintetista tendría defectos privados, seguro, pero también uno público, extraño y llamativo: siempre llevaba unas enormes gafas oscuras para tratar de disimular las sorprendentes cicatrices de sus mejillas, quemadas por el sol. Tenía la costumbre, tan automática que parecía un tic, de bajarse las gafas para tapar las cicatrices.

Era Rogue Winter, por supuesto. Durante una pausa en la conversación, le pregunté si su nombre era un apodo. Simplemente para hacerle hablar, claro. Lo sabía todo sobre él, porque ése era mi trabajo.

—No—me respondió solemnemente—. Es un diminutivo de Elephant Rogue. Es decir, Elefante Salvaje. El doctor Yael me descubrió en Africa, tras matar de un tiro a mi madre. Una raza alienígena de Bootes Alfa la había cruzado con un gorila.—Se bajó las gafas—. No, soy un mentiroso. En realidad, es diminutivo de Rogue Macho. El doctor Yael me descubrió en un prostíbulo, tras matar de un tiro a la madame. La querida señora Bruce.—Otra vez las gafas—. Pero, si quiere saber la auténtica verdad—dijo con mortífera tranquilidad—, mi nombre completo es Rogue Gallery Winter. Cuando el doctor Yael mató de un tiro al Inspector Jefe de Scotland Yard...

—¡Ya basta, hijo!—rió Yeal. Todos nos reíamos—. Cuéntale a esta encantadora dama cómo hice mi mayor descubrimiento.

—No sé qué opinarán los demás, señor, pero fue su descubrimiento, y es su historia. No pienso goniff en su papel.

—Sí, te he educado como a un gentil—sonrió Yael—. Bueno, brevemente, los exploradores de la Cúpula Maorí en Ganímedes encontraron a Rogue entre los restos de una nave espacial. Era un niño, el único superviviente. Lo llevaron a la Cúpula, donde el
rey o jefe, Te Uinta, le adoptó formalmente.

—No tenía hijos —explicó Rogue—, sólo hijas. Cuando muera Uinta, seré el rey banana.

—Rogue lleva grabadas en las mejillas las marcas de la realeza, aunque está absurdamente avergonzado de ellas.

—Las chicas se me escapan—señaló Winter.

Otra vez las gafas.

Yo conocía su historial con las mujeres, así que tuve que contener una risita, aunque estoy casi segura de que sus agudos ojos lo advirtieron.

—Los maoríes le llamaron Rog—siguió Yael—, porque ésas eran las únicas letras identificables que quedaban en la nave. R-agu-jero-O-Ge. R-OG. Tal como lo pronunciaba Uinta, podía entenderse Rogue. ¿Verdad, hijo?

—Más bien lo pronunciaba como R-gruñido-G, señor—dijo Winter. Luego expresó su nombre al estilo maorí—. Hace que la gente tenga ganas de decir "Gesundheit".

—Fin de la primera parte—continuó Yael—. Segunda parte. Yo estaba visitando la Cúpula Maorí para echar un vistazo a sus maravillosas tallas de madera, cuando me salió al paso un niño de diez años con su hermana. La chiquilla llevaba una túnica de abalorios, y él señalaba las cuentas, intentando explicarle la pauta que veía en ellas.

—¿Cuál era?—pregunté.

—Díselo a la encantadora dama, R-gruñido-G.

—¡Parecía tan obvio...!—Winter se bajó las gafas—. La pauta se componía de cuentas y puntadas en triángulo:

Rojo-Rojo-Rojo-Rojo-Rojo-Rojo-Rojo-Rojo
Puntada-Puntada-Puntada-Puntada
Negro-Negro
Puntada.

Yael volvió los ojos al cielo.

—¡Dios libre a los simples mortales de los genios!—Se echó a reír—. ¿Le han oído hablar del triángulo? Siempre es así. Piensa y vive en función de pautas. Tendré que traducir. El hijo del rey señalaba un grupo de ocho abalorios rojos y levantaba un dedo. Luego, señalaba cuatro puntadas vacías y hacía un signo maorí que quiere decir cero. Levantaba otro dedo por las dos cuentas negras. Otra vez el signo del cero ante la única puntada vacía. Luego pasaba la mano por el triángulo y levantaba diez dedos. Su hermana se reía porque le hacía cosquillas, pero ése fue mi gran descubrimiento.

—¿Cuál?—pregunté—. ¿Que las niñas tienen cosquillas?

—Claro que no. Que su hermano era un genio.

—¿Diseñando con abalorios?

—Utilice el cerebro, señora. Un grupo de ocho. Nada de cuatro. Un grupo de dos. Nada de unidades. El hijo del rey estaba contando en binario. Uno-cero-uno-cero es igual a diez.

—Parecía tan obvio...

—¿Qué? ¿Obvio?—gruñó Yael—. ¿Un niño maorí, desnudo, analfabeto, descubriendo el binario por su cuenta? Bueno, naturalmente, hice un trato con el rey Te Uinta. Traje a R-gruñido-G de vuelta a la Tierra y adapté su nombre para hacerlo pronunciable. Luego empezó su educación, y ahí vino el problema. ¿Hacia dónde demonios se enfoca a un niño que es un genio para las pautas?

—¿Hacia las matemáticas?—sugerí.

—Eso fue lo segundo. Con mis aficiones, el arte vino en primer lugar. Pero tras un brillante comienzo en París, se cansó y lo dejó. Con las matemáticas pasó lo mismo. Arquitectura en Princeton, empresariales en Harvard, música en Juilliard, medicina en Cornell, diseño de Cúpulas en Taliesin, astrofísica en Palomar... Siempre la misma historia. Un comienzo brillante, y luego lo dejaba.

—Todo parecía demasiado parcial—explicó Winter—. Partes de un todo sin ninguna conexión. Y a mí me interesaba el pastel entero.

—Para entonces ya casi había alcanzado la mayoría de edad, así que le mandé fuera...

—Con latigazos—señaló Winter.

—Con un millar en el bolsillo para un Wanderjahr, y órdenes estrictas de no volver hasta que descubriera qué quería hacer con su vida. Francamente, esperaba que volviera arrastrándose, hundido y obediente. ..

—Como un pícaro y plebeyo esclavo.

—¿De dónde es esa frase?—pregunté a Winter.

—Hamlet, acto segundo, escena segunda—me susurró—. No se lo diga a nadie, pero estudié Literatura Inglesa a espaldas de Yael. Ya sabe, Principales Escritores Británicos, I y II. De eso también me harté, debido a un empacho de lampreas.

—En vez de eso, el caballero volvió fanfarroneando, con los bolsillos del traje rebosando de dinero, y la grabación de la mejor integración que jamás ha visto el Solar. Supongo que recordarán "Marcha en Filas Cerradas", un bestseller. Rogue se puso a jugar en Luna con...

—Convertí el regalo del doctor en cien mil, antes de que corriera la voz y me impidieran entrar en los casinos—rió Winter—. Me llamaban "Rogue el Griego".

—... Con cultivos de maíz de Kansas, Meta en Tritón, alta costura en Ganímedes, el Movimiento Feminista de Venucio, galerías de arte en Calisto... Todo dentro de una pauta del Solar que él encontraba obvia, pero que siempre había pasado inadvertida. ¡Santo Dios, se encontró a sí mismo! Era el Sintetista. La Duende y el Sintetista

Síntesis

Síntesis, f. Acción u operación combinada. Acción cooperativa de diversos agentes, de tal manera que el efecto total es mayor que la suma de los efectos considerados de manera independiente.

NOAH WEBSTER, 1758-1843

La capacidad sintetista de Rogue Winter no se reflejaba en todas las pautas y constructos. Tenía antiguos puntos ciegos/sordos. Los más, triviales; algunos, importantes. Más grave aún era el

hecho de que respondía a las pautas de tres idiomas, siendo sólo consciente de estar involucrado en dos. Esto fue lo que le llevó al desastre.

Winter hablaba el Solar Verbal porque era un inquisidor (en el siglo XX, los llamaban "reporteros investigadores"), y las palabras de cada mundo eran las herramientas de su trabajo. Sabía que entendía el Soma-Gestalt (en el siglo XX, lo llamaban "inglés corporal") porque tenía mucha experiencia en investigaciones para comunicarse a varios niveles con extranjeros, y su trabajo era averiguar qué realidades se ocultaban tras la máscara de las palabras.

Todo esto lo sabía. Lo que no sabía, era que sentía el eco del Anima Mundi, que producía su extraordinario sentido para la síntesis de pautas. Yo pensaba que la terrible conmoción del niño, al estrellarse la nave R-OG, era la causa de su hipersensibilidad. Ahora sé que se debe al experimento Krupp-Decco, y que la cualidad X que se multiplicó por sí misma en Rogue era lo que llamo un "Sentido Fane", del griego phainein, algo así como una capacidad para captar. Era en este sentido fane lo que le permitía ver cosas en hechos y sucesos aparentemente independientes, y sintetizarlos en un todo.

Anima Mundi es el "Alma Fundamental del Mundo". Un poco de latín, Anima: alma vital. Mundi: el mundo. El Anima Mundi es el espíritu cósmico que llena a todos los seres vivos y, aunque aún se discute, también a los objetos inanimados. Yo estoy de acuerdo. Para mí, una casa antigua tiene espíritu, personalidad propia. ¿Cuántas veces habéis visto un cuadro al que no le gusta su lugar en la decoración y se rebela, negándose a colgar recto? ¿No nos exigen atención las sillas cuando pasamos ante ellas, no crujen bajo nuestros pies los escalones malhumorados?

Muchos de nosotros sentimos el Anima y estamos fuertemente influenciados por ella. Somos capaces de reconocer algunos aspectos obvios: "alma", "vibraciones", "psique", efectos del clima, de la noche y el día... Pero no nos damos cuenta de que son simples facetas de un Anima Mundi profunda, subyacente, que es el sustrato—por llamarlo de alguna manera—de toda existencia. Rogue Winter comprendía esto último, y le afectaba más que a nadie. Aquí tenemos un ejemplo de su respuesta inconsciente a las pautas subyacentes. La obtuvimos de la chica de Flandes.

Rogue estaba trabajando en Marte, y se tomó la tarde libre para pescar en un lago de agua salada, en la Cúpula Gales. Lo habían poblado de celacantos, "Viejos Cuatro Patas", un legado del Cretáceo. Winter arrojaba y recogía el anzuelo, lanzándolo hacia el este para encontrar los bancos de Cuatro Patas que se alimentaban de este a oeste. De pronto—él pensó que se trataba de un presentimiento, que estaba siendo más astuto que el pez, cuando en realidad se trataba de su inconsciente séptimo sentido, que le obliga a responder a una orden del Anima—, de pronto lo hizo a la inversa, empezó a pescar hacia el oeste.

Después de varios minutos de arrojar el anzuelo sin demasiado éxito, una chica apareció en la solitaria orilla del lago. Llevaba unos pantalones tejanos cortados, sin nada sobre el torso, el pelo color bronce, suelto. Cargaba con dos pesadas bolsas de compra sin los beneficios de la Nuli-G. Las dejó en el suelo, se frotó los brazos y le sonrió.

—Allo .

Rogue quedó instantáneamente cautivado por su acento francés, y se sintió agradecido de que no mirara fijamente las cicatrices que adornaban sus mejillas.

—Buenas tardes. ¿Adónde vas?

—Estoy de visita en el pueblo de al lado. He salido a comprar d´ineur.

—¿De dónde vienes?

—De Calisto.

—Creía que Calisto era holandés.

—¿Nunca lo has visitado?

—Aún no.

—No todo es hollandais. Es Benelux, comprenez-vous? De Flandes, Bélgica y Luxemburgo. Yo soy de la Cúpula Flamenca. ¿Estás pescando?

—Ya lo ves. ¿Te gustaría pescado para dineur?—Se le acercó y le tendió el anzuelo—. Escupe, eso nos traerá suerte.

Era mentira, por supuesto. Pero la chica era preciosa, y tenía un pecho delicioso.

Ella le dirigió una mirada perpleja, se tranquilizó ante su mirada galante y escupió delicadamente sobre el anzuelo. Winter lo arrojó hacia aguas profundas, empezó a retirarlo con su técnica habitual, y recibió una tremenda sacudida. No podía creer su suerte. Gritó entre carcajadas y empezó a luchar para sacar el pez, mientras la chica saltaba emocionada junto a él. Mantuvo tenso el sedal para sacar al Cuatro Patas, pero lo que arrastró hasta la orilla era el cadáver de una niña.

—Dieu!—gritó la chica flamenca—. Es lafille de Megan. Se ahogó este mediodía. Han estado buscando el cuerpo desde entonces.

—¡Jesús Jig Dios!—murmuró Winter. Desprendió el anzuelo del fino bañador y recogió el cuerpo—. Dime dónde hay que llevarla.

No tenía la menor idea de que se trataba de una llamada subliminal del Ánima, a cuya sensibilidad respondía. Era una muerte que desequilibraba la pauta del Ánima. Y esa descompensación le llamó hacia el oeste. Eventualmente, se hubiera resuelto por otras respuestas naturales, pero el séptimo sentido de Rogue Winter, su sensibilidad hacia el sustrato, le llevó allí antes.

Y no tenía la menor idea de que era esa misma sensibilidad hacia el Ánima lo que le producía la serendipity, que siempre le sorprendía y divertía. Serendipity es la capacidad de hacer descubrimientos involuntarios e inesperados por accidente. Vas de A a B, pensando en tus cosas, y de repente tropiezas con X, igual que Herschel tropezó con Urano. Esta cualidad era la que convertía a Rogue Winter en nuestro "Perdiguero". Hay más sobre él en nuestro archivo Meta (MAXIMO SECRETO, SOLO AGENTES DE ALEPH). Véase Operación Perdiguero.

Tenía una memoria curiosa. Recordaba las formas, pero no los colores. Recordaba el argumento y la acción de todo lo que leía o veía, pero no las direcciones, ni los números de teléfono. Recordaba la personalidad de todas las personas a las que conocía, pero no sus nombres. Recordaba sus asuntos amorosos en función de unas pautas que las damas no agradecerían.

Se había sometido a una arriesgada operación cerebral para hacerse instalar unas sinapsis protésicas que le permitían comunicarse con su computadora mediante ondas cerebrales. Winter puede pensar en dirección a la computadora, que imprime, graba y/o ilustra gráficamente los conceptos. No hay muchos que puedan utilizar esta avanzada técnica. Requiere una concentración despiadada, que no puede dejarse llevar por extrañas asociaciones de ideas.

Winter haría cualquier cosa por descifrar los entresijos de una pauta: mentir, engañar, seducir, robar, abusar, humillarse, pecar contra cualquiera de los Diez Mandamientos y contra el Undécimo (No Dejarás Que Te atrapen). Y, en su trabajo, ha pecado contra la mayoría de ellos.

Tenía treinta y tres años, medía uno ochenta y cinco, pesaba noventa y pocos kilos, y estaba en buenas condiciones físicas. Érase una vez que se casó con una encantadora chica de la Cúpula San Francisco, en Luna. Ella llevaba una hermosa melena recogida dentro de un casco, tenía rasgados ojos oscuros, cuerpo esbelto de nadadora y buena delantera, el tipo de mujer que siempre atraía a Winter. Salpicaba cada frase con palabras acabadas en "ig", una muletilla corriente en las Cúpulas Lunares, que ahora se está extendiendo.

—Zig, chico, te quiero, ¿gig? Pero estoy jig muerta de sueño, me voy a la cama, mig.

Encantadora, divertida, entretenida, pero, ¡ay!, eso era lo único que tenía en el lugar reservado para el C.I., así que el matrimonio se rompió. A Winter le encantaban las chicas, pero sólo como iguales. Otra de sus damas, otra esbelta chica de amplia delantera, señaló amargamente que ni siquiera él podía encajar en su propia idea de igualdad. La Duende de Titania se encargó de aquello.

Un cambio de vida en un día de síntesis.

Winter había vuelto de un trabajo inquisitorial sobre el Movimiento Feminista de Venucio, y seguía conmocionado por un violento suceso que tuvo lugar en la Cúpula Bolonia. Lo peor era que no lo entendía. Sucedió la noche anterior al día que cambió su vida.

Tenía un apartamento en la rotonda Beaux Arts, un complejo construido al Estilo Eduardiano con grandes balcones, chimeneas y gruesas paredes para proteger a los artistas creadores unos de otros. El aislamiento alejaba los chillidos de las sopranos en sus escalas, los truenos electrónicos de la "Gavota Galáctica en Sol menor", y del dictado del Diccionario de Oxford al ser traducido al Nu-Spék.

Su hogar estaba decorado con un estilo antiguo, y encajaba con sus gustos a la perfección: enorme sala de estar con mobiliario Estilo Rey Jorge, cocina utilitaria, cuarto de baño con una monstruosa bañera de uno ochenta, y dos dormitorios en la parte de atrás, uno grande y otro pequeño. El pequeño recordaba, en su simplicidad, a la celda de un monje. El grande era su cuarto de trabajo, y un caos. En las paredes, se alineaban los libros, las grabaciones, las películas y los programas. El escritorio era una mesa de conferencias. La computadora, con la que estaba neurológicamente conectado—tenía que asegurarse de que estaba apagada cuando no la necesitaba; de otro modo, grabaría todo lo que pensara mientras estuviera en el apartamento—montones de artículos de escritorio, películas y cintas de vídeo vírgenes, apuntes para antiguas historias por todo el suelo, algunas cintas saliendo de la papelera como un montón de serpientes en busca de Laoconte y sus dos hijos.

Estaba tan disgustado que ni siquiera se molestó en deshacer la bolsa de viaje, ni en cambiarse, y los cohetes de Alitalia no se destacan por su limpieza. En lugar de eso, sacó una botella de whisky, se sentó en el sofá de la sala de estar, puso los pies sobre la mesita de café, e intentó emborracharse para embotar los recuerdos. Quería recuperarse de su primer asesinato, que había tenido lugar la noche anterior, en Venucio.

Los hechos decisivos tienen lugar en simples instantes. Lo que cambió la vida de Winter fue una pelea de tres segundos, en la penumbra de los Jardines Centrales de la Cúpula Bolonia. Estaba esperando a una chica con la que se había citado, cuando un gorila, armado con un mortífero cuchillo saltó hacia él desde los oscuros arbustos. Años de ejercicio en la infancia habían entrenado los

reflejos de Winter. No respondió a la fuerza con fuerza, como era natural y de esperar. En lugar de eso, se dejó caer blandamente, rodó mientras el otro saltaba sobre él, y se colocó sobre la espalda del asesino. Dos golpes con la rodilla en los testículos, la muñeca del cuchillo retorcida y rota con ambas manos, la carótida cortada. Todo esto en tres segundos de sibilante silencio. El asesino tardó mucho más en morir. A Winter no le gustaba pensar en eso.

—Pero ¿por qué, nene? ¿Por qué?—seguía preguntándose.

Tres copas más tarde, se sintió repentinamente inspirado.

—Lo que necesito ahora es una chica en la que perderme. Es la única manera de esperar a que aparezca una pauta.

Uno de los Rogues (tenía una docena de personalidades alternativas) fue el encargado de responder:

—Como quieras, pero te has dejado la libreta roja en el estudio.

—Por jigjiz. ¿No puedo tener una libreta negra como la que cantan las canciones y narran las historias?

—¿Por qué eres incapaz de recordar un número de teléfono? No importa. ¿Vamos a reunirnos con las damas?

Hizo tres llamadas, todas negativas. Se tomó tres copas más, todas positivas. Se desnudó, se acostó en la cama de la celda monacal, dio vueltas, maldijo, y al final se durmió, soñando enloquecido:

pautas
autas
utas
tas
as
s

A la mañana siguiente, se levantó relativamente temprano y salió. Primero hacia la emisora, para una discusión sobre guiones con su productor. Luego a las oficinas de su editor, para sostener una batalla por cuestión de ilustraciones. Por último a Solar Media, donde recorrió los pasillos de la editorial con su habitual despliegue circense, besando y pellizcando al personal, para terminar en el despacho del rincón, que pertenecía a Augustus (Ching) Sterne. Ching era el editor jefe.

—¿Tienes la historia, Rogella?

—La tengo.

—Fecha límite, tres semanas.

—Lo conseguiré. ¿Tienes un despacho vacío que pueda utilizar durante una hora, más o menos? Tengo que hacer algunas llamadas, y producción me ha entregado las galeradas para que las revise. Quieren que se las devuelva hoy.

—¿Qué historia es ésa?

—Espacio e Idiotez Mongólica: Descubrimiento de la Atracción en E = mc2.

—¡Demonios! Eso debía estar en el laboratorio desde ayer. Utiliza la sala de reuniones, Rogella. Hoy no están tratando de que se les ocurra ninguna idea.

Winter tomó posesión de la sala de reuniones, hizo sus llamadas, telefoneó al departamento de ejemplares para que pasaran a recoger el material de referencia sobre Venucio, leyó las galeradas con los dedos—la facultad electrotáctil era otra faceta de sus habilidades—, se puso furioso, y llamó a Ching Sterne para gritar un poco.

Una chica asomó la cabeza en la sala de reuniones. Era una cabeza rubia, con el pelo cortado a modo de casco, y oscuros ojos rasgados. Demi Jeroux, del Departamento de Documentación. Winter le hizo una señal para que entrara, le lanzó un beso y siguió maldiciendo salvajemente por el intercomunicador.

—He estado repasando las galeradas de lo de los idiotas, y algún hijo de puta ha reescrito mi original. ¿Cuántas veces tengo que decíroslo? ¡No quiero que nadie me joda los originales! Si queréis algún cambio, pedídmelo y lo haré. No pienso dejar que ningún segundón trepa se aproveche de mí.

Winter colgó bruscamente el intercomunicador, se volvió y contempló a la chica, que le miraba asustada.

—Demi, cariño, eres una visión grata para estos ojos de borracho. Ven a darle un abrazo a papá.—Ella se arrojó en sus brazos, temblorosa—. Mi impagable chica de Documentación, tengo todo el material de Venucio para devolvértelo.

—Ya no trabajo en Documentación—respondió Demi, con su suave acento de Virginia.

—No me digas que han despedido a mi perla del océano.

—Me han ascendido, soy ayudante del editor.

—¡Felicidades! Ya era hora. Han estado desperdiciando a una inteligente chica de... ¿Cómo se llamaba esa universidad de la que te sacaron?

—Marymount.

—¿Te han subido el sueldo'?

—Ni hablar.

—¡Mierda! No importa, lo celebraremos de todos modos. Vamos, te invito a algo.

—No querrás hacerlo, Rogue.

—¿Por qué no?

—Bueno, mi primer trabajo fue... Fue tu artículo sobre los mongólicos .

—¿Quieres decir que tú eres la hija de puta que...? ¿Y me has oído gritar todo eso?—Winter rompió a reír y besó a la chica, que enrojeció violentamente—. Pues ya has recibido tu primera lección sobre cómo manejarme. ¿Te encargarás de mi inquisición sobre el Movimiento Feminista?

Ella asintió con timidez.

—Me encargaré de todo lo tuyo. El señor Sterne dice que será educativo.

—Me pregunto qué querrá decir con eso. ¡Vaya, vaya! ¡Demi Jeroux, el Demonio de Dixieland, es ahora mi editora!

La temblorosa chica respiró profundamente y se sentó en una de las sillas, con una mezcla de terror y decisión.

—Quiero ser otra cosa—dijo con suave voz .

—¿Oh?

—¿Recuerdas esa historia que me contaste sobre la fiesta irlandesa?

—No, querida.

—Aquel día que me llevaste a almorzar marisco al restaurante de Grotto.

—Recuerdo el almuerzo, pero no la historia.

—Había... Había un niño arrastrándose entre los pies de todos. Tú te enfadaste y le pegaste una patada.

—¡Oh, Dios! ¡Gig!—rió Winter—. Fue en la Cúpula Dublín. Nunca olvidaré el escalofrío de horror que recorrió a todos los presentes. Estuvo muy mal, pero era una fiesta tan condenadamente aburrida...

—Y el niño te miró con cariño.

—Y tanto, y tanto. Liam ya debe de tener unos ocho años, y todavía me quiere. Suele escribirme en gaélico. Es casi como si hubiera nacido con una pasión loca por que le pegaran patadas.

—Rogue—señaló Demi—, a mí también me has pegado una patada.

—¿Que yo te he. . .?

Una sorprendente emoción le cosquilleó bajo la piel. Le habían hecho proposiciones antes, pero nunca como aquélla.

¿Lo he buscado?

¿Lo he propiciado?

¿Es ella consciente de una atracción recíproca que no he notado?

¿Estoy mintiendo?

¿Es esto lo que siempre he querido?

Así discutían sus personalidades mientras se levantaba, cerraba la puerta de la sala de reuniones, volvía junto a la chica y ponía una silla frente a ella, de manera que pudiera verle las rodillas y tomarle las manos.

—¿Qué pasa, Demi?—preguntó amablemente—. ¿El sucio y viejo amor?

La chica asintió y se echó a llorar. Rogue le puso un pañuelo en la mano.

—Has sido muy valiente al decírmelo, querida. ¿Cuánto tiempo lleva cociéndose esto?

—No lo sé. Simplemente...sucedió.

—¿Ahora mismo?

—No, no. Es que... sucedió.

—¿Cuántos años tienes, cariño?

—Veintitrés.

—¿Has estado enamorada antes?

—Nunca de alguien como tú.

Winter miró aquella sollozante cosita esbelta con amplia delantera y suspiró.

—Escúchame—dijo cuidadosamente—. En primer lugar, te estoy agradecido. Cuando alguien te ofrece amor, es como encontrar el final del Arco Iris, y no hay mucha gente que encuentre ese tesoro. En segundo lugar, yo también podría amarte, pero tienes que entenderlo, Demi. Cuando alguien da amor, se le responde con amor. Es una especie de hermoso chantaje. Sólo te estoy distrayendo con lo obvio para que no me mojes demasiado el pañuelo...

—Lo sé—susurró—. Siempre eres sincero.

—Tengo que serlo. Me gustan las mujeres (es mi único vicio), y ahora mismo necesito desesperadamente a una chica, pero... Mírame, Demi. Sólo tendrás la mitad de un hombre, quizá menos. La mayor parte de mí pertenece a mi trabajo.

—Por eso eres un genio—respondió ella.

—¡Deja de adorarme!—Se levantó bruscamente y se dirigió hacia un mapa gigante del Solar, que examinó sin interés—. ¡Dios mío! Estás decidida a cazarme, ¿verdad?

—Sí, Rogue. No me gusta, pero sí.

—¿No hay piedad? El difunto y genial Rogue Winter, atrapado por una nebbish de Marymount. Una vez más queda demostrado que soy un payaso capaz de decirle que no a cualquiera, menos a una chica.

—¿Tienes miedo?

—Maldita sea, sí. Pero no puedo hacer nada. Muy bien, adelante.

Le abrió los brazos, y Demi se refugió entre ellos. Se besaron.

Por parte de Rogue, sólo fue un firme contacto de labios.

—Me gusta tu boca recia—murmuró ella—. Y tus manos también son recias. ¡ Oh, Rogue, Rogue ...!

—Es que soy un salvaje maorí.

—No. No hay nadie como tú, Rogue.

—¿Quieres zig de adorarme? Ya soy bastante engreído.

—¡Dios! Creí que nunca te conseguiría.

—¿No? ¡Y un cuerno!—Winter miró al techo—. Por favor, sagrados antepasados de la realeza Uinta, nobles reyes que habéis regido a los maoríes durante quince generaciones, y cuyas almas residen ahora en el ojo izquierdo... ¡No permitáis que me deje capturar por esta viuda negra!

Demi dejó escapar una risita.

—¡Ssss!—exclamó, deleitada.

—¿Qué puede hacer un noble salvaje cuando una chica le pone la vista encima? Está rodeado, condenado, perdido.

—¿En el ojo izquierdo?—preguntó Demi.

—Ajá. Según nuestras creencias, ahí reside el alma.—Cerró el ojo derecho, y el izquierdo le devolvió la mirada de deleite y anticipación—. Gig, Demi, salgamos a celebrarlo. Sólo que ahora tendrás que machacarme tú a mí... Para adormecer el dolor...

—¡Ssss !

Si tuviéramos mundo y tiempo suficiente, esta molestia, señora, no sería un crimen.

En primer lugar, Demi tuvo que revisar el apartamento, inspeccionando—y a veces admirando—cada mueble, cada cuadro, cada libro y cada cinta, fruslerías y recuerdos de sus trabajos a lo largo de todo el Solar. Alzó una ceja, el anticuado gesto de sorpresa, ante la bañera de uno ochenta (antes ilegal, ya que aquellos lujos devoraban demasiada energía cuando aún no se conocían los Meta), entrecerró los ojos al ver la cama japonesa, una simple manta blanca, gruesa, sobre una enorme tabla de ébano, y dejó escapar un gemido ante el desorden que reinaba en el estudio.

Nos sentaríamos y pensaríamos hacia dónde caminar, para pasar nuestro largo día de amor. Tú encontrarías rubíes a las orillas del Ganges. Yo lloraría ante la marea de la humillación.

—¿Qué fue lo que te gustó de mí?

—¿Cuándo?

—Cuando empecé a trabajar para Solar.

—¿Qué te hace pensar que me gustaste?

—Me invitaste a almorzar.

—Fue tu dedicación.

—¿A qué, en concreto?

—A conseguir que Vulcano viera reconocido su lugar por derecho en la familia de los planetas.

—Vulcano no existe.

—Eso es lo que me gustó de ti.

—¿Qué hay en esta caja de recuerdos, por favor?

—La cara de una muñeca de porcelana. La encontré en un cubo de basura, en la Cúpula Inglesa de Marte, y me enamoré locamente de ella.

—¿Y esto?

—¡Vamos, Demi! No querrás explorar todo mi pasado, ¿verdad?

—No, pero dímelo, por favor. Es tan raro. . .

—Es una lágrima de la Torre de las Gemas, en la Cúpula Birmana de Ganímedes.

—¿La Torre de las Gemas?

—Escancian piedras preciosas sintéticas, de la misma manera que escanciaban vinos hace unos siglos. Estaban escanciando flujo de rubíes rojos. y esta gota no salió esférica, así que me la dieron.

—¡Es tan rara...! Parece como si tuviera una flor dentro.

—Sí, es una imperfección. ¿La quieres?

—No, gracias. De ti, espero algo más que rubíes imperfectos.

—Se está poniendo agresiva—dijo Winter a la sala de estar—. Ahora que me tiene atrapado, empieza a mostrarse tal como es.

Yo te amaría hasta diez años antes del Diluvio, y tú puedes, si quieres, rechazarme hasta que los judíos se conviertan.

—¿Y qué fue lo primero que te gustó de mí cuando me conociste en Solar?

—Tu latido.

—¿Mi corazón?

—¡Cielos, no! Tu ritmo.

—Eso es porque, en realidad, soy negro. Todos tenemos ritmo .

—No lo eres. Ni siquiera eres un auténtico maorí.—Le rozó la mejilla con dedos como plumas—. Sé de dónde vienen estas cicatrices.

Winter se bajó las gafas.

—Lo haces todo como una especie de latido—siguió ella—. Como el ritmo de un tambor. Caminar, charlar, bromear...

—¿Qué eres, una fanática de la música?

—Por eso quería entrar en tu templo. La contempló mientras volvía a guardar la lágrima de rubí en la caja. La luz del atardecer la enfocaba desde un ángulo extraño y, por un momento, se pareció sorprendentemente a la pelirroja Rachel Straus, de Solar Media, con la que había mantenido una desconcertante relación.

Mi amor vegetal debería crecer más que los imperios, y más lentamente.

Empezaba a sentirse incómodo con ella.

—Esta es una manera condenadamente temperamental de empezar algo—se quejó para sí mismo.

—¿Por qué? ¿No es todo diversión y juegos?

—¿Quién se está divirtiendo?

—Yo.

—¿Quién está jugando?

—Yo.

—Entonces, ¿dónde entro yo?

—Toca de oído.

—¿El izquierdo o el derecho?

—El del centro. Ahí es donde reside tu alma.

—Eres la chica más terrible que he conocido.

—He sido insultada por hombres mejores que usted, caballero.

—¿Como cuáles?

—Como aquéllos a los que he rechazado.

—Me dejas con la duda.

—Sí, es la única manera de manejarte.

—¡Maldita sea, tú ganas!—murmuró Winter.

Deberán pasar cien años para alabar tus ojos, para alabar tu mirada. Doscientos para adorar cada seno. Pero treinta mil para el resto. Una era al menos para cada parte, y la última para tu corazón .

—Es lo último que esperaba de ti—sonrió Demi.

—¿El qué?

—Que fueras tímido.

—¿Yo? ¿Tímido yo?

Rogue estaba indignado.

—Sí, y me encanta. Tus ojos están haciendo inventario, pero el resto de ti no se ha movido.

—Lo niego .

—Dime qué ves.

—Un caleidoscopio loco.

—Será mejor que te expliques.

—Yo... —Titubeó—. No puedo. Es que... Es que cada vez que te miro, me pareces diferente.

—¿En qué sentido?

—Bueno... Tu pelo. Unas veces parece liso, otras ondulado. A veces, claro; en ocasiones, oscuro. . .

—Oh, es un nuevo tinte llamado “Prisma”. Responde a las ondas luminosas. Deberías ver los resultados bajo un A.P.B., parezco un árbol de Navidad.

—Y tus ojos. Unas veces me parecen oscuros y rasgados, como los de mi ex esposa. Otras, abiertos como enormes ópalos, como los de una chica que conocí en la Cúpula Flandes.

—Es un truco—rió ella—. Todas las chicas lo practicamos. Se supone que los hombres caen como fulminados por un rayo.—Le quitó las gafas, y se las puso ella—. Ya está. ¿Te sientes más seguro ahora?

—Y... Y los pechos. —Estaba a punto de tartamudear—. Cuando empezaste a trabajar con nosotros, pensé que eran como... como unos montecitos deliciosos. Ahora... Ahora... ¿Has estado haciendo ejercicio mientras yo hacía inquisiciones?

—Veámoslo—sugirió ella.

Y empezó a quitarse la blusa.

Pero, a mi espalda, siempre oigo el carro alado del tiempo, siguiéndome de cerca. Y ante nosotros se extiende el vasto desierto de la eternidad. Tu belleza ya no será admirada, ni en tu cofre de mármol resonará mi canción. Los gusanos se harán con esa virginidad largo tiempo preservada, y tu honor se transformará en polvo, y en cenizas mi lujuria.

—No—pidió él—. Por favor, no.

—¿Por qué no? ¿Todavía tímido?

—No, es que ...esto no es lo que esperaba.

—Claro que no. El macho maorí. Pero seré yo la que marque ritmo. —La blusa cayó al suelo—. ¿Cuánto tiempo supones que debe esperar una chica? ¿Hasta la tumba?

—¡Jigjiz!—exclamó—. Pareces el mascarón de un barco.

—Sí. Me llaman China Clipper.

—¿Qué pasa, estás afiliada al Movimiento Virginista?

—¿Por qué no lo averiguamos?—rió Demi—. Vamos, Rogue. . .

Le obligó a levantarse del sofá y le empujó hacia el dormitorio con una mano, mientras le desabrochaba la ropa con la otra.

Hagamos una bola con toda nuestra fuerza y dulzura, mandemos todos los placeres a través de las puertas de hierro de la vida. Así, aunque no podamos detener nuestro sol, lo haremos correr.

Aun así, Demi hizo que el sol se detuviera en el limbo sin tiempo de los amantes. En la oscuridad, parecía ser un centenar de mujeres con un centenar de bocas, manos y caderas. Era una negra de gruesos labios que le absorbían, y duras nalgas que le aprisionaban. Era una Wasp virginal, tímida, indefensa, pero temblorosa de placer.

Era jugosa, le arrullaba en el oído mientras sus mil bocas le arrancaban arpegios de la piel. Era un animal de otro mundo, que emitía gruñidos guturales mientras él la tomaba. Se convirtió en una muñeca hinchable, sintética, que crujía y zumbaba como una máquina de millón. Era dura, tierna, exigente, suplicante, siempre inesperada.

Y le inspiró fantasías. Le estaban azotando, crucificando ahogando, descuartizando, le marcaban con hierros al rojo. Le pareció que podía ver los cuerpos entrelazados de ambos, en ángulos imposibles, reflejados en espejos de aumento. Se aterró al oír golpes en la puerta de entrada, y maldiciones susurradas. Sus riñones eran un volcán en eterna erupción. Pero, además, se sentía como si estuviera conversando con ella ante una botella de champán y unos canapés de caviar, un preludio erótico en el que solazarse antes de compartir por primera vez el fuego del amor.

Energías

Cada vez estoy más convencida de que el hombre es una criatura peligrosa. Y de que el poder, ya sea ostentado por muchos o por pocos, siempre es codicioso.

ABIGAIL ADAMS

Winter salió de la cama japonesa, caminó suavemente hacia la sala de estar y se sentó en el sofá, con los pies sobre la mesita de café. Pensaba intensamente, tratando de dar cuerpo a una pauta. Demi salió media hora más tarde, esbelta, rubia, otra vez con los ojos rasgados. Llevaba una de las camisas de Rogue a modo de minúsculo camisón. Se acuclilló en el suelo, al otro lado de la mesita de café, y alzó los ojos hacia él.

—Te quiero—susurró—. Te quiero, te quiero, te quiero. Tras una larga pausa, él dejó escapar un suspiro.

—Eres una titánida.

No se trataba de una pregunta.

Demi hizo una pausa, tan larga como la suya, antes de asentir.

—¿Eso cambia algo?

—No lo sé. Eres la primera que conozco.

—¿En la cama?

—En ninguna parte.

—¿Estás seguro?

—N-no. Supongo que no puedo estarlo. Nadie puede estarlo.

—No.

—¿Estás seguro?

—¿Quieres decir que si tenemos contraseñas misteriosas como señales secretas masónicas? No, pero...

—Pero ¿qué?

—Pero podemos vernos unos a otros, si hablamos en titánido.

—¿Cómo suena el titánido? ¿Lo he oído alguna vez?

—Quizá. Es difícil. Verás, los titánidos no nos comunicamos como el resto del Solar.

—¿No?

—No utilizamos el sonido, ni la vista.

—Entonces, ¿cómo? ¿Percepción extrasensorial?

—No, hablamos en química.

—¿Qué?

—Nuestro lenguaje es químico: olores, sabores, sensaciones en la piel, en el interior del cuerpo. ..

—Me estás ziggeando.

—En absoluto. Es un lenguaje muy sofisticado de mezclas y modulaciones en intensidad.

—No lo creo.

—No puedes creerlo porque te resulta ajeno. Mira, voy a hablarte en química. ¿Preparado para recibir?

—Adelante .

Tras unos segundos de silencio absoluto, Demi volvió a hablar.

—¿Y bien?—preguntó.

—Nada.

—¿No has olido algo? ¿No has saboreado algo? ¿No has sentido algo?

—Nada.

—¿No has recibido algún tipo de impresión?

—Sólo la seguridad de que me estabas tomando el pelo con... No. Espera. Tengo que ser sincero. Por un momento, me pareció recibir una quemadura solar, como las de las cicatrices que tengo en las mejillas.

Demi saltó.

—¡Eso es! ¿Lo ves? Me estabas recibiendo, sólo que te es tan ajeno que tu mente tiene que traducirlo a símbolos familiares.

—¿De verdad me estabas diciendo algo que yo traduje como un rayo de sol? —Ella asintió—. ¿Y qué me decías en química?

—Que eres un chalado machista maorí. Y que adoro cada trozo de ti, cicatrices incluidas.

—¿Todo eso me dijiste?

—Y en serio, sobre todo lo relativo a las cicatrices. Pobrecito mío, estás tan avergonzado de ellas...

—No me compadezcas, lo detesto—gruñó—. ¿Y los titánidos andáis por ahí, transmitiendo en química?

—No.

—¿Hay muchos de los vuestros aquí?

—No lo sé, ni me importa. Sólo me importas tú... Y me estás asustando, Rogue.

Librodot

—No era mi intención.

—Estás tan frío y analítico, después de... Bueno, ya sabes de qué.

—Perdóname. —Se las arregló para sonreír—. Estoy intentando hacerme a la idea.

—Nuca debí decírtelo.

—No me lo dijiste. Me lo demostraste. Es la experiencia más extraordinaria que... ¿Por qué estás en la Tierra?

—Nací aquí. Soy una suplantadora.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Mi verdadera madre era muy amiga de la familia Jeroux. Era su doctora. No te contaré su historia, tardaría años.

—Está bien.

—Yo tenía un mes cuando el primer hijo de los Jeroux murió al nacer. Me sustituyó por el cadáver.

—¿Por qué demonios lo hizo?

—Porque les quería, y sabía que el dolor de perder a su primer hijo les provocaría un daño irreparable. Yo no era su primera... Nos descascarillamos tan de prisa como guisantes.

—¿Tu padre era terrestre?

—No. Sólo somos fértiles con titánidos. Al parecer, a nuestros óvulos no les gustan vuestros espermatozoides, o quizá sea al revés. De todos modos, mi madre pensó que sería bueno para mí crecer en una buena familia terrestre. Siempre podía mantener un ojo titánido sobre mí, y lo hizo. Punto final.

—Entonces, ¿tu pueblo puede amar?

—Deberías saberlo. Rogue.

—Pero no lo sé.—Movió la mano en gesto de impotencia—. Toda esa charla sobre tinte Prima, caídas de ojos ensayadas y... Eso era un camuflaje titánido, ¿no?

—Sí. Intento ser lo que quieres, pero mi amor hacia ti no es un camuflaje.

—¿Y puedes cambiarte a ti misma?

—Sí.

—Pero ¿cómo eres realmente?

—¿Cómo crees que son realmente los titánidos?

—¡Maldito sea si lo sé!—Le dirigió una mirada perpleja—.

Supongo que como... Como una esfera ardiente de energía, o quizá como una ameba de plástico, o como un rayo de luz. ¿No?

Ella se echó a reír.

—No me extraña que estuvieras preocupado. ¿Quién quiere ser besado por un millar de voltios? Dime cómo eres tú realmente.

—Puedes verlo por ti misma. Y puedes creer lo que ves.

—Au contraire, m'sier—sonrió—. No veré cómo eres realmente hasta que estés muerto.

—Eso es un disparate, Demi.

—En absoluto.—Se puso seria—. ¿Cuál es el Rogue auténtico, el Rogue al que amo? ¿El genio de las pautas? ¿El brillante inquisidor sintetista? ¿El hombre ingenioso? ¿El encantador? ¿El sofisticado? No. El verdadero Rogue está en lo que haces con tus maravillosas cualidades... En todo lo que contribuyes, lo que dejas a tu paso. Y no lo sabremos hasta que no hayas desaparecido.

—Supongo que tienes razón—admitió.

—Y con nosotros pasa lo mismo. Sí, puedo adaptarme y cambiar para encajar con la situación o agradar a una persona, pero no en cualquier ocasión, ni con cualquier persona. Mi yo auténtico es lo que elijo ser. Y, cuando muera, mi aspecto será el que haya elegido en lo más profundo de mí. Ése será mi auténtico yo.

—¿No te estás poniendo un poco mística?

—En absoluto.—Señaló la mesita de café, como un profesor ilustrando su conferencia. La mesita era un magnífico corte transversal de un árbol tulipán, procedente de Saturno VI—. Mira estos anillos. Cada uno muestra un cambio, una adaptación, ¿verdad?

Rogue asintió.

—Pero sigue siendo un tulipán, ¿verdad?

—Empezó como un brote tierno que podía crecer para transformarse en cualquier cosa, pero el Espíritu Cósmico le dijo, "eres un árbol tulipán. Cambia y adáptate tanto como quieras, pero vivirás y morirás como un árbol tulipán". Bueno, pues con nosotros pasa lo mismo. Cambiamos y nos adaptamos, pero siempre entre los límites de lo que somos en nuestro interior.

Winter no pudo hacer otra cosa que asentir, confuso.

—Somos polimorfos, sí—siguió Demi—. Pero vivimos, nos adaptamos, luchamos para sobrevivir, nos enamoramos...

—¿Y jugáis al amor con nosotros?—la interrumpió.

—¿Por qué no? ¿Es que el amor no es un juego divertido?—le miró—. ¿Qué demonios pasa contigo, Winter? ¿Crees que el amor debe ser profundo, sombrío, tenebroso, desesperado, como en esas viejas obras de teatro rusas? No creí que fueras tan inmaduro.

Ante el arranque de Demi, y tras un momento de sobresalto, se echó a reír.

—¡Condenada chica! Ya te has vuelto a adaptar. Pero, en nombre de Dios, ¿cómo sabías que necesitaba un mentor?

La chica rió con él.

—Ni idea, cariño. Tal vez lo vi con mi ojo izquierdo. Me paso la mitad del tiempo sintiendo lo que necesitan los demás. Después de todo, sólo soy medio humana y es la primera vez que me enamoro. Así que no puedes tomarme como ejemplo.

—No cambies nunca, nunca—sonrió, antes de interrumpirse bruscamente—. Pero ¿qué demonios estoy diciendo?

—Que sólo tengo que cambiar para ti.—Le cogió la mano—. Vamos, semental de las estrellas.

Esta vez, volvieron juntos a la sala de estar. Esta vez, ella se sentó en el sofá con los pies en alto. No se había molestado en ponerse el camisón provisional, y ahora parecía una colegiala atleta. "Capitana del equipo de hockey", pensó Winter mientras se sentaba con las piernas cruzadas en el suelo, frente a ella, para admirarla. Demi palmeó los cojines.

—Siéntate aquí al lado, cariño.

—Ahora no, ese sofá habla demasiado.

—¿Habla demasiado?

El asintió.

—No puedes hablar en serio, Rogue.

—Claro que sí. Todas las cosas me hablan, pero ahora mismo sólo quiero escucharte a ti.

—¿Todas las cosas?

—Ajá. Muebles, cuadros, máquinas, plantas, flores... Nombra algo, y yo lo oigo. Cuando me tomo la molestia de escuchar.

—¿Cómo habla el sofá?

—Pues... Parece una morsa a cámara lenta, con la boca llena de algodón. Bluu—fuu—guu—muu—nuu... Hay que tener paciencia y escuchar mucho rato.

—¿Y las flores?

—Cualquiera pensaría que son parlanchinas o que se ríen como niñas pero no. Son sinuosas y sensuales, como el anuncio de un perfume que se llamara C'est la Séductrice.

—Estás en términos amistosos con todo el universo—rió—. Creo que por eso me enamoré de ti.—Bajó la vista para mirarle—. ¿No hay nada que diga "Te quiero"?

Librodot

—No piensan en ese tipo de conceptos. Todos son unos ególatras.

—Yo sí. Te quiero. A ti.

Él le devolvió la mirada.

—Yo hago algo mejor. Te creo.

—¿Por qué es mejor?

—Porque ahora puedo confiar en ti. Tengo que pensar algunas cosas contigo.

—Siempre estás pensando.

—Es mi único vicio. Escucha, cariño, me ha pasado algo... Algo malo.

—¿Esta noche?

—En Venucio. No repitas a nadie lo que te voy a decir. Sé que puedo contar contigo para eso, pero sólo eres una chiquilla de Virginia, aunque seas titánida, y te podrían embaucar para que revelaras algo.

—Jamás revelaré nada.

Repentinamente, la capitana del equipo de hockey empezó a parecerse a Morgan le Fay.

—¡Fuera!—gritó Winter, cruzándose los brazos ante el rostro.

—Me atraparon con las manos en la masa.

La hechicera sonrió y se transformó en la fogosa Sierra O'Nolan.

—¡Ella no! —gimió Winter, recordando las disputas y gritos—. ¡Por Dios santo, Demi...! —Ella abandonó el papel—. Así que, después de todo, vosotros los titánidos no sois infalibles—gruñó .

—Claro que no. ¿Quién es infalible?—respondió, modosa—. Y por favor, deja de hablar de "vosotros los titánidos". No hay un "vosotros" y un "nosotros". Todos somos parte de la misma broma del circo cósmico

Él asintió.

—Pero cariño, tienes que comprender lo difícil que me resulta enfrentarme a un amor mercuriano.

—Ah, ¿sí? Oye, Rogue, ¿nunca ha habido una actriz en tu ajetreada vida privada?

Empezó a adoptar la forma de Sarah Bernhardt.

—Vaya, pues sí.

—¿Y cuántos papeles representaba, en el escenario y fuera de él?

—Un jillión, quizá.

—Pues con nosotros pasa lo mismo.

—Pero tú cambias físicamente.

—¿No es lo mismo que pasa con el maquillaje?

—Diana, diana—se rindió—. Supongo que nunca sabré de quién estoy enamorado. ¿Quién? ¿De quién? Suspendí la gramática en la Hohere Schille—confesó—. Una diferencia de opiniones con los adverbios.

—Eres un genio—rió ella—. Aprenderé mucho de ti.

—Empiezo a temerme que, para ti, sólo soy una imagen paternal .

—Entonces, acabamos de cometer incesto.

—Bueno, he pecado contra casi todos los Diez Mandamientos. ¿Qué importa uno más'? ¿Un coñac?

—Quizá más tarde, por favor.

Winter sacó una botella de coñac y dos vasos, los puso sobre la mesita de café, abrió la botella y sirvió los tragos.

—He pecado contra otro.

—¿Contra cuál?

—¿No es Marymount un colegio católico?

—Más o menos.

—¿Los Jeroux educaron en el catolicismo a su hijita multiforme?

—Más o menos.

—Entonces esto no te va a gustar. El Quinto.

—No... ¡No!

—Ajá.

—Me estás mintiendo.

Winter sacudió la cabeza.

—Sucedió en la Cúpula Bolonia, el último día que pasé allí.

—Pero... Pero...—Demi se puso en pie de un salto, con el aspecto de una Furia vengativa, y a Winter casi le pareció ver las serpientes enroscándosele en el pelo—. Rogue Winter, si me estás zigeando el pelo. ..

—No, no, no—la interrumpió—. ¿Crees que bromearía sobre una cosa así, Demi?

—Sí. Eres un retorcido embustero.

Winter palmeó el sofá.

—Siéntate, cariño. Es una historia. sí, pero no me la he inventado, sucedió. Y tengo que hablar de ello con alguien en quien confíe .

Se sentó, todavía desconfiada.

—Bien, cuenta.

—Estaba atando los últimos cabos de una pauta muy extraña, en Bolonia, y la Meta Mafia estaba implicada. Ya sabes que los jins de Tritón tienen el monopolio de Meta, y son duros. Fijan los precios y las cuotas. Y si por cualquier razón no les gustan los Bárbaros del Interior, te cortan la cuota. Así que, naturalmente, hay una Meta Mafia que saca la mercancía de Tritón, puro y simple contrabando. Los precios son abusivos, pero entregan siempre, sin importarles quién o qué seas. Una especie de ladrones generosos. ¿Me explico?

—Sí, pero no entiendo lo de Meta. Sé que se refiere a la metástasis, que produce energía, pero no sé cómo.

—Es un poco complicado.

—Inténtalo.

—Bueno, empieza con átomos y partículas con carga eléctrica. Mediante la metástasis, pueden pasar de su estado normal a un estado excitado. Esto absorbe energía de los Meta. Luego vuelven a su estado normal, liberan esa energía, y en eso consiste el proceso metastásico. ¿Dig?

—No. Demasiado científico, y no intentaré parecerme a Marie Curie.

—Tampoco era ninguna belleza. Muy bien. Tú intentaste hablarme en química. Yo intentaré hablarte en pautas. Quiero que te imagines un rayo láser que puede abrir un agujero en el acero, o llevar un mensaje por el espacio...

—¿Lo captas?

—Aún no veo ninguna pauta, sólo una línea recta.

—Ah, pero... ¿Cómo se produce esa línea? Piensa en una nube de partículas en su estado normal... una especie de pandilla de ceros...

0 0

0 0 0

0 0 0 0 0

0 0 0 0

0 0 0 0 0 0 0

0 0 0 0 0 0

0 0 0 0 0

0 0 0

“Ahora suministramos energía a esta pandilla para llevarla a un estado excitado. Esto convierte a los ceros en partículas positivas...

“Pero no es una condición natural, estable, sino una especie de histeria nuclear. Pronto se harta y empiezan a volver a sus normales y cómodas sillas cero... ¿Captas la pauta?

—Continuez. Conlinuez lentemenl.

—No son gorronas, así que una partícula devuelve la energía que ha recibido, lo que coacciona a dos de sus camaradas a volver al estado normal, devolviendo su energía. Lo que empuja a otras cuatro, y entonces ocho captan la indirecta, y luego dieciséis, treinta y dos, sesenta y cuatro, y así hasta que toda esa energía surge como un rayo.

“Todo en cuestión de nanosegundos, y todo en fase, que es lo que le da su energía. ¿Entiendes?

—Sí, pero... ¿Dónde están los Meta?

—Bueno, hace falta una enorme cantidad de energía para estimular los átomos y partículas hacia su estado excitado, más de la que devolverán luego. Así que, cuando pones en la balanza ganancias y pérdidas, te salen números rojos. En cambio, si produces la excitación con Meta, todo es positivo. Gastas uno y obtienes cien.

—¿Por qué? ¿Cómo?

—Porque este monstruoso catalizador es una central eléctrica de energía acumulada que lucha por salir. Hay energía acumulada en todo, Demi, y para liberarse sólo necesita un sistema electrónico de transferencia. Imagínate una cerilla. Tienes una cabeza química de potasio, antimonio y otras cosas, llena de energía que espera ser liberada. La fricción lo hace. Pero cuando los Meta se excitan y liberan energía, son como un cartucho de dinamita comparado con una cerilla. Es la leyenda del ajedrez hecha realidad.

—No la conozco.

—Oh, según la historia, un filósofo inventó el ajedrez para distraer a un rajá indio. El rey quedó tan satisfecho que dijo al inventor que pidiera lo que quisiera, fuera lo que fuese, y lo obtendría. El filósofo pidió que pusieran un grano de trigo en el primer cuadrado del tablero, dos en el segundo, cuatro en el tercero, y así hasta llegar al número sesenta y cuatro.

—No parece gran cosa.

—Eso dijo el rajá. Esperaba que le pidiera una recompensa en oro, joyas y cosas así. Pensó que era una petición muy modesta, hasta que descubrió que ni todo el trigo de la India y la China bastaría para llenar ese último cuadrado. Es una progresión geométrica, y es lo que los Meta hacen con la energía.

—¿Cómo se consiguió?

—Ni idea. Siempre he querido hacer un estudio completo, pero nunca he podido empezar. Los jins de Tritón se niegan a cooperar. Lo único que han podido decirme nuestros físicos locales es que, en el proceso, se invierte la entropía.

—¿Qué es la entropía?

—¿Es que no te enseñaban nada en ese selecto colegio del que te sacamos?

—El Departamento de Idiomas Extranjeros no programó ningún curso de entropía.

—No es un idioma, es la decadencia. Entropía es la tendencia al caos. Si no intervienes en un sistema físico, la entropía va aumentando, lo que significa que se destruye progresivamente, que pierde la energía que necesita para funcionar. La energía almacenada en los Meta invierte ese proceso.

—¡Zig uauh! Es complicado.

—Sí, parece una raza alienígena.

—¿Cómo son los Meta?

—Nunca los he visto. Los ingenieros los protegen como los eunucos a un harén. Nada de visitas. Nada de estudiantes. Dicen que es demasiado peligroso (¡estáte quieta, Demi!). No puedo culparles. En el pasado ha habido demasiados accidentes por culpa de estupideces.

Demi dejó de adoptar la forma de una concubina desnuda.

—Bueno, ¿y qué pasó con el Quinto Mandamiento?—preguntó .

—¿Quieres que te lo cuente ahora?

—Por favor.

—Yo prefiero hablar de esta cosa maravillosa que ha sucedido entre nosotros.

—Luego.

—Puede ser demasiado tarde. El amor no es un grifo —cantó—. No se abre y se cierra...

—Sí, tienes una voz maravillosamente entrópica, en cuatro tonos. Ahora dime qué pasó con el Quinto Mandamiento. Por favor, Rogue, se está interponiendo entre nosotros.

—¿Sí?

Demi asintió.

—Lo noto cuando me amas... Una pequeña nube que pende sobre ti...

—¡Dios mío!—susurró casi para sí mismo—. ¡Eres fantástica...! Sentir eso...incluso mientras me estás violando...

—Por favor. cariño. habla en serio.

—Estoy intentando cambiar de registro—respondió, incómodo—. Por favor, dame un instante.

Demi guardó un silencio comprensivo. Winter tamborileó suavemente con los dedos, volviendo la vista al pasado, murmurando de cuando en cuando un "no me molestes ahora", dirigido al mueble concreto que se estuviera entrometiendo con un soliloquio subsónico. Por último. miró a Demi.

—Ya sabes que Venucio no es exclusivamente italiano —empezó—. Es más bien mediterráneo: Grecia, Portugal, Argelia, Albania, cosas así. Todos conservan sus propias tradiciones y costumbres, y en las Cúpulas italianas se conservan todas las culturas regionales y subculturales locales: Sicilia, Nápoles, Venecia, incluso la Pequeña Italia neoyorquina. Hablan una mezcla barriobajera de italiano e inglés, y la Fiesta del Santo, en la Cúpula Mulberry, es un auténtico escándalo.

Ella asintió otra vez, todavía en silencio, preguntándose a dónde quería llegar.

Winter captó la expresión de la chica, y sonrió.

—Un momento, un momento. Una vez, una empresa de sopas instantáneas me preguntó por qué Bolonia era la única Cúpula italiana que compraba su producto. Tuve que explicarles que las mujeres italianas son amas de casa por tradición, y que se enorgullecen en preparar sus propias sopas. Las boloñesas son la única excepción. Prefieren trabajar fuera, ya sabes, abajo el Kinder, Kirche und Kuche. Y cuando vuelven a casa, se limitan a abrir un sobre o un paquete para preparar la cena.

—Estoy con ellas.

—Yo no estoy en contra. Bolonia es el centro del Movimiento Feminista de Venucio. La mayor parte de sus polizias son mujeres: enormes, duras, malas bestias, jamás se te ocurra meterte con ellas. Pero había una notable excepción: una cosita delicada que, ahí va eso, era jin.

—¿Una japochina? ¿En Venucio?

—En la Cúpula Bolonia. Y eso me obligó a sintetizar con toda mi alma, sobre todo porque la chica nadaba en la opulencia: uniformes bien cortados, restaurantes caros, transportes de lujo, todo eso. Así que ya te puedes imaginar lo que sinsentí.

—Que era de la Mafia.

—Y una posible pista hacia sus operaciones en Tritón, una pauta que estaba deseando descifrar. No sentí que fuera un callejón sin salida. Puse en marcha mi encanto y conseguí una cita para que se reuniera conmigo en los jardines centrales, cuando saliera de trabajar. Era mi última noche en la Cúpula Bolonia.

—¿Y la mataste?

Demi estaba horrorizada.

—Llegué temprano para examinar los jardines. Es un terreno donde las feministas se dedican

a cazar machos: oscuro, siempre envuelto en sombras y niebla... Y, en el punto exacto donde ella debía reunirse conmigo, aquel gorila saltó de entre los arbustos y me golpeó con todo lo que tenía.

—¡Santo bólido! ¿Y...?

—Y pequé contra el quinto.

—Pero... Pero ¿cómo?

—No pienso entrar en detalles, Demi, pero si hay algo que los maoríes enseñan a sus futuros reyes, es a defenderse y a matar en un cuerpo a cuerpo.

—¿Quién era el tipo? Quiero decir, ¿pudo ser un error?

—No fue ningún error, y por eso me estoy volviendo loco: el tipo llevaba un Cuchillo de Tajo. Es un cuchillo que los maoríes utilizan para arrancarle el corazón a un enemigo valiente. Luego se lo comen para adquirir su valor...

—¡Puaj!

—Sí. Y, según sus documentos, el tipo era un tal Wen Ora, de Ganímedes. Un asesino maorí.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Y no acudió la chica de la Mafia?

—No me quedé para averiguarlo. Cogí el cuchillo, dejé el cadáver bajo unos arbustos y me largué. Ahora ya sabes lo que me está haciendo zig zag. ¿Me equivocaría, le daría a la jin una pista de lo que realmente busco? ¿Me tendió una trampa su Mafia? ¿Y por qué elegir a un soldado maorí, a uno de los míos? Además, ¿qué demonios hacía un maorí en Venucio? ¿Averiguará su polizia que soy el asesino, y vendrán a por mí? ¿Seguirá persiguiéndome la Mafia? Oi veh! Shlog'n kop in vant!

Debbie ya había acaparado todos los dolores de cabeza de Winter que era capaz de absorber.

—¿Tienes ese Cuchillo de Tajo maorí?—preguntó.

—Aún lo llevo en la bolsa de viaje.

—¿Puedo verlo, por favor?

Sacó el cuchillo, y Demi lo examinó cautelosamente. Parecía una hoja recta, puntiaguda, afilada, brillante y mortífera. No tenía funda. El mango era de nogal, muy gastado por el uso y salpicado de manchas rojas.

—Le maté con él. Por eso tuve que llevármelo. Huellas digitales.

—Así que era cierto.

Dejó cautelosamente el cuchillo.

—Del principio al final.

—Creo que ahora me vendría bien ese coñac, por favor.

Llenó los dos vasos y bebieron juntos, meditando larga, silenciosamente. Luego el coñac pareció devolverles la alegría.

—Arriba los ánimos, nena—sonrió—. Saldré de esta oliendo como las rosas, ya verás.

—Saldremos, por favor. Quiero estar contigo—señaló rápidamente Demi.

—Gracias. Lealtad ciega al instante. Eres una auténtica y adorable titánida.

Ella no pudo contener la risa.

—¡Maldito seas, Winter! No dejarás de bromear ni dentro del ataúd. ¡Qué cosas tan fantásticas te suceden! Me pregunto por qué será.

Rogue volvió a llenar los vasos.

—No lo sé. Quizá porque las invito sin querer. Después de todo, tú eres una de esas cosas fantásticas que me pasan, y juro que yo no te invité.

Demi apuró el coñac.

—Tengo que confesarte una cosa—dijo, empezando a parecerse a santa Juana de Arco—. No fue un accidente. Cuando me di cuenta de que te quería, me propuse atraparte. Revisé todo lo relativo a ti, hablé con gente que te conocía, me pasé días leyendo todo lo que has escrito... No tenías escapatoria. Por favor, no lo uses contra mí

—Empiezas a tener un halo—murmuró.

La chica se sirvió otro coñac.

—¿Por qué me dijiste que necesitabas una chica?—inquirió—. Debes tenerlas a cientos.

—No.

—¿Cuántas?

—Haces demasiadas preguntas. ¿De qué es diminutivo Demi, de Demonio?

—No tengo que responder. Quinta Enmienda.

—Oh, vamos, Demi...

—Jamás.

—Puedo mirarlo en tu nómina, estás perdida.

—¡No te atreverás!

—Te tengo en mi poder.

—¿No lo usarás contra mí?

—Segunda Enmienda.

—¿Qué dice?

—Derecho a llevar armas.

—Bueno... Ya te he contado que crecí en el sur. La típica familia bien de Virginia, así que soy la típica chica bien de Virginia... —se detuvo para tragar saliva—. C-con el típico nombre bien de Virginia.

—¿Qué es ...?

—Demure—susurró .

—¿¡Qué!?

Winter empezó a desmoronarse.

Ella respondió con altanería y un fuerte acento sureño.

—Mi nombre completo es Demure Recamier Jeroux, encanto. Y a mucha honra.

—¿Por qué Recamier?—preguntó débilmente.

—Madame Recamier es la heroína de mi madre.

—Ya. Ahora escucha, mi tozudo duendecillo: tienes la infantil idea de que soy una especie de Casanova, con un regimiento de mujeres esperando que las llame para correr a mi cama. Eso no es cierto, ni en mi caso ni en el de ningún hombre. Siempre son las mujeres las que controlan, ellas toman las decisiones.

—O sea, que te he seducido. Sabía que lo utilizarías contra mí.

—Claro que me sedujiste. Y ahora que la voluntad de la titánida se ha cumplido, ¿qué?

—Aún no sé por qué dijiste que necesitabas a una chica cuando ataqué en la sala de conferencias.

Winter respiró profundamente.

—¿No es obvio? No siempre me veo en estas situación "Torpedos preparados, a toda velocidad." "Dispara cuando quieras, Gridley." Hay momentos en que pierdo la seguridad, en que estoy triste, confundido y asustado, como ahora. En esos momentos, todos mis instintos me hacen buscar a una mujer que me consuele y me apoye.

—Ssss.

—¿Por qué siseas?

—Porque soy tu imagen maternal—dijo, encantada—. Doble incesto.

—A todas las sureñas os gusta la decadencia. ¿O es la titánida que hay en ti?

—Yo era pura, señor, hasta que fui dépravée por un malvado maorí.

Librodot

—Te has copiado.

Demi dejó el vaso con firmeza.

—¿Qué hora es?

—Las mil.

—Tengo que vestirme.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Adónde vas?

—A casa, tonto.—Se levantó del sofá—. Tengo que cambiarme de ropa para evitar cotilleos en la oficina. Ya tienen demasiado material. Y también tengo que dar de comer al gato.

—¡Un gato!—exclamó—. ¿Una chica bien de Virginia desperdicia su tiempo con un gato?

—Gata, para ser exactos. Y es algo especial. Caza las manchas que ves ante los ojos. Es una psigata, y la adoro.

—No preguntaré nada. Te veré en tu casa, por supuesto.

—Gracias. ¿Qué vamos a hacer con tus problemas?

—Tranquilizarnos y esperar el próximo movimiento.

—¿Corres peligro?—le preguntó, nerviosa:

—No.

La miró con cariño. La atrajo hacia él y le acarició el vientre
con la nariz.

—No vale—rió—. Me haces cosquillas. Levántate, pelagatos estelar. Tenemos que vestirnos.

—Lo dices para pincharme.

—Sí. Ahora que te he robado tu esencia viril, no te quiero para nada. Es una costumbre de titánidos.

—¡Me he quedado patizamba! —le gritó desde el vestidor, pero sin tono de queja—. ¿Siempre eres tan apasionado?

—Sólo la primera vez, la de demostración. Todos somos iguales.
—Me encargaré de que, entre nosotros, siempre sea la primera vez. —Asomó la cabeza—. ¿Por qué no estás tan agotado como yo?

—No lo sé. Quizá es porque te he robado tu esencia titánida. Me llaman Rogue el Vampiro.

—¿Por qué demonios parpadeas así?

—Intento ver manchas ante los ojos para que tu célebre gata las cace .—Acarició al animal, que era una cariñosa gata saturniana de raza mixta, una extraña mezcla de siamés y koala—. Es una preciosidad. ¿También caza sus propias manchas?

—Por supuesto. Como todos los gatos. Ya he terminado de cambiarme. ¿Nos vamos?

—Te acompañaré a la oficina.

—Sólo hasta la esquina, por favor. Si nos ven llegar juntos por la mañana... ¡Bueno! ¿Me llamas o te llamo?

—Me llamas. Y por lo que más quieras, utiliza tu propia voz de Virginia. No me saltes encima como una Mata Hari.

—C'est magnifique! —respondió ella con voz sensual—, mais ce n'est pas la guerre. Vamos, condón estelar.

—Te daré los planos para la invasión secreta si me libras de tu esclavitud—prometió humildemente Winter.

Coronación

A las puertas del Rey, el musgo crecía gris.
El Rey no acudió. Clamaron su muerte.

Y un día éligieron a su hijo mayor
esclavo en el lugar del padre

HELEN HUNT JACKSON

Después de besar a Demi (lejos de miradas indiscretas), Winter siguió a pie hacia la rotonda Beaux Arts. Era una luminosa mañana en el insuperable Nueva York, la Jungla Madre, y todo el mundo Wasp parecía reflejar su alegría. Anacrónicos escaparates navideños en las tiendas: ¡¡Es Navidad en Marte!! ¡¡Envíe un regalo a SU ser amado!! Decoraciones porno-Valentín, lucidas por prostitutas desnudas que buscaban apoyo. Lienzos blancos colgados de los balcones, en señal de apoyo al Movimiento Honk, que luchaba por una Cúpula en Ganímedes.

Una especie de desfile-anuncio bajó por la calle principal: una banda de flautines y tambores. Había tantas bailarinas como tamborileros, haciendo un ruido infernal, agravado por una pandilla callejera de jóvenes maleantes: los “Duques de Titán”, según proclamaban sus chaquetas en letras de neón. Los jóvenes saltaban y hacían burlonas cabriolas al paso de las bailarinas. La parte agresiva del anuncio venía inmediatamente después: L + E + C + H + E + P + L + A, con ocho chicas granjeras (vivas) ordeñando ocho vacas Holstein (de plástico) .

El Sintetista se detuvo en seco, como paralizado por alguna misteriosa pistola láser que aún estaba por inventar.

—¡Ocho!—exclamó.

Se dio la vuelta, echó a correr y alcanzó la cabeza del desfile para contar los tamborileros.

—Sí, doce.

Librodot

Contó los Duques de Titán, los flautistas y las bailarinas.

—¡Once, diez, nueve! ¡Por Dios! ¡Jigjiz!

Siguió caminando hacia la rotonda, con todo su sentido sintetista alerta, explorando. Captó más datos de la pauta, una juguetería a la entrada de unas galerías comerciales. En el escaparate, se veía una magnífica y enorme casa de muñecas. Estaba situada en un parque en miniatura, construido a escala. En un pequeño lago, nadaban siete cisnes. Winter asintió y entró en las galerías.

No le sorprendió encontrar, en un rincón, una tienda para gourmets: en el escaparate, sobre un lecho de hielo picado, había seis gansos del Canadá.

—Gig —murmuró—. Los Duques son señores. Los Canadás son gansos. ¿Qué viene ahora?

Había olvidado toda intención de volver a la rotonda. Se dedicó a explorar, sintiendo, buscando, hasta que al final lo encontró al pie de unos escalones de piedra: el póster anuncio de una tienda de plantas, una amapola dorada hecha con cuatro anillos para los pétalos y uno más para el carpelo.

—Ajá. Cinco anillos dorados.

Subió la escalera, entró en otra galería y pasó junto a una tienda de animales. El escaparate estaba lleno de perritos. Siguió andando. De repente, se detuvo y sacudió la cabeza.

—¡Burro estelar! —murmuró mientras volvía a la tienda de animales.

Atisbó por el escaparate. Por fin lo vio, una gran jaula al fondo. Dentro, había cuatro pájaros mainatos. Entró para examinarlos más de cerca.

—¿Hablan?—preguntó al dueño de la tienda.

—No hay manera de callarlos. Lo malo es que parlotean en un dialecto de Georgia. Por eso son tan baratos.

—Ya me parecía. Gracias.

Winter salió por la puerta trasera, preguntándose cuándo aparecerían tres gallinas francesas.

Estaban en la pizarra colocada a la entrada de un restaurante. Escrito con tiza, se leía:

MENU DE HOY

Poulet Gras Poularde
Poulet de l'Année
Vieille Poule Coq

con Sauce Indienne

o Sauce Paprika

o Sauce Estragón
Borgoña, Burdeos, Cotes du Rhane

Librodot

Antes de que Winter pudiera entrar en busca de dos tórtolas, salieron dos chicas. Iban vestidas a la última moda de la alta costura, incluyendo los enormes sombreros Eugénie. Cada una llevaba engarzada en el ala, a modo de adorno, una pluma de codorniz.

—Naturlich —se dijo para sí mismo—. Codornices rojas. Una forma de tórtolas. Dos.

Siguió a las jóvenes a una distancia prudencial, mirando a derecha e izquierda, en busca de alguna especie de árbol. No había árboles en aquella zona de la Poderosa Metrópolis, pero los jóvenes entraron en un rascacielos de oficinas. Sobre la catedralicia entrada, estaba escrito en letras góticas: PAIRE BANQUE ALSACIENNE BLDG. Winter se rió entre dientes. La pauta se había transformado en una absurda caza del tesoro, y se preguntaba qué loco premio encontraría al final.

Entró, se dirigió hacia el tablero donde aparecían los nombres de los inquilinos, y no perdió el tiempo: se limitó a mirar la "P". Encontró a una tal "Odessa Partridge, 3030", tomó el ascensor rápido hasta el piso treinta, y allí estaba, una impresionante puerta con paneles en forma de árbol, en cuya placa se leía PARTRIDGE. Winter entró.

Se encontró ante lo que parecía una orquesta sinfónica al completo que sólo aguardara la aparición de los músicos. Estaba rodeado por todos los instrumentos conocidos: de cuerda, de metal, de viento, madera y de percusión. Una joven encantadora, que ya no llevaba el sombrero Eugénie, se acercó para saludarle.

—Buenos días, señor Winter. Me alegro de que haya acudido a la cita. La espineta está lista para la inspección. ¡Frances!

—¿Espineta?—repitió débilmente Winter.

—Bueno, la virginal. Ya sabe, una espineta sin patas. Frances, por favor, acompaña al señor Winter al estudio.

Una segunda joven encantadora, también sin sombrero, había aparecido, y ahora guiaba a Winter a través de la orquesta.

—Hemos tenido problemas para traerla aquí—le confió—. Espero que no le importe demasiado una 439 A, señor Winter. 435 es lo máximo que resisten las cuerdas. Por aquí, señor Winter.

Abrió la puerta del estudio, y el asombrado Winter fue empujado amablemente hacia el interior.

—Buenos días, rey R-og—le dije.

Creo que no me oyó. En aquel momento, se limitó a mirarme.

—Usted es la encantadora dama que estaba en la tertulia del doctor Yael, la diva. Me la imaginé cantando el papel de Brunhilda.

—Nunca me lo dijo—respondí—. Soy Odessa Partridge. Estoy en el negocio de la música, pero no como cantante.

Recorrió la sala con sus vivaces ojos: las gruesas paredes aisladas, las ventanas de doble cristal, los montones de partituras y manuscritos, el clavicordio, la virginal, el piano de cola para conciertos... ante el que estaba sentado el doctor Yael, con una sonrisa benévola.

—¿Doctor Yael?

—Buenos días, hijo.

—Esto es demasiado para mí.

—No. Siéntate. Nunca te he visto perder el aplomo durante más de un instante. Te recuperarás.

Winter retrocedió hasta una silla y se sentó, sacudiendo la cabeza. Respiró profundamente, apretó los labios y me miró con severidad.

—¿Y éste es el premio de la caza del tesoro?

—¡Ya está! ¿Lo ves?—gritó el doctor Yael—. No has tardado ni cinco segundos.

—Pero ¿a qué viene todo esto?

—Tenemos que comunicarte algo muy delicado—le dije, pasando al tuteo sin apenas darme cuenta.

—¿Y no podían llamar?

—He dicho "delicado". Las llamadas pueden ser interceptadas. Y los mensajes. Y los mensajes orales. El problema era cómo traerte aquí sin dar pistas a nadie, así que nos fiamos de tu excepcional sentido para las pautas. Nadie más lo tiene.

—Perdona, Brunhilda, pero empiezas a hablar como en las películas de espionaje.

—Tuvimos toda la noche, mientras estabas... Bueno, ocupado, para preparar los "Doce días de Navidad".

—Es natural, pensando que te apellidas Partridge, Perdiz. ¿Y Sl te hubieras llamado Paria?

—Sabía que serías el único capaz de ver la pauta. Y, si alguien te seguía, tu recorrido sería tan extraño que te despistarías.

—¿Seguirme? ¡Ah, claro! Me llaman Rogue Moriarty —rió Winter—. Que alguien llame a Sherlock Holmes.

—Esto es grave, hijo—señaló Yael.

—¿Por qué, Rey R-og?—me espetó Winter.

—Eres inteligente—dije con auténtica admiración—. Ese es el punto clave, y ya lo has sintetizado. El alma de Te Uinta reside ahora en tu ojo izquierdo.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

Era rápido como el rayo.

—Hace una semana. Accidente de caza. Un colmillo le desgarró el traje. La verdad, era demasiado viejo para enfrentarse solo a un mamut anaeróbico.

Winter tragó saliva con dificultad.

—Tenía que probarse a sí mismo. Una vez al año. Es la tradición maorí, todos los reyes deben hacerlo.

—Ahora, tendrás que ir.—Le dije—. Por favor, Winter, escucha atentamente. No te salgas por la tangente, ¿gig?

Asintió.

—Hace años que te estamos utilizando sin que lo sepas, y has resultado ser una ayuda invalorable. Te hemos observado y seguido. Tu nombre clave es "Perdiguero".

Le conté todo lo de las operaciones Pert, y el papel inconsciente que había representado en ellas. Me escuchaba atentamente, sin interrumpir. Era rápido y perceptivo, y no me molestaba con preguntas obvias como quiénes éramos "nosotros". Sin embargo, en una ocasión, dirigió una mirada a Yael, que le respondió con un encogimiento de hombros.

—Ahora llegamos al punto clave—seguí yo—. Aquel soldado de los jardines de Bolonia llevaba el Cuchillo de Tajo con dos propósitos: uno era matar, por supuesto, pero el otro era llevar tus mejillas a Ganímedes.

—¡Ah!

—Sí. No tenía nada que ver con aquella chica Jin de Tritón, ni con su organización. Sólo te perseguía porque eres R-og Uinta, presunto rey.

—¿Sí?

—Y tanto que sí. Hay un grupo terrorista, pequeño pero duro, que no te aprecia. No eres maorí. No fuiste educado en la Cúpula. Los Honk te han corrompido. Eres blando. No se puede confiar en ti. Etcétera. Etcétera. ¿Qué hacen, entonces? Barrerte. Y ya han puesto la escoba en marcha. Son asesinos entrenados, inteligentes, y por eso tuve que inventar la charada de los "Doce Días" para atraerte hasta aquí.

—Pues están perdiendo el tiempo —replicó Winter—. No tengo la menor intención de ser rey.

—Eso no les importa. Da igual a quién coronen en tu lugar, siempre serás un peligro en potencia. En la Cúpula, la mayoría honrará eternamente tus mejillas, y su única salida posible es llevarlas a casa como trofeo.

—Abdicaré formalmente.

—No les convencerás de que jamás cambiarás de opinión. Seguirán barriendo hasta acabar contigo.

—¡Jigjiz! ¡Menudo lío para este pobre chico gentil! Y ahora que Demi y yo habíamos... —Se interrumpió en seco antes de cambiar de tema—. Pero supongo que no me habrán traído aquí sólo para darme las malas noticias de Ganímedes. Tienen algo más en mente. ¿Qué es?

Librodot

—Tienes que ir a Ganímedes para ser coronado.

—No tienes los tornillos en su sitio.

—Yael te acompañará.

—¿Qué tiene que ver el doctor con esto?

—Nunca te lo había dicho, hijo, pero Te Uinta pagó por tu educación. Creía que los maoríes necesitaban un rey familiarizado con nuestras costumbres.

—Sí, claro—murmuró Winter—. Como la madre titánida de Demi.

—Y lo menos que le debo a Te es ayudarte en esta crisis —siguió Yael—. Tengo que hacerlo. Si no, todos nuestros preparativos se irán al cuerno.

—Ya se han ido al cuerno, señor. No tengo madera de rey, y nunca la tendré.

—Pero vivirás—señalé yo—. Una vez hayas sido coronado, no se atreverán a ponerte la mano encima. Eso predispondría a la mayoría contra ellos.

—¿Qué demonios intentas hacer, Odessa? ¿Protegerme? Ahora que me habéis avisado, puedo protegerme solo. Dios sabe que ya lo he demostrado en Venucio.

—No te estoy protegiendo a ti—repliqué—. Protejo el trabajo que haces para nosotros. Si tienes que vivir en tensión, alerta para esquivar sus ataques, no nos serás de ninguna utilidad. Sólo captarás las pautas de peligros potenciales.

Winter dejó escapar un gruñido.

—En cambio, si te dejas coronar rey, estarás a salvo, y volverás a tu vida normal.—Dejé que se empapara con eso antes de seguir—: Y tu chica también estará a salvo.

Me miró.

—Zorra —dijo amablemente—. Eres una zorra en estado puro. Sabes cómo forzar a un hombre, ¿no?

—Es mi trabajo.

—Sí. Como la música “Sonata de Miedo”: alguien tendrá que proteger a Demi mientras estoy fuera.

—Me encargaré de eso.

—Gig. ¿Cuándo?

Me gustó aún más por eso. Una vez tomada la decisión, estaba dispuesto a actuar sin más demora.

—Hoy, en el cohete de mediodía. Yael ha hecho todos lo preparativos.

—¿Tan vig?

—Es lo mejor, lo más seguro.

—Y tú sabías que me convencerías. ¿Se lo explicarás todo; Demi cuando me vaya?

—Todo lo que le convenga saber. Confía en mí.

—No tengo más remedio. Avanti, dottore!—Winter ya estaba de pie, se movía de prisa—. ¿Nunca le he contado el del mamut que entra a robar en una joyería?

Con la ayuda y la comodidad de la energía Meta, viajar en cohete es cuestión de días y semanas, con lo cual los japo-chinos nos tienen cogidos por el cuello. Una vez más. Es el precio que debe pagar el Solar por su transformación, por pasar de ser un montón de enclaves aislados a una comunidad de planetas y satélites que disputan constantemente. Y es una cadena de esclavos que convierte a la Meta Mafia en unos cuantos chicos simpáticos que hacen algo de contrabando. (Calculando por lo bajo, se han dedicado 5.271.009 horas a investigar, analizar y sintetizar los Meta. Y nada. Pero no os riáis. Los antiguos se pasaron muchos años buscando la piedra filosofal.)

Winter y Yael llegaron a la entrada de la Cúpula Maorí por tierrafoil (¿ganifoil?). Era el segundo de los tres días de luz solar directa, con lo que todo estaba razonablemente iluminado y agradable. Si el interior de la Cúpula se parece a algo, es a Rapa Nui, también llamada Gran Rapa, pero más conocida como Isla de Pascua.

Aunque no hay diferencias, claro. Es más circular que triangular. No hay chozas de paja, las casitas son de piedra. No hay gigantescas estatuas de piedra, sólo gigantescos tótemes tribales tallados en madera (con ojos izquierdos de mica incrustada) ante cada grupo de casas. Todo encantadoramente primitivo, pero la aldea central —donde los maoríes se reúnen para hacer ejercicio, competir, discutir, cotillear o celebrar sus ceremonias— cuenta todos los sistemas de seguridad ultramodernos para mantenimiento de Cúpulas. Después del desastre de Cúpula Jones, en Mercurio, estas instalaciones son tabú: en ellas sólo pueden entrar técnicos autorizados.

Durante el viaje, Yael resultó ser una ayuda impagable. Le unté con una tinta color sepia para darle el tono de piel bronceado propio de un maorí, a pesar de las amargas objeciones de Winter. (Dice que ese tinte en concreto produce impotencia.)

—Relaciones públicas, hijo. Lo de la impotencia nunca se ha probado. De todos modos, para cuando vuelvas con tu chica, ya habrá desaparecido.

—Como mi virilidad.

—Ahora, de lo que tienes que preocuparte es del mamut.

Entraron en la Cúpula esperando un jaleo de mil diablos—Yael había enviado un mensaje por láser, anunciando su llegada—, y fueron recibidos con un solemne ritual. Los doce jefes tribales adornados con plumas, perlas, collares, brazaletes y tobilleras estaban en un semicírculo. Hicieron una genuflexión, se adelantaron y, con mucho respeto, desnudaron a Winter.

—¿Oparo? ¿Eres tú?—inquirió Winter, mitad en polinesio, mitad en inglés—. He pasado tanto tiempo fuera... ¿Tubuai? Siempre nos peleábamos. Siempre me ganabas. ¿Waihu? ¿Te acuerdas de cuando intentamos subirnos a tu tótem y nos dieron una buena tunda? ¿Teapi? ¿Chincha?

No obtuvo respuesta.

No había habido ninguna coronación en vida de Winter, así que no sabía qué esperar. Pero descubrió que se había equivocado en todas sus previsiones. Nada de multitudes enfebrecidas, aclamaciones, tambores o canciones. En vez de eso, le escoltaron desnudo por la aldea central, en medio del más absoluto silencio, antes de depositarle reverentemente en el palacio de Te Uinta, que tan bien recordaba.

Para las costumbres maoríes, era enorme. Diez habitaciones separadas, ahora todas vacías. Habían retirado todo lo de casa.

Sólo quedaban las cuatro paredes. Winter se acuclilló en el centro de la sala principal, que para los maoríes era una especie de salón del trono, y esperó el siguiente movimiento. No lo hubo. Esperó, esperó y esperó.

"Me pregunto si el doctor estará recibiendo el mismo tratamiento", se dijo, estirándose en el suelo.

(Yael estaba recibiendo todo tipo de atenciones. Todos le recordaban con cariño.)

"Supongo que se piensa que debo meditar solemnemente —reflexionó Winter—. La increíble responsabilidad que me espera. Lo que debo a mis antepasados y a mi pueblo. Vale. Por mi honor, prometo que haré todo lo posible para cumplir con mi deber para con Dios y para con mi país, y obedeceré la Ley de los Scouts ..."

"Y el tipo llega a su joyería una mañana, muy temprano, para repasar las facturas. Llega justo a tiempo de ver un camión pegado a su tienda. La parte trasera del vehículo está abierta, y sale un mamut peludo que se acerca al escaparate, lo destroza con las patas y se lleva todas las joyas al camión. Luego entra en la cabina y se marcha..."

Entonces se oyó un crujido de hojas y un tintineo de campanillas. Winter miró en la dirección de donde veía el sonido, y descubrió que una chica morena entraba a gatas en la habitación. Tenía el típico pelo negro ondulado —los maoríes lo tienen liso u ondulado, nunca rizado—, atractivos rasgos polinesios y cuerpo de adolescente. Pudo comprobarlo porque la chica llevaba una cadena de conchas plateadas alrededor de la cintura, y nada más.

"¿Qué demonios pasa aquí'! —se preguntó a sí mismo—. ¿Parte del ritual? ¿Mi futura consorte y reina? Deberían dejarme elegir por mí mismo."

La chica no perdía el tiempo. En un momento estaba sobre él, silenciosamente sensual y excitante, y Rogue pensó que no estaría nada mal como esposa, hasta que sintió el primer corte en la parte trasera de la rodilla. Sus reflejos entrenados reaccionaron como el rayo. Le clavó la rodilla entre las piernas y le arrancó la afilada concha de la mano. La chica se dobló de dolor.

—Intentando cortarme los tendones, ¿eh? —murmuró Rogue—. Odessa tenía razón. Esos tipos van en serio. Si llega a conseguirlo, la caza del mamut habría sido una experiencia interesante. Para el mamut.

Alzó a la indefensa chica y se dio la satisfacción de morderle la grupa hasta hacerla sangrar, antes de arrojarla por la puerta como una bolsa de basura. Luego cerró la puerta de golpe para dar a entender que seguía entero, y volvió a sentarse en el suelo de la sala del trono, preparado para futuros ataques. No se daba cuenta de que, tanto la agresión como su respuesta, le devolvían el temperamento sanguinario para el que se había entrenado al futuro rey.

Tras media hora de silencio, reinició su habitual diálogo interior.

"Pues bien, como iba diciendo cuando me interrumpieron tan bruscamente: el tipo de la joyería ve cómo se larga el camión, con la boca abierta, hasta que por fin reacciona y llama a la policía. Vienen, les cuenta todo, y los tipos se comportan de manera muy profesional. "Necesitamos alguna pista. ¿Anotó el número de la matrícula?" "No. Sólo vi al elefante peludo." "¿Qué clase de camión era?" "No lo sé No pude apartar la vista del maldito mamut." "Muy bien ¿Qué clase de mamut era?" "¿Quiere decir que hay diferentes tipos de mamut?" "Claro. El mamut asiático tiene las orejas grandes y separadas de la cabeza, el mamut americano las tiene pequeñas y pegadas. ¿Cómo tenía las orejas el suyo?""

En esa pregunta, se quedó dormido.

Un tumulto le despertó. Se puso en pie de un salto, abrió la puerta del palacio y miró al exterior. La aldea central estaba llena de maoríes: gritando, cantando, golpeando tambores... Los doce jefes tribales avanzaban hacia él, portando el escudo real —de casi dos metros—y la lanza real de Te Uinta. Winter reconoció al instante ambos objetos.

—¡Orejas! ¡Orejas! —murmuró—. ¿Cómo quieren que lo sepa? ¡El maldito mamut llevaba una media en la cabeza!

Fue lo último que pensó en idioma Solar. Pasó a pensar y actuar en maorí. Dio un paso hacia adelante, desnudo y majestuoso. Cuando llegó la delegación, tocó a cada jefe en el corazón, murmurando el saludo ceremonial. Los jefes se pusieron el escudo sobre los hombros, y Winter permitió que le alzaran sobre él. Quedó allí, erguido y regio, a la vista de todos.

Le llevaron alrededor de la aldea tres veces, y los gritos fueron acallándose. Bajaron el escudo al suelo, pero él siguió allí de pie, erguido, expectante. Un sacerdote—en realidad, un shamán —se acercó para ungirle: llevaba en las manos una urna de aceite. Winter recordó cosas largo tiempo enterradas, y supo que era la grasa del cuerpo de su padre adoptivo. Le untaron con ella: la nuca, los ojos, las cicatrices de las mejillas, el pecho, las palmas de las manos y la espalda.

La diadema de Te Uinta, una ancha cinta de plata y fibra de cohete, fue ceñida en torno a la cabeza de Rogue.

—¡Él y no otro!—cantó el shamán.

Silencio mortal.

Los jefes se adelantaron y pusieron la lanza real de Te Uinta en la mano de Rogue, como si fuera un cetro, y entonces estalló el griterío. Ahora tenía que matar un mamut con aquella lanza para probar su derecho real a gobernar.

El mamut de Ganímedes es otro ejemplo de las excentricidades cósmicas (aunque Demi Jeroux prefiere llamarlo Maratre Cósmica), ayudadas e instigadas por el hombre.

Uno de los alimentos favoritos en el Solar (dejando aparte ciertas sectas religiosas) es el cerdo. Ahora los cerdos son seres maravillosos: geniales, activos y muy adaptables. En realidad, no quieren estar en coma ni oler mal. Eso sólo lo hacen los que comen desperdicios, engordan y se revuelcan en el lodo. Eso lo sabe cualquiera que haya visto alguna vez un puerco limpio, activo, corriendo alegremente por un prado, rodeado por sus juguetones lechones. Desgraciadamente,

cuando se está cebando a un cerdo, el animal se revuelca por el fango y apesta como mil diablos. Así es cómo la mayoría de nosotros vemos a los cerdos.

Pero en una Cúpula no puede haber animales apestosos (ya hay bastante con la gente), así que los criadores y los carniceros recurrieron a la genética para crear una especie que pudiera sobrevivir en dehesas fuera de la Cúpula, en el mortífero medio ambiente anaeróbico de Ganímedes.

Los ingenieros genéticos se sintieron encantados ante el desafío, y eligieron al Tamworth, una de las más antiguas razas porcinas, como el mejor candidato. El Tamworth es resistente, activo y prolífico, y está bien adaptado para la vida salvaje. Tiene largo el cuerpo, la cabeza y las patas, y las costillas profundas y planas, aunque su disposición deja mucho que desear.

Los genetistas retroactivaron la raza Tamworth. Es decir, invirtieron la evolución del cerdo hasta llegar a sus orígenes. Todo ello por selección. Al mismo tiempo, desarrollaron su tolerancia hacia el medio ambiente anaeróbico. Entre otras cosas, disminuyeron su necesidad de oxígeno. El resultado fue el "Astrojabalí" de Ganímedes, que se criaba con unos costes mínimos y se vendía a buen precio por todo el Solar. Los anuncios decían:

¡NO SEA UN MAL ANFITRION!
¡EL ASTROJABALI SERA SU MEJOR PRESENTACION!

SIN GRASA
SIN SAL
SIN COLESTEROL
CON EL CERDO SE VIVE MAS
CON EL ASTROJABALI SE VIVE MEJOR

De cuando en cuando, un cerdo se escapaba de la dehesa y corría hacia los riachuelos. Los criadores se encogían de hombros, no valía la pena perseguirlos. De todas maneras, estaban condenados a morir. Pero aquí intervino la cabriola cósmica. Del mismo modo que algunos peces fueron arrojados a la orilla por la marea y se las arreglaron para sobrevivir, así sobrevivieron estos raros especímenes independientes, escarbando en el suelo helado para buscar musgo y líquenes como alimento. Vivían de manera precaria, se enfrentaban unos con otros, se apareaban, muchos morían... Y los mejor adaptados evolucionaron hasta convertirse en esa raza que los habitantes de Ganímedes denominaban El Mamut.

En realidad no parecen elefantes, sino jabalíes gigantes. Alcanzan casi los dos metros de altura, mientras que los Mamuts originales medían casi cuatro. Tienen orejas elefantinas para captar la máxima luz solar posible. Tienen pelo, como los mamuts lanudos. Los colmillos curvos son enormes, y les permiten escarbar en el suelo congelado para obtener alimentos.

La raza original, los Tamworth, eran omnívoros, y así son los mamuts de Ganímedes. Además, el instinto de supervivencia los ha vuelto caníbales. Tienen el genio de los jabalíes salvajes en su estado más puro: irascible, cruel y violento. Para ellos, sobrevivir
implica matar.

Así era la media tonelada de animal que Winter tenía que encontrar y matar. "Y ni siquiera me gusta el cerdo", pensaba.

Se puso un traje espacial con casco y bombonas de oxígeno. Con la lanza de punta larga en la mano, y el Cuchillo de Tajo en la cintura, para traer el corazón de vuelta, a modo de trofeo, comerlo y así absorber su magia. Los maoríes querían que su rey adquiriese la ferocidad salvaje del mamut, por eso la tradición exigía que el rey matara una vez al año.

Librodot

—Cosa que resulta ridícula para mí—objetó Winter—. Soy un cobardica Solar.

Pero hablaba consigo mismo en maorí.

El terreno era escabroso e irregular: roca, esquisto, pizarra, restos de lava, obsidiana negra—un cristalino recuerdo del pasado volcánico de Ganímedes—y astillas y restos de hongos fosilizados, uno de los alimentos favoritos de los mamuts, aparte de ellos mismos. (Dale a la vida una oportunidad entre mil, y no la dejará escapar.)

A una hora de camino desde la Cúpula, Winter encontró el primer rastro de mamut excrementos en forma de montículo cónico. El mamut come y defeca constantemente. Siguió cautelosamente su rastro, vio que se unía con otros, y llegó hasta un cráter lleno de excrementos.

—La aldea central de los mamuts—gruñó.

Pero el cazador tomó su lugar.

—El error que cometió Te Uinta. Todos lo cometen, y mueren. No hay que perseguir al mamut, hay que hacer que te persiga. Que venga él a ti. Sí. Eso es.

Un vistazo a las últimas luces del sol agonizante y al gigantesco limbo de Júpiter, en el horizonte. Faltaba una hora para que empezara la noche de tres días. Tiempo suficiente antes de que los cuasinocturnos salieran para alimentarse.

Volvió sobre sus pasos, buscando, y encontró un pequeño cráter con un reborde de unos tres metros de altura. Un impacto de meteorito, probablemente. El suelo del cráter estaba agrietado, era de esquistos cuarteados. Winter asintió para sí mismo, saltó sobre el afloramiento de obsidiana por el que había pasado y recogió varias astillas cristalizadas largas, cuidando de no rasgarse el traje espacial. Con las suelas metálicas de las botas, se las arregló para arrancar estalactitas aún más largas. Plantó estas últimas en las grietas del fondo del cráter, cerca del reborde. Parecía un lecho de púas esperando a un fakir.

Se irguió jadeante, tragó saliva, e intentó llenar la bolsa para la orina que llevaba adosada al traje. Movió la mano por encima del hombro y abrió al máximo la válvula de oxígeno, hasta que el traje espacial alcanzó las dimensiones de un Santa Claus. Se inclinó hacia adelante, pasó una mano por la cubierta del faldón anal y se sacó la bolsa urinaria de entre las piernas. Para cuando volvió a sellar el faldón y reajustó la presión del aire, la orina estaba congelada.

Winter escaló los tres metros del bordillo y volvió sobre sus pasos hacia los rastros de mamut, dejando caer esquirlas de su propia orina, que cortaba con un Cuchillo de Tajo. La zona donde solían pastar los animales seguía vacía, pero el sol se había puesto, las estrellas brillaban y Saturno dominaba el cielo. Parecía un globo luminoso, los anillos no se divisaban a simple vista. Winter dejó caer los últimos fragmentos de orina, los pisoteo con las botas y volvió hacia el cráter, dejando así un rastro más fuerte a su paso. Allí aguardó, lanza y cuchillo en mano.

Se vio obligado a ponerse de pie. Los breves momentos sentado le habían congelado dolorosamente la rabadilla.

Aguardó, conservando su fe en el desafío que significaba el olor de una orina extraña.

Probó la barra de la lanza. Era de vidrio hilado, tan duro y resistente como una pértiga de salto.

Librodot

Aguardó.

Recogió un montón de piedrecillas redondeadas, que no le dañarían los guantes

Aguardó.

Aguardó.

Al fin llegó un enorme jabalí, gruñendo ante el olor de la orina, el helado vello de acero crispado, los ojos inyectados en sangre, las amplias orejas vibrando, los gigantescos colmillos brillando a la luz de las estrellas, media tonelada de mamut enfurecido. Winter cogió una piedra, se la lanzó con todas sus fuerzas, y falló.

Tuvo que lanzar tres más antes de golpear a la bestia y atraer su airada atención. Winter saltó, gesticuló, lanzó otra piedra, corrió hacia adelante, sacudió la lanza y tiró una piedra más, que acertó de lleno en la trompa-hocico del mamut.

Por fin, la bestia estableció la furiosa conexión causa-efecto y cargó contra él, con la cola alzada, las orejas gachas, los colmillos apuntados para desgarrar desde la entrepierna al cuello. Winter necesitó toda su sangre fría para quedarse quieto en el sitio y observar el ataque, como un torero calculando la velocidad de su adversario. En el último momento posible se dio la vuelta, corrió tres zancadas y usó el asta de la lanza como pértiga para saltar al fondo del cráter, poco más allá del lecho de estacas cristalizadas. Giró sobre las rodillas. El mamut, que le había seguido, saltó también sobre el reborde y se empaló. Una docena de estacas se le clavaban en el suave vientre mientras se revolcaba, agonizando. La sangre se congelaba nada más brotar.

Winter se puso de pie y buscó la lanza, antes de recordar que había quedado fuera del cráter. Le recorrió un escalofrío al pensar en el riesgo de lo que acababa de hacer. ¡Si la bestia no hubiera caído sobre las estacas...! De cualquier manera, no habría que administrar el golpe de gracia. El mamut moriría en cuestión de minutos. Contempló la violenta muerte. Entonces, algunos fragmentos de piedra captaron su aguda atención. Volvió la vista. Era la hembra del animal, que le había seguido algo más despacio.

La hembra se deslizó por la cara interna del cráter, rodó cerca de las estacas sin herirse, aplastándolas, y se levantó sobre sus patas, otra media tonelada de furia. Winter sintió que el corazón se le detenía. Aquello sí que era un verdadero cuerpo a cuerpo, una auténtica prueba, y con el peor enemigo imaginable: una hembra.

El animal embistió, bufando y gruñendo, casi arrancando chispas con los cascos. Tenía la boca entreabierta para mostrar los enormes colmillos que podían triturar una roca. Winter se movió adelante y atrás con pasos cortos, tratando de calcular el impulso de lo que se le venía encima. Alzó los brazos y los bajó de golpe cuando tenía las mandíbulas del animal a menos de treinta centímetros. La agarró por las orejas y se dio impulso hacia arriba hasta quedar montado sobre el lomo, como una bailarina cretense sobre un toro. Se agarró fuertemente a las espesas crines.

El animal bufó, y saltó a una altura increíble gracias a la baja gravedad. Winter se agarró con las piernas y con una mano, mientras blandía el Cuchillo de Tajo con la otra. Le cortó la garganta a la dama.

Llevó los dos corazones a la Cúpula Maorí, clavados en la lanza de Te Uinta.

Librodot

Fue una fiesta jubilosa. Winter había sido el primero en llevar dos corazones, y aquello se vio como un buen presagio de grandes glorias. Ya era el Doble Rey R-og, y la prueba eran los dos corazones que se asaban sobre una hoguera.

Los tambores retumbaban, no con los clásicos ritmos terrestres de dos por cuatro, tres por cuatro o cuatro por cuatro, sino al tradicional estilo maorí, que no tiene un ritmo regular porque cuenta una historia, con su puntuación, pausas, comentarios y demás retórica.

Las chicas y las mujeres bailaban, pero tampoco lo hacían con pasos terrestres estructurados. Ellas también contaban antiguas sagas maoríes, con gestos simbólicos que hablaban de guerras ganadas, enemigos derrotados, y héroes que copulaban para dar origen a hijos poderosos que algún día llevarían a los maoríes a victorias aún mayores.

Hubo un festín: cocodrilo joven, probablemente robado de las Cúpulas Africanas, anaconda, ranas de cinco kilos, tiburón importado, mulo y mamut asado. No había por qué dejar que los amigos y parientes de los difuntos devorasen los dos cuerpos. También hubo opio y hachís, traído de las Cúpulas Turcas.

Con un exquisito cálculo del tiempo, justo antes de que la fiesta empezara a decaer, el shamán llevó a Winter hasta la plataforma sobre la que sería coronado. Le indicó que se pusiera de pie, sobre el escudo de su padre. Los dos corazones se encontraban allí. Y aquello fue la apoteosis.

El shamán hizo una reverencia, dio un paso atrás y se reunió con los jefes tribales, que formaban un círculo sobre las gradas. Winter cogió las vísceras, quemándose las manos, pero negándose a vacilar ante su pueblo. Dio un gigantesco bocado al primer corazón, masticó la carne chamuscada, también sin vacilar, y se la tragó. ¡Pandemónium! Repitió el ritual con el segundo corazón, pero esta vez la algarabía se cortó en seco a medio grito. Miró sorprendido a su pueblo, luego al shamán y a los jefes que retrocedían horrorizados en las gradas.

—¿Qué pasa?—inquirió .

El shamán sólo pudo señalar a los pies de Rogue.

Bajó la vista. En la plataforma, pululaban unas diminutas criaturas que surgían de la tierra. No tenían forma discernible. Eran como bolas peludas, grises, que parecían vagar sin rumbo fijo en busca de algo.

—¡Almas de mamuts! —gritó una voz horrorizada entre la multitud—. ¡Son almas de mamuts! ¡Almas de las cacerías reales!

Winter se sintió desagradablemente sorprendido, pero no podía dejar que se le notase. Desde luego, un rey no podía retroceder aterrorizado. En el espeso silencio, siguió con la ceremonia comiendo los corazones, dejó el escudo, se dio la vuelta y bajó lenta, orgullosamente, de la plataforma, sin dignarse a bajar la vista hacia los misteriosos animalillos que pululaban entre sus pies. Según Yael, fue una actuación inmejorable. Cuando volvieron al palacio real, felicitó a Rogue.

—Gracias, Jay. Dios mío, estaba muerto de miedo.

—Yo también.

—¿Crees en la vida después de la muerte? ¿Fantasmas? ¿Reencarnación? ¿Ocultismo?

—Desde luego, no para los animales.

—Yo tampoco. Entonces, ¿qué eran esas cosas que me correteaban entre los pies? Almas de mamut no, desde luego.

—Lo averiguaremos—dijo Yael—. He cogido uno.

—¿Qué?

—Que antes de que volviéramos al palacio, cogí un “alma”.

—¿Dónde está?

—Aquí.

Yael se abrió la capa ceremonial, sacudió un pliegue, y cayó una bolita peluda, gris, que inició una titubeante carrera.

—Parece pellejo de mamut—murmuró Yael. Tocó el asqueroso animalillo, suavemente, lo cogió y le dio la vuelta.

—¡Pero si es un cangrejo cubierto de cuero de mamut!—exclamó.

—¡No lo toques! —gritó rápidamente Winter—. No es un cangrejo Es un ciempiés Kring con caparazón. Su veneno es mortal.

Yael dio un paso atrás, alejándose del peligro. Winter se levantó y aplastó al animal de una poderosa patada. Luego empezó a pasear por la habitación.

—Así que esas tenemos—dijo al final.

—¿Qué tenemos, hijo?

—Piénsalo bien, Jay. Esos bichos son subterráneos. ¿Y qué hay bajo la aldea central?

—El generador de energía de la Cúpula.

—Así que de ahí es de donde salen.

—Eso parece.

—Y ahí los han atrapado, los han disfrazado y me los han hecho salir bajo mis pies.

—Eso es un poco apresurado, hijo.

—Antes intentaron eliminarme abiertamente, Jay. Todavía quieren acabar conmigo, pero ahora que he sido formalmente coronado, ya no pueden hacerlo de manera directa. Mi pueblo acabaría con ellos.

—Cierto.

—Pero ¿qué pasaría si me envenenaran las almas de los muertos? Significaría que el rey R-og ofendió a los dioses y ha sido castigado. Los maoríes son supersticiosos, se lo tragarían. Y no pondrían objeciones a mi sucesor.

—¿Otra vez ese grupo terrorista?

—Calma, Jay, calma.—Sacudió la cabeza—. Tengo que solucionar esto o nunca habrá paz.

—¿Tienes idea de quiénes pueden ser, Rogue?

—Ni la más remota.

—Entonces, ¿cómo vas a solucionarlo?

—Iré a buscarlos al generador de energía. Es una zona de acceso prohibido, así que probablemente tienen ahí su escondrijo. Desde luego, no enviaron la maldición de los dioses desde la superficie. Hasta luego, Jay.

Y salió.

El generador estaba en unas enormes y oscuras dependencias, junto con lo que parecían unas amistosas calderas de acero con los brazos entrelazados. De hecho, eran las unidades de energía, todas ellas blindadas para protegerlas de cualquier daño. La luz de un faro brillaba en el centro de la estancia, pero la visión de Winter quedaba bloqueada por las siluetas de las calderas. Se adelantó silenciosamente, ocultándose en los recovecos del laberinto, llevando todavía el Cuchillo de Tajo. Primero le llegó el sonido de unas voces que hablaban en voz baja. Luego les vio.

Tres mujeres y dos hombres alrededor de la luz, en círculo, hablando. El corazón se le encogió, y sacudió la cabeza.

"Debí adivinarlo", pensó.

Las mujeres eran sus hermanas adoptivas. Winter dio un paso hacia adelante, para situarse cerca de la luz, sin siquiera intentar una aproximación silenciosa. Los cinco se volvieron y vieron de quién se trataba. Hubo un largo instante de enfrentamiento. Todos comprendieron.

Winter se dirigió a los hombres.

—Fuera—dijo—. Esto es un asunto de familia.

Los hombres titubearon, hasta que sus hermanas asintieron. Winter y las mujeres quedaron a solas.

—Debí suponerlo al no veros en la coronación, pero estaba ocupado con demasiadas cosas—dijo.

No hubo respuesta.

—Kuiti, Tapanu, Patea, tenéis buen aspecto.

Era verdad. Mujeres altas, guapas, de cuarenta y muchos años, el pelo empezando a grisear, aún sin grasa.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Nosotras representamos la auténtica línea de sangre.

Librodot

—Y yo sólo soy un huérfano adoptado. Sí, Kuiti, pero siempre lo habéis sabido.

—Y siempre lo hemos odiado.

—No os culpo. Sé que soy un extranjero, un intruso. Pero nunca quise ser rey, fue vuestro padre quien lo quiso.

—No tenía derecho.

—Tenía todo el derecho, Patea. Las mujeres no pueden sentarse en el trono.

—Tenemos maridos.

—¡Ah, se trata de eso! ¿Tenéis hijos?

Su silencio fue la respuesta.

—Ya veo. Lo siento. La estirpe de Uinta ha terminado. Una pena, pero les ha sucedido a otras monarquías en el pasado. Así que pondréis en el trono a uno de vuestros maridos. ¿Qué pasará si no os escucha?

—Nos escuchará. Somos tres, las auténticas hijas de Te Uinta.

—Claro. Pero ¿cuál de vuestros maridos será rey? ¿El tuyo, Kuiti? Eres la mayor.

—¡Tú le mataste!—gritó la mujer.

—¿Que yo maté a tu marido? ¡Tonterías!

—En Venucio.

—¿En Venu...? ¿Quieres decir...? ¿Cómo se llamaba? ¿Kea-Ora? Creí que era un simple soldado.

—Era el próximo rey.

Winter estaba conmocionado.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué desastre! El marido de mi hermana...

—Nunca he sido tu hermana.

—Y ahora, nunca serás reina. ¿Y esos hombres que estaban aquí con vosotras? ¿Vuestros maridos?

—No.

—¿Soldados?

—Sí.

—Lo parecían . ¿Cuántos miembros tiene vuestro grupo?

Librodot

—Lo averiguarás cuando estemos preparados.

—No, Kuiti —respondió, pensativo—. No, nunca estaréis preparados, ahora que lo sé todo y puedo pediros cuentas. No podéis hacerme nada. ¡Queridas hermanas, adorables hermanas, Kuiti, Tapanu, Patea, estáis acabadas!

—¡Jamás!

—Acabadas—repitió. Mostró el Cuchillo de Tajo. Las mujeres no retrocedieron—. Si me sucede algo a mí o a los míos, os pedirán cuentas. Hago un juramento sagrado por mi sangre.

Se hizo un corte en el antebrazo y, antes de que pudieran evitarlo, les manchó la cara de sangre.

—Mi juramento de sangre sobre vuestras cabezas—dijo—. Aquí termina vuestra venganza. No volveremos a vernos.

Se dio la vuelta y se alejó. Pero antes de desaparecer en la oscuridad, se volvió hacia ellas.

—Ni siquiera habéis pronunciado mi nombre.

Mal de amores

Se dice que la ausencia conquista el amor,
Pero, ¡oh! No lo creáis.

Lo he intentado, sí. El poder lo prueba.
Y no debes olvidarlo.

FREDERICK WILLIAM THOMAS

Aquí Odessa Partridge de nuevo, desde Tierra, en el Pasillo Noreste, recordándoos que estoy ordenando los hechos a partir de lo que los protagonistas de los mismos me confiaron mucho más tarde. Me hace sentir como una madre hebrea. Y me encanta.

Mientras R-gruñido-OG se labraba su destino en Ganímedes, une crise se prépare (un "las cosas van de cabeza"). Más concretamente, contra la cabeza de Demi Jeroux, en la selva neoyorquina. Le expliqué por qué Rogue había tenido que marcharse con tanta urgencia, y lo aceptó sin quejarse, como la buena chica que era. Ahora, mientras esperaba su regreso, intentaba recuperar el ritmo de vida que llevaba antes de que el cazador se convirtiera en cazado.

Pero aquella mañana se levantó vomitando por segunda vez, y lo pasó con un estómago con mal de amores. Examinó en el espejo su realidad titánida de por las mañanas, y se sorprendió de nuevo al ver el ideal de Winter: esbelta, virginal, con una buena delantera y trasero erguido. Con su piel inmaculada y su pelo áureo, podría haber servido de modelo para Botticelli en el cuadro "El Nacimiento de Venus", si el bueno de Sandro no hubiera optado por algo más asexuado.

—Así que esto es lo que me ha hecho Rogue—murmuró—. Nunca se habla de la Princesa Rana.—Se volvió hacia la psigata—: He hecho un descubrimiento: una mujer necesita de un hombre para existir de verdad.

Las imposiciones titánidas la obligaban a un estilo de vestir que las mujeres trabajadoras de todo el Solar comprenderán perfectamente. Tenía que llevar ropa que encajara con cualquier forma que se viera obligada a adoptar durante la jornada: competente, indefensa, perspicaz, calculadora, ególatra, compañera y camarada...Eligió un traje amplio y oscuro, una sencilla blusa de botones, zapatos razonables y ningún adorno, aunque en el bolso llevaba joyas, otro bolso de noche y unas sandalias altas, sólo por si acaso. Puso en marcha el proyector caleidoscópico para que se entretuviera la psigata cazamanchas, y salió hacia las oficinas de Media.

Aquel mes, Demi tenía el mejor turno de trabajo, de nueve a seis. Pero era una chica dedicada y solía añadir algunas horas extraordinarias por la mañana. Hoy tenía que hacerlas, porque le habían encargado lidiar con propuestas en Nu-Spek, francés medieval, mozambique, inglés antiguo y cromático, y luego entregarlas al propietario y editor jefe de Media, Augustus (Ching) Sterne, con breves descripciones y recomendaciones explícitas. Le había hecho especial gracia la extravagancia de "Rabelais Diabolo", demostración de que François era Satán disfrazado (ella sabía que el gran farceur fue un titánido), pero a Ching no le pareció divertido.

A las cinco y media, decidió que una noche en la ciudad la ayudaría a olvidar a Rogue por unas horas, así que llamó a CUSTODIA DE CHICAS, aguardó a que la computadora comprobara su tarjeta de crédito y pidió un acompañante que fuera todo lo contrario que Winter. Supuso que eso pondría coto a los cotilleos de la oficina. Ante la especificación crucial, ¿Sexo?, tecleó un enérgico NO que, por supuesto, fue advertido en la oficina y no hizo más que confirmar los chismorreos.

El tipo entró en Media. Menudo, fuerte, agresivo, casi buscando pelea, con una actitud que anunciaba que él era un regalo de Dios al Solar, y que más te valía creerlo.

—¿La señorita Jeroux?—desafió—. ¿La señorita Demi Jeroux?

—Aquí—respondió Demi, sintiendo que el corazón se le encogía.

—Soy Sansón, de CUSTODIA DE CHICAS.—Lo dijo como si fuera un anuncio publicitario, esperando que las demás mujeres se desplomaran a sus pies—. Herc Sansón.

—¿Herc de Hércules?—preguntó una vocecilla desde la esquina.

—Puedes jurarlo, nena—gritó Sansón por encima del hombro. Cogió a Demi por el codo—. Voy a llevarte al cielo, preciosa. —Le sonrió—. Tu tarjeta de crédito se va a llevar un buen mordisco, pero no te preocupes. Herc hará que valga la pena.—La examinó—. Lástima lo de la negativa, nena. Te vendría bien una ración de Herc. Es el más grande. Es el mejor.

Demi quería algo diferente de las sofisticadas diversiones a las que estaba acostumbrada, así que Sansón la guió en un loco viaje por los bajos fondos del noreste. Conocía a todos los ladrones, estafadores, carteristas, lo mejor de cada casa, las instituciones de los bajos fondos.

—Soy el mejor, nena—le aseguraba—. Llevas una custodia garantizada, así que no te preocupes. Herc es el más grande. Demi se acobardó ante las diversiones que ofrecía un burdel y fueron al Hound Hut.

Un buen negocio de peleas de perros es algo serio. Se importan de todo el Solar mastines, bulldogs, terriers, lebreles, esquimales, setters, foxterriers y mestizos salvajes. Dado que las peleas se clasifican por pesos, y el máximo es de veinte o veinticinco kilos, los diez que había allí no excedían los doscientos cincuenta.

Un entrenamiento y una alimentación cuidadosa, son vitales. Unos cuantos encuentros prácticos sirven para introducir al perro en la profesión. "Chuchos de prueba", pastores viejos, desdentados, sirven para dar fuerza y valor (a veces bajo promesa de manumisión). Antes de la lucha, se afeitan las partes más vulnerables del chucho de prueba, para que el perro aprenda a atacar esos lugares.

Al entrar con Sansón, Demi miró a su alrededor con ojos desorbitados. En el centro estaba el "cuadrilátero", un profundo círculo con suelo de arena, rodeado por aullantes aficionados y apostadores. Carteles relativos al tema colgaban de las paredes. También había vitrinas de cristal, con perros disecados que fueron famosos en su día. Rodeaban un enorme retrato de lo que parecía un caballo negro azabache, "Maravilla Timmy".

—Pesaba cincuenta kilos—comentó Sansón a Demi—. Siempre llevaba un brazalete femenino alrededor del cuello. Una vez, peleó contra tres mastines a la vez. Fue el mejor asesino de todos los tiempos, pero al final le mataron. A un lado de la arena, media docena de hombres desnudos y afeitados enfurecían a los perros con feroces calistenias, mientras escandalosos jugadores cruzaban apuestas sobre sus favoritos. Empezó la primera pelea, y se anunció a un tal "Bendigo Benny". Benny pisó pesadamente la arena y describió un círculo mientras los que habían apostado por él aplaudían y gritaban. Se situó en el centro e hizo un gesto con la cabeza a los jueces. Se abrió una compuerta, y una decena de perros, ladrando y babeando, saltaron a la arena y se lanzaron contra Bendigo Benny, que empezó a golpearlos y patearlos hasta que murieron.

—Por favor, ¿podemos marcharnos?—susurró Demi.

—Pareces horrorizada, nena —rió Sansón—. De acuerdo. Herc lo arreglará todo. Muy bien, vamos a probar un matatipos. Nada de perros.

El ZBHJ (Zorras y Bastardos de la Historia de los Forajidos) era un espectáculo a imitación de las tabernas del Viejo Oeste. Los actores se asemejaban a las legendarias estrellas del cine que actuaron en el siglo XX: Gary Cooper, Jimmy Stewart, "Duke" Wayne, Marlene Dietrich, Mae West, etc. Se habían tomado muchas molestias para que los trajes fueran réplicas perfectas, y los hombres practicaban con los revólveres de seis tiros mientras las mujeres ejercían el arte de la seducción y el cancán. Los jugadores profesionales llevaban brillantes sombreros de copa, levitas, y practicaban diversos tipos de manipulación de cartas y trampas variadas, en el mejor estilo John Carradine, Henry Bull, Brian Donlevy, et al.

Aquella noche el espectáculo consistía en una pelea, con mobiliario roto, cristalería en añicos, sanguinarios puñetazos, lanzamiento de botellas y, por fin, un duelo. Todo terminaba con la muerte de Henry Fonda, que llevaba una estrella en el pecho, y con una Jane Russell que no llevaba nada.

—¡Parece tan real!—exclamó Demi, mientras aplaudía entusiasmada.

—Es real, nena.

—¿Cómo? ¿Esa gente está herida de verdad, y...y hay muertos?

—Ajá. Los puñetazos van en serio. Todas las peleas son de verdad. Les encanta sacudirse unos a otros. Por eso tiene tanto éxito el ZBHJ.

—¿Y..., y los muertos?

—No, no llegan tan lejos. Lo hacen con descargas de alta tensión que quedan más auténticas

que lo auténtico, y además cuestan un riñón. Por eso las entradas tienen precios astronómicos. Cuando veas la factura, vas a poner el grito en el cielo. Herc no hace trampa. Siempre cumple.

—Por favor, ¿podemos marcharnos?

—¡Pero nena, ahora viene un linchamiento!

—¡Por favor!

—Como quieras. ¿Te apetece ver un juicio? Nada de perros, nada de sangre. Diversión de lo más inocente.

Era un burdel decorado al estilo victoriano. Terciopelo rojo, cristal tallado, roble ahumado, lámparas de gas. Los matones del burdel llevaban chaquetas de frac con botones de diamantes. Incluso había una madame victoriana, dirigiendo a las jóvenes prostitutas.

Estaban llevando a cabo una de las parodias de juicio ante un público que había pagado con entusiasmo. La sala del tribunal se había situado en una de las estancias. Un juez victoriano con toga negra y peluca blanca, esgrimía un consolador a modo de martillo. Arriba, en la galería de los músicos, la orquesta tocaba fragmentos de "Trial by Jury". Doce prostitutas vestidas de lentejuelas hacían las veces de jurado, maquilladas y empolvadas hasta las cejas. La acusada que había ante el juez era otra prostituta, grotescamente maquillada, que gritaba y se movía sin cesar.

—¡Prisionera! —gritó el juez desde su estrado—. Has sido acusada. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—¿Cómo demonios has llegado a juez?—inquirió la mujer antes de ponerse a cantar otra vez.

El consolador golpeó contra la mesa.

—¿No lo sabes, prisionera?

—Oh, claro que lo sé, con un soborno. Por el camino.

—¿Qué camino?

—El que lleva a la cama de Madame. ¿Cuántas patas tiene un caballo?

—Cuatro.

—Si le quitas tres patas a los Cuatro Pijetes del Apocalipsis, ¿cuántas quedan?

—Nueve.

—Entonces, ¿cuántas tiene cada uno?

—Tres .

—Yo tengo tres patas, así que soy un caballo.

—¿El caballo de quién, prisionera?

—El de cualquiera. Si me quitan dos patas, ¿cuántas me quedan?

—Una.

—Una, la única e imprescindible. el principio y el fin, el alfa y el omega, el cabo suelto, el nudo gordiano, condéname, condéname a trabajos forzados.

—Llevad a la prisionera al bar, la condeno a violación.

—¡Oh, señor! Una violación es una canción, una bendición, uno para todos, todos para uno, vamos, vamos todos...

Se desnudó, demostrando que no era lo que parecía, que ella no era ella, sino él. El jurado saltó sobre él mientras el público aplaudía a rabiar, revelando lo mismo.

—Ésa fue la razón de que el embajador se volara la cabeza —le dijo Sansón a la horrorizada Demi.

—¿C-cómo dice?

—Troyj Caliph, el embajador turco. En la embajada dijeron que había sido un ataque al corazón, pero se suicidó. Le pescaron aquí. Ya sabes, nena. Eligió a una de estas elementas, quiso pasar un rato divertido, lo grabaron todo con cámaras ocultas... Pero no pretendían vender las copias, chantajearle. ¿Adivinas por qué?

—No... No quiero adivinar.

Descubrieron la debilidad del embajador. La elementa no era elementa, era como la "prisionera" a la que juzgaba. Mal asunto para Troyj...

—Por favor—suplicó Demi—. Quiero marcharme a casa ya.

La custodió hasta su casa, firmó los detallados recibos de Sansón, cerró la puerta y se desplomó en la cama.

(Postdata a las aventuras de Demi: la Cúpula Turca de Ganímedes llevaba años fastidiándonos, exigiendo una explicación sobre aquel extraño suicidio. Cuando Demi me habló por fin de su noche en la ciudad, el misterio quedó resuelto. Puesto que, en cierto modo, Rogue era responsable de su sórdida noche, fue como si hubiera vuelto a hacer de "Perdiguero".)

Demi se despertó a la mañana siguiente, con náuseas y otras complicaciones adicionales. Desde luego, tenía que ver a un médico. Informó a Media de que se encontraba mal, llamó a su verdadera madre en Virginia y acudió junto a ella para que la examinase.

Ahora, imagínate que eres una titánida polimorfa, una expatriada voluntaria porque prefieres la vida en la Tierra, como tantos titánidos a lo largo de la historia, y que disfrutas de tu papel como respetable científico. ¿Cuál sería la personalidad permanente que adoptases? ¿Cuál sería el aspecto de una doctora? La madre de Demi, la doctora Althea, copió su imagen de la gran reina Isabel de Inglaterra.

La entrevista se desarrolló en titánido, por supuesto. Puesto que es imposible reproducir una conversación química en papel, dejaré el espacio en blanco para que lo llenéis con vuestros sentidos: gusto, tacto y olfato. No será fácil, la gramática titánida es complicada. Por ejemplo, la sensación de

la lana no se puede utilizar como verbo para el olor de la madera al quemarse a menos que el objeto de la frase tenga un sabor agradable.

En esos días, sólo se pronunció una palabra terrestre:

"Conejo".

Demi volvió a Nueva York, aterrorizada.

En el apartamento de Demi, Winter estaba terminando de narrar sus emocionantes aventuras en Ganímedes, y se libró de la psigata que tenía enroscada alrededor del cuello. La gata había quedado cautivada por él, por las vibraciones de su voz, o bien por la posibilidad de cazar manchas en el futuro. Rogue la acurrucó en su regazo y examinó perplejo a Demi, sorprendido por su apariencia. Más bien, por su falta de apariencia.

Tras una separación de tres semanas, había esperado que le recibiera transformándose en una vivaz anfitriona, quizá incluso en aquella cuyo nombre llevaba, Madame Jeanne Fran‡oise Julie Adélaide Récamier (1777-1840), que entretenía a políticos y literatos en sus salones. En vez de eso, Demi parecía desteñida, y sólo le hizo algunas preguntas indiferentes.

—¿Y el doctor Yael?

—Le dejé allí, será mi regente.

—¿Tendrás que volver?

—No estoy seguro. Desde luego, el año que viene sí, para otra caza.

—¿Tuviste... tuviste que comerte el corazón?

—Los dos. Mi pueblo casi se volvió loco. Soy un doble rey, y por Dios que estoy orgulloso de ello. Me lo gané a pulso.

(Y tanto que estaba orgulloso. Lo más significativo de todo era que se había quitado las gafas enmascaradoras.)

—¿Y esa chica?—preguntó Demi—. La que... ¿Volviste a verla?

—¡Aja!—exclamó él—. ¡Así que se trata de eso!

—¿De qué?

—De la razón por la que estás tan fría esta noche. No, no volví a verla. Odessa Partridge tenía razón. Tras la coronación, no pasó nada más. —No consideró oportuno contarle el enfrentamiento con sus hermanas adoptivas—. Por favor, cariño, créeme, no pasó absolutamente nada entre la chica y yo. Sólo le di un buen mordisco en el trasero para enseñarle la lección. No estés celosa, por favor. Anímate y mírame con una de esas miradas que llevo semanas añorando.

—No estoy fría, Rogue. Sólo cansada y deprimida. Tú pareces muy espabilado, así que por favor, querido, vete a casa y déjame sola.

—Siempre me llamabas "cariño", no "querido". ¿Por qué has cambiado ahora?

—Por favor, deja de sermonearme.

—¿Qué te pasa? Estás muy nerviosa.

—No es cierto .

—Y tienes la misma expresión que cuanto te me declaraste en la sala de reuniones: asustada, pero decidida.

—No es verdad.

—Vamos, cuéntale a papá qué te pasa. Mejor, dame tres oportunidades. Te han despedido.

—No.

—Te has enamorado de otro tipo y no sabes cómo devolverme mi congé

—No bromees.

—Debes dinero. Te van a embargar.

—Nada de eso.

—Me rindo. Tendrás que decírselo a papá.

—¿No quieres dejarlo correr?

—No. Escupe.

Demi respiró profundamente y apretó los labios.

—Muy bien, papá. Vas a ser papá.

—¿Qué?

—Estoy embarazada.

Se echó a llorar.

Rogue no podía creerlo.

—¡Pero dijiste que nunca había sucedido entre terrestres y titánidos!

—N-nunca, p-ero supongo que siempre hay una primera vez...

—¡Dijiste que nuestros óvulos y espermatozoides no se llevaban bien!

—Quizá te..., te quiero tanto que... Ha sido algo mágico. No lo sé. —Estaba sollozando—. Quizá no sea más que otro chiste cósmico. No tiene gracia.

—¿Cómo lo supiste?

—La semana pasada me tocaba tener el período y no...

—¿Tenéis período?—la interrumpió.

—Como todas las hembras. Y yo suelo ser un reloj. A-así que fui a ver a mi madre, a mi verdadera madre, la doctora. Me hizo unas pruebas, y... Y ya lo sabes. Estoy asustada de muerte. No sé qué hacer.

Winter dejó escapar el grito que había estado conteniendo. La psigata saltó de su regazo.

—¡Rogue! ¡Los vecinos!

—¡Una noche! ¡Hicimos diana en una sola y gloriosa noche! ¡Por Dios, aun ganaremos a los insectos! Ven aquí, mamá estelar. ¡Ven aquí!—La abrazó—. Si es chico, le llamaremos como mis padres, Te Jay. Si es chica, se llamará como tú, mi adorable impostora, Doblemente Deliciosa Demure Demi. La llamaremos Decalcomanía para abreviar. Sólo hay un problema—añadió—. Hay que respetar la tradición.

—¿Qué?

—Las quemaduras del sol. En su momento, se convertirá en el rey Te Jay Uninta. ¿Es justo hacerle eso a un niño?

El tic automático volvió por un momento, y se llevó las manos hacia las gafas que no tenía.

—Ése no es el problema.

—¿Crees que no?

—Sé que no. El problema es, ¿será niño?, ¿será niña? ¿Qué clase de híbrido será?

—¿Y qué demonios importa? Él, ella o ello será nuestro, y con eso me basta. ¿Sabes una cosa? ¡Nada más verte, noté que habías engordado!

—¿En una semana? ¡No seas tonto!

—Engordarás, engordarás. Y entonces...¡Yujuu!

—Creí que tú también te asustarías.

—¿Estás loca? Me he pasado la vida sintetizando las pautas de los demás. Ahora tenemos nuestra propia pauta, fabricada en casa y de manera natural. Jugaremos con ella, señora Winter.

Demi reía y lloraba a la vez.

—Rogue Winter, es la proposición matrimonial más chalada que he oído, y he oído muchas. En la oficina, todos pensábamos que acabarías casándote con una modelo de alta costura.

—Sí, conozco el síndrome. La belleza sofisticada que hace volverse a todos los hombres y se gana el odio de todas las mujeres. Pero todas las bellezas suelen tener nombres como Mystique D'Charisma.

—Haz el favor de hablar en serio, Rogue .

—¿Qué es hablar en serio? Piénsalo. Odessa Partridge lo ha arreglado todo con la pasma de Bolonia. Tras la coronación, los maoríes ya no me persiguen. Y el bebé—sea como sea el bicho raro que nazca—, será príncipe o princesa. Esto es el alegre prólogo a una feliz aventura.

—Lo que me asusta es el bicho raro. Todo esto es nuevo, nunca había sucedido, así que ni mi madre puede aconsejarme. Y necesito consejo, desesperadamente. Por favor, Rogue, ayúdame a encontrarlo.

El asintió y se dedicó a pensar durante un rato lo suficientemente largo como para que la psigata volviera a acomodarse en su regazo.

—Tomás Young—dijo al final con decisión—. Es tu hombre.

—¿Un médico?

—Mejor. Tomás es el director del Departamento de Exobiología de la Universidad. Es experto en todas las formas de vida posibles, y en su génesis. Escribí algo sobre los locos constructores vitales que ha creado con ayuda de su loco ordenador. Si te has empapado mis obras completas para pescarme, como dijiste, tienes que haberlo leído.

—¿Le pedirás que me vea?

—Estará encantado, nena. A Tom le encantan los desafíos, y éste es una belleza. Mañana por la mañana, a primera hora, iré a verle y lo arreglaré todo. ¡Ah, una advertencia! Si te tienes que desnudar en la consulta, Tom es de fiar, pero ten cuidado con su ordenador. Es un salido.

—Sssh.

—Así que ahora nos vamos a la cama. ¿Verdad, nena?

—Creí que preferirías irte a casa para deshacer las maletas.

—¡No pensarás que vine directamente!

—Unga-unga-unga .

—¿Qué demonios quiere decir eso?

—Sssh en maorí .

Y empezó a transformarse en su idea particular de la chica que recibiera el poco cariñoso mordisco de Winter.

Más impostores

No quieras a ningún hombre. No confíes en ningún hombre.
No hables mal de ningún hombre a su cara. No hables bien de ningún hombre a su espalda. Siéntate públicamente en su regazo, y cómete su corazón en privado.

BEN JONSON

Me enamoré de "Soho" Young, que era el nombre que usaba Tomás cuando le conocí, por la misma época en que mi compañera de cuarto perdió la virginidad. Lo de los hombres nos sonaba a chino, éramos de "buena" familia y, además, yo seguía con mi virginidad a cuestas, aunque jamás lo habría admitido. Maldición, los chicos bien educados nunca llegan al final con las buenas chicas, y a los otros no los conocíamos.

Estábamos en la Jungla Madre, explorando los bares de solteros, bebiendo demasiado, demasiado torpes y tímidas para cazar a un hombre o para reconocer cuándo alguien intentaba cazarnos. Un par de niñas encantadoras e ingenuas, llenas de salud y de vida pura.

De cualquier manera, Marj estaba decidida a probar "eso" en un elegante hotel de caballeros, descubierto gracias a un folleto que nos entregaron en mano por la calle. Pero nos habíamos quedado sin dinero, al menos sin dinero en abundancia. Lo que no nos faltaba era fanfarronería, así que decidimos empeñar algo. Yo sabía tanto sobre tiendas de empeños como sobre hombres. Pero de todos modos, allí nos lanzamos, las dos vivanderas, y la suerte, el destino o El Gran Prestamista del Cielo nos llevó a la Casa de Préstamos de Soho Young en el momento en que iba a cerrar.

Parecía Iván el Terrible, y más tarde me pregunté si Young no sería el diminutivo de algún impronunciable nombre mongol. No se mostró demasiado entusiasmado ante nuestras prisas tan a última hora, pero le explicamos que teníamos que volver a la Universidad aquella noche y que nos habíamos quedado sin dinero para el viaje, que si por favor nos podía adelantar cincuenta. Soho arqueó una ceja.

—¿Cincuenta? ¿Sois de Chicago? ¿Del noroeste?—preguntó.

Ágilmente, nos echó una cortina de humo.

—No, señor Young. Maine. Universidad de Maine.

—Supongo que vais a volver en barco—señaló—. ¿Qué tenéis?

Le ofrecimos nuestras joyas "de valor", lo poco que nuestras familias nos dejaban usar, y Soho lo desdeñó todo. Pero rozó con un dedo mi reloj de pulsera.

—Es un Patek antiguo. De hombre. ¿De tu padre?

—Sí, señor Young.

—No debería dejártelo. Demasiado bueno para una estudiante de primer año.

Marj se sonrojó.

—¿Cómo sabe que somos...?

La mirada perspicaz de Soho la interrumpió.

—Os puedo prestar cincuenta por el reloj—me dijo.

Me extendió un recibo por encima del mostrador, me enseñó a rellenarlo y luego explicó cómo podría recuperar el reloj. Nos entregó dos billetes de veinte y uno de diez.

—¿Todo gig?

Asentí. El hombre titubeó, nos estudió con la vista, y dejó que una sonrisa le asomase en las comisuras de la boca. Abrió un pequeño compartimiento que tenía tras la caja registradora. Estaba lleno de medicamentos. Sacó una cajita blanca y me la tendió.

—De propina—dijo—. Me gusta mantener buenas relaciones con los clientes.

—Gracias, señor Young.—Yo estaba asombrada—. ¿Qué es esto?

—Píldoras para el mareo, las necesitaréis en el barco—dijo.

Y nos echó de la tienda. En la calle, abrí la cajita. Contenía cuatro "senza's", píldoras anticonceptivas de Venucio. En nombre de Dios, ¿cómo lo había sabido aquel hombre sorprendente? Entregué las píldoras a Marj, y mi corazón a Soho Young.

Rescaté el reloj la siguiente vez que estuve en la Jungla, y sólo mucho más adelante descubrí que Soho había hecho algo muy generoso: me lo había limpiado y arreglado. Cuando intenté darle las gracias, me apartó bruscamente.

—No lo hice por ti, lo hice por el reloj. Eres sólo una chiquilla. No sabes lo valioso que son los relojes antiguos. Hay que atesorarlos como los cuadros, así que no lo lleves cuando estés jugando con el maldito equipo de tenis.

Típico de él. Me había investigado discretamente, lo sabía todo sobre mí.

No hay demasiada diferencia entre un prestamista y un psiquiatra. Soho lo sabía todo sobre todo, lo que le convertía en el padre con que sueñan todas las chicas: experto, sofisticado, siempre con la respuesta adecuada, sin juzgar jamás, siempre con una salida humorística. Fui una plaga para su negocio siempre que pude, y me pasaba horas mirando, escuchando y recibiendo educación cada vez que estaba allí, cosa que no sucedía a menudo. La mayor parte del tiempo, dejaba el negocio en manos de sus dependientes.

Recuerdo aquel gesto suyo en las comisuras de la boca cada vez que decía que él me habría enviado a Yale. En su opinión, mi universidad era sólo para mariquitas, y no había quién bebiera la cerveza de Matthew Vassar. Para purgarme de la cursilería del campus, me administraba dosis masivas de realidad, al estilo casa de empeños.

Por ejemplo, había una auténtica princesa india, con punto rojo en la frente, sari y prácticamente todo lo demás, excepto los "Poemas de amor indios" de Amy Woodforde. Entró en la tienda una tarde, con un chaquetón de visón nuevo. Sin decir palabra, se lo quitó y lo puso sobre el mostrador. Soho lo examinó y tendió a la joven mil quinientos. Ella se marchó sin contar el dinero.

—Viene cada mes con un chaquetón nuevo —me explicó mientras recogía la prenda—. Su madre es una maharaní de Ganímedes, o algo por el estilo. Está forrada. Tienen cuenta en todas las tiendas importantes, pero la vieja no le da dinero. Así que la princesa se limita a llevarse un chaquetón y lo empeña para sacar dinero. Supongo que su madre paga las facturas sin siquiera molestarse en leerlas. Así de forrada está.—Me dirigió una severa mirada—. Creo que la princesa utiliza el dinero para pescar guaperas por la calle, y sé que tiene una enfermedad venérea. Que eso te sirva de lección.

—Sí, señor Young—aseguré.

Una brillante mañana, un joven con corbata negra entró en la tienda. Llevaba un precioso reloj antiguo. Soho le prestó doscientos, y el joven se fue con el dinero. Yo empecé a hacer una

Librodot

pregunta, pero Soho me hizo un gesto para que esperase. Momentos más tarde, un mayordomo excesivamente inglés entró, pagó los doscientos dólares más los intereses del préstamo, y se marchó con el reloj. Toda la transacción había sido tan silenciosa y automática como la de la princesa de Ganímedes.

—Un chico holandés de Calisto —explicó Soho—. Rico. Siempre necesita dinero para pincharse, así que roba algo de su casa. Llegué a un acuerdo con su madre, ella me avala todos los préstamos que le haga al chico.

—Pero, si sabe lo que hace, ¿por qué no le da dinero ella misma?

—No le puede apartar del caballo, así que cree que lo menos que puede hacer es obligarle a sudar cada pinchazo.—Soho me dirigió otra mirada severa—. Se enganchó en tu universidad de mariquitas. Que eso te sirva de lección. A lo único que debes habituarte es a trabajar.

—Gracias, señor Young.

El lema de Soho era: "Si no está vivo y cabe por la puerta, puedes empeñarlo". Sus dependientes, Roland y Eli, me enseñaron lo más extraño que les habían llevado: cabezas de animales, el motor de un fueraborda, una lona de circo, una piel de pitón de doce metros. Un tipo extraño empeñó catorce dentaduras postizas, que no eran suyas. Soho nunca descubrió cómo las conseguía.

—Lo más loco que jamás me han traído fue una momia—me dijo.

—¿Una momia? ¿Como las de las pirámides?

—Gig. Mi primer pensamiento fue que el tipo la había robado de algún museo, así que investigué.

—¿Cómo, señor Young?

—Presta atención y aprende. Las momias son tan especiales que todas tienen su historia. Los expertos conocen cada una de ellas.

—Ah . Como los coches antiguos. ¿no, señor Young?

—Ya veo que lo entiendes. Ésta era legítima. El tipo era un egiptólogo que necesitaba dinero para organizar una expedición al Nilo, o algo por el estilo. Así que le di quince mil.

—¿Volvió para recuperar la momia?

—No. Me escribió y me dijo que la vendiera.

—¿Y usted recuperó el dinero?

—Ahora sí que preguntas demasiado—me replicó Soho, no sin cierta brusquedad.

—Lo siento, señor Young.

Pero, detrás de él, Eli levantó silenciosamente la mano. Extendió el índice y el pulgar para indicar "dos", luego juntó las puntas del índice y el pulgar para formar un cero, y movió la mano cuatro veces.

Una gloriosa tarde, Soho me permitió actuar como dependienta.

—Te enseñaré cosas que no se aprenden en esa universidad de mariquitas—me dijo—. Por ejemplo, a calibrar a la gente. La mitad del Solar está compuesta de gente que intenta engañar a la otra mitad.

Por supuesto, sus ayudantes no me quitaban la vista de encima, pero mi primer cliente fue una sorprendente lección sobre la idiosincrasia humana —una de las expresiones favoritas de Soho—, y nadie habría podido predecir su reacción.

Era ingeniero en una de las naves del Solar—la chapa de radiación lo decía claramente—y, evidentemente, estaba de permiso.

—Díganme, ¿aquí puedo empeñar lo que sea?

—Si no está vivo y cabe por la puerta—repetí como un loro—, puede empeñarlo.

—Muy bien.

Y puso en el mostrador, ante mí, un billete de mil.

—Quiero empeñar esto.

—¿Quiere empeñar dinero?

El tipo sonrió.

—Tengo una chavalita en la ciudad. No quiero que sepa que tengo tanto dinero, seguro que me lo sacaría. Prefiero dejarlo en un lugar donde esté seguro, ¿de acuerdo?

Miré a Eli y a Roland. Se encogieron de hombros, así que asentí y empecé a cumplimentar el recibo.

—¿Cuánto quiere por esto, marinero?

—Nada. Sólo el recibo.

—De todos modos, le costará el cinco por ciento habitual.

—De acuerdo.—Se sacó un billete de cincuenta del bolsillo y me lo tendió—. Una especie de protección para el dinero, ¿no? Paga cincuenta y ahorra mil.

Recogió el recibo y se marchó cantando. “Sabía que el mundo era redondooo... Sabía que podía demostrarlooo...”

Una hora más tarde, la chavalita vino con el recibo y se llevó los mil.

Los dependientes de Soho me dijeron que los rateros invierten mucho tiempo en tratar de engañar a los prestamistas. Les llevan diamantes pintados, anillos falsos (con una capa de plata por encima del cristal para pasar la prueba del arañazo), cámaras huecas sacadas de los escaparates, y relojes y acordeones sin los mecanismos internos.

Librodot

—Generalmente eligen las horas punta, cuando todos estamos ocupados y no tenemos tiempo para examinar la mercancía con detenimiento.

Cuando las personas respetables visitaban la tienda de empeños por primera vez, solían avergonzarse, pensando que habían llegado al fondo de la escala financiera. Aquello siempre sorprendía a Soho.

—La gente suele tener la casa hipotecada—solía decirme—. Entonces, ¿por qué se avergüenza de tener su reloj hipotecado? Respóndeme si puedes, nena.

—No puedo, señor Young.

—Tú y tu amiga, la que quería divertirse un poco, ¿os sentisteis así cuando vinisteis por primera vez? ¿Lo hizo tu amiga?

—No se sentía avergonzada, señor Young.

—No me refiero a eso. ¿Llegó a usar las píldoras contra el mareo?

—¡Ah, sí! Sólo por si acaso. Fue muy amable por parte de usted...

—¿Le gustó?

—Creo que estaba más asustada que otra cosa, señor Young.

—Ajá. Ya me parecía. ¿Te dio vergüenza empeñar el reloj?

—No, señor Young. Fue una aventura.

—Ajá. Habrá que arreglar pronto a una chica simpática como tú. Esto es demasiado.

—Oh, señor Young...

—Romanticismo, ése es el problema . En Yale, te habrían palmeado el trasero de diecisiete maneras diferentes desde el martes hasta ahora. Tendrías una buena experiencia antes de enamorarte. ¿Dig? ¡Universidad para mariquitas!

Pero lo hice tan bien mi primer año en esa Universidad de mariquitas, Vassar—y la verdad, creo que fue la dinámica influencia de Soho lo que me impulsó— que la Sección de TerraGarda contactó conmigo al principio del segundo año, y empecé mi larga relación con Inteligencia. Y Soho Young desapareció bruscamente. ¡Puf! Simplemente así. Spurlos versenkt. Sin comprenderlo, y por supuesto sin pretenderlo, yo había hecho que su tapadera fuera demasiado peligrosa. Inteligencia (los burócratas prefieren llamarnos Sección TerraGarda) no me informaron de aquello hasta mucho después.

Y el difunto y querido Soho Young era el mismo Tomás Young, exobiólogo, al que Winter iba a pedir consejo para Demi Jeroux.

—Que yo sepa, Rogue, jamás he visto a un titánido. He debido verlos, claro, se han infiltrado por todo el Solar... Pero no lo sé. ¿Como averiguaste lo de tu chica?

—No lo averigüé, Tom.

—¿Te lo dijo ella?

—Me lo enseñó.

—Fascinante. Me encantaría echarle un vistazo por dentro.

—Ni hablar.

—Vamos, sólo hurgar un poquito. No le dolerá.

—Olvídalo.

—Vaya, habrá que conformarse con los rayos X.

—¿Le servirá de algo a ella?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Entonces, nada.

—¡Egoísta! ¿Cómo ha podido estar segura tu duende de que está embarazada?

—Pruebas.

—Entonces, la ha visitado un médico. Será un bombazo en las publicaciones médicas. La primera vez que un médico ha tenido ocasión de estudiar a una titánida. O tienen una salud de hierro, o se vuelven a casa cada vez que necesitan tratamiento.

—Fue una doctora.

—Pues ocupará todos los titulares.

—La madre de Demi. Titánida.

—¿Qué? Me pregunto cómo se lo tomará el colegio de médicos cuando se enteren.

—No se lo vamos a soplar. Mira, Tom, ¿quieres encargarte de mi Demi, o no? Es tu gran oportunidad de obtener un bombazo.

—¿Nada de exámenes internos?

—¡Quiero a esa chica, Tom! No puedo correr el riesgo de que resulte herida.

—Me estás pidiendo demasiado.

—No intentes regatear conmigo, soy un rey.

—Ya me he enterado. Le Ro Malgré lui. El gran rey dos corazones. ¿Cuándo te machacarán la cabeza?

—¿Qué es ese maldito ruido?

—La máquina de pensar. Se siente sola.

—Pégale un martillazo.

—Se obtienen más resultados con azúcar que con vinagre. —Young abandonó el tono humorístico y se puso serio—. Gig, Rogue. Me siento honrado y agradecido de que hayas acudido a mí. Tengo unas ganas locas de conocer a tu chica titánida, y te juro que no le haré nada que sea mínimamente peligroso.

—Entonces, ¿cómo la ayudarás?

—Le haré preguntas personales para averiguar si sus funciones anabólicas y catabólicas son paralelas al metabolismo terrestre. Si lo son, genial, no habrá nada de qué preocuparse. Si no, le haré más preguntas y se las daré a mi maquinita. Obtendremos una prognosis y un régimen para tu Demi. ¿Te dijo que tenían hijos con facilidad?

Rogue asintió.

—Entonces tranquilízate. El ordenador, Demi y yo nos encargaremos de todo mientras tú paseas por la sala de espera del hospital. Sólo queda un enigma fascinante: ¿cuánto durará el embarazo? Necesitamos nueve meses completos para el desarrollo de un bebé terrestre, pero... ¿cuánto tiempo necesitará tu milagrito mestizo? ¿Nueve? ¿Diez? ¿Doce?

—Que me registren.

—Creo que mi primer artículo se titulará: "Mi mestizo terrestre-titánido, el embarazo".

—Para mí no tiene gracia, Tom.

—Ni esperaba que la tuviera. El ansioso padre. ¿Sientes ya los dolores del parto?

—Será mejor que te traiga a Demi lo antes posible .

—Enfríate, Rogue. Puede que tengas año y medio por delante antes de que tu chica se decida a hacer algo. Entra ahí y tecléale un "+HOLA+" al chico. A ver si se calla y me deja un rato en paz.

—¿Por qué no lo haces tú mismo?

—Porque conoce mi tacto sobre su teclado.

—Lo que os pasa a vosotros dos es que tenéis un condenado asunto sentimental, mezcla de amor y de odio.

Winter se liberó de las lisonjas de Young, demasiado contento por la seguridad que le había proporcionado como para sentir la desagradable pauta que se estaba forjando. El amor tiene esos efectos hasta sobre los mejores: pierden el contacto con la realidad. Tengo como norma conceder un año sabático a cualquier Garda (él o ella) que caiga bajo tan pernicioso hechizo. Pero no estoy demasiado orgullosa de mi actuación en este punto. Debí suponerlo. ¿Cómo podía Young saber nada acerca de la coronación con dos corazones? Winter había pasado la noche con Dem Jeroux, y no habló con nadie aparte de ella después de volver de Ganímedes.

Iba a regresar a su casa para llevarle las buenas noticias de Young a Jeroux. Pensó que quizá su duende de lo inesperado hubiera ido a Media, pese a la promesa de quedarse en casa, pero no importaba. Se habían intercambiado llaves tras la primera noche, fingiendo que era una cuestión de

trabajo. La buena chica de Virginia no quería intimidades en público, al menos hasta que tuvieran un estatus social.

—¡Un anillo!—exclamó Winter—. Un anillo de compromiso. Eso es lo que necesito.

Empezó a pasear ante los escaparates de las mismas galerías donde, tres semanas antes, había encontrado a los Doce Tamborileros Tocando. En una joyería, encontró un fino anillo de oro. Lo miró durante un largo instante, murmuró para sí mismo un "podría ser" y apretó un timbre que encontró al lado de la puerta. Tras sufrir una breve inspección por parte del propietario, la puerta se abrió y Winter entro en el establecimiento.

—Buenos días. Quiero echarle un vistazo a ese anillo que tiene en el escaparate. Segunda fila empezando por abajo, el segundo de la izquierda.

El anillo fue colocado sobre una almohadilla de terciopelo, en el mostrador. Era de oro rosa, moderadamente pesado, y tallado en forma de pétalos.

—¿Es un cerezo silvestre?

—Sí, señor. Un cerezo rosado.

—Ya me parecía.

—Por eso se utilizó oro rosa. Es una antigüedad muy rara. Hace siglos que no se encuentran láminas rosas o rojas en el mercado.

—Los belgas lo están fundiendo en Calisto—señaló Winter—, pero supongo que se lo guardarán todo para ellos. Me quedo con el anillo.

No le preocupaba si encajaría o no en el dedo de Demi. Aquello sería juego de niños para una titánida.

Después de las molestias que suponían la identificación de huellas digitales y de retina en un cheque bancario, Winter se marchó con el anillo envuelto.

—El cerezo silvestre es la planta simbólica del estado de Virginia—dijo al propietario—. Me habrían puesto matrícula de honor en botánica si yo no lo hubiera estropeado. Un asunto de envenenamiento por hiedra.

Un forcejeo violento. Nos llamaron a las nueve cuarenta.

—Yo me marché de aquí a las nueve—murmuró Winter—. Estaba con Young, hablando de ella, y ni siquiera imaginamos...

—Así que es un presunto homicidio con desaparición de cadáver incluida—siguió tranquilamente Dampier—. Posiblemente perpetrado por usted, ya que tenía intimidad con ella.

—¡Maldito sea!

—Vamos, señor Winter. Usted ha pasado la noche aquí. Hay objetos personales suyos en

medio de todo este desorden. Acaba de volver de Ganímedes, ¿eh? Eso dicen las etiquetas de su equipaje. ¿Un recibimiento de enamorados o una pelea de enamorados?

—Estábamos planeando casarnos.

—¿Cambió usted de opinión?

—No, maldita sea.

—¿Y ella?

—No.

—¿La encontró con otro hombre?

—¿Cómo se llama usted? ¿Dampier? Le juro que le voy a...

—Calma, calma. No se creería la cantidad de homicidios que se cometen entre personas que mantenían una relación íntima. Tengo que saberlo todo. Es mejor responder preguntas aquí que en la comisaría.

—Gig.

Winter respiró hondo.

—¿Conoce bien este apartamento?

—Lo suficiente.

—¿Falta algo, aparte de la chica? Mire a su alrededor, pero no toque nada.

Winter miró impotente aquel desastre. Los libros estaban desperdigados por el suelo, junto con el contenido de los cajones del escritorio, su equipaje y los elementos decorativos. Parecía como si hubiera pasado por allí una manada de dinosaurios en estampida.

—No lo sé—dijo al fin—. No podría decírselo.

—Lástima—suspiró Dampier—. Necesitamos todos los datos posibles. ¿Tenía su chica algo especial, algo diferente que pudiera darnos una pista?

Winter abrió la boca, luego volvió a cerrarla.

—Nada especial—dijo al fin—. Sólo una buena chica de Virginia. ¿Y por qué ha preguntado en pasado?

—Es recomendable suponer que ha sido asesinada. ¿Tenía algún enemigo?

—Ninguno, que yo sepa.

—¿Amigos?

_ Los únicos que conozco son la gente que trabaja con nosotros. Puede que tenga otros.

—¿Dónde trabajan?

—En Solar Media.

—¡Ey!—dijo uno de los tipos con traje de paisano—. Debe de ser ese Rogue Winter. Debí reconocerle por las cicatrices.

—¡Un momento!—exclamó Winter.

Revisó rápidamente los armarios, el dormitorio y el cuarto de baño.

—Su gata ha desaparecido.

—¿Su gata? ¿Qué gata?

—Demi tenía una mascota. Mitad siamesa, mitad koala.

—Lo más probable es que huyera, asustada por la pelea y el asesinato—señaló uno de los policías.

Winter se estremeció. Dampier tomaba notas cuidadosamente.

—Muy bien. Estaremos en contacto, señor Winter. Puede que el supervisor quiera hacerle algunas preguntas más. ¿Tiene intención de salir de la ciudad?

—Tengo intención de emborracharme—replicó Winter.

No podía dejar de temblar. Dampier miró su rostro ceniciento.

—Buena idea. Algo me dice que le vendrá bien.

En la calle, había una multitud esperando a ver si lo que sacaban era un cuerpo cubierto con una manta roja (todavía vivo) o negra (muerto). Acababan de llegar tres coches de policía, probablemente con técnicos de laboratorio. Winter se abrió paso entre la multitud (medio muerto) y buscó un medio de transporte.

—Haremos el Circuito Solar—dijo al conductor.

—¿Por el exterior o por el interior?

—Empiece por el exterior.

—Hecho .

Así, la primera parada fue en EL TRUENO DE TRITON. Pagoda exterior. En el interior, salón de té decorado en teca, ébano, nácar y jade. Farolillos. Cuatro gordos mandarines (todos ellos actores pagados) bailaban en cámara lenta, con amplios abanicos, campanillas en las manos, cantando con gritos de eunuco. Las bebidas tenían nombres como “Elegía por una Hoja Caída”, “Dragón Vengativo”, “Amor de Luna” y “Año del Quark”.

—Uno de cada—pidió Winter.

Luego, el NAUSEA DE SATURNO Vl. Exterior Fuerte de la Legión Extranjera con cañones, muñecos imitando soldados muertos (Compañía de Disfraces Criterion) en las aspilleras. Interior: arena, palmeras, mesas de caballete y camareros vestidos de centinelas. Música de Alfie Dreyfus & Su Dúo Ensordecedor. Bebidas: Hachís, Morfina, Cocaína, Opio, Marihuana I, Marihuana II y Marihuana III.

—Uno de cada.

Indicó al conductor que entrara con él en el REINA DE CALISTO, sólo por seguridad. Era un antro homosexual con camareros travestidos, de aspecto y actitudes peligrosamente seductoras. Candelabros de cristal, cristales esmerilados para proporcionar una tenue iluminación a "Las Posturas Posibles Probables". Música de Los Traficantes Duros. Bebidas llamadas "Prostitución", "Ligue", "Caricia Ardiente", "Carta Lujuriosa" y "Obscena Parada de Autobús".

—Dos de cada.

Luego, EL GENITAL DE GANIMEDES, un lugar nudista. Al entrar dejas la ropa, y te dan cosméticos para que te pintes la cara de blanco o de negro, según cuáles sean tus preferencias. Decoración africana. Bebidas "febriles": Amarilla, Dengue, Moteado, Escarlatina... CAMPANAS DE MARTE, con decoración de espejos y buffet libre de afrodisíacos. LA CASA DEL TERROR, llena de bromas pesadas. EL LUNA TIC, EL ANDROGINO DE VENUS, para transexuales recuperados. EL HOYO. Yo le esperaba allí, junto a la barra del bar decorada con cráneos, cada uno de los cuales tenía una manzana entre las mandíbulas.

La conmoción y la bebida le producían una calma artificial que se había impuesto a lo que gritaba en su interior. Si perdía aquella calma, se echaría a llorar, histérico. Pero lo que yo tenía que decirle no le llevaría a las lágrimas.

—Saludos, gentil y hermosa Brunhilda—tartamudeó, sentándose junto a mí en el vacío bar—. Reina del País de los Hielos. Esposa del Rey Gunther. También Valkiria de Wagner y de Sigfrido.—Se adueñó de mi copa—. Por lo visto, conservas mi número de teléfono. ¿O es que me habéis seguido?

—¿Qué importa, Rogue?—repliqué—. Estoy aquí para hablar contigo. Siento muchísimo todo esto.

—¿Qué hay que sentir? El amor viene, el amor se va, pero siempre habrá chicas. Si es que eso significa algo. ¿Por qué lo sientes?

—Porque parte de este lío es por mi culpa.

—Las chicas vienen, las chicas van, pero siempre habrá amor. No se puede decir que sea una mejora. ¿Por qué?—me espetó.

Me guardé algo. Suppressio veri, creo que lo llaman en términos legales. Tenía que hacerlo hasta que fueras formalmente coronado.

—¿Por qué?—insistió.

—Porque habrías rechazado el trono; y te necesitamos en ese puesto.

—¿Por qué?

—Es el punto crucial del tráfico de la Meta Mafia.

—¿Aquella chica jin que conocí en la Cúpula Bolonia?

—No. Ella participa en una de las operaciones de Tritón destinadas a acabar con la Mafia. La Mafia no es una operación interior China.

—Pero todo el mundo cree...

—Es Maorí, y tú estás al mando desde la coronación.

Aquello le cayó como un martillazo.

—Así fue cómo Te Uinta pudo financiar tu carísima educación.

Winter seguía con la boca abierta.

—Y por eso tu. .. Y por eso le ha pasado lo que le ha pasado a Demi Jeroux. Tritón hará lo que sea para acabar con el contrabando, y ahora tú eres el objetivo. Quieren obligarte a hacerlo.

—¿Matando a Demi?—Sacudió la cabeza confuso—. No tiene sentido.

—Claro que no. Por eso no creo que la hayan matado. Creo que la tienen prisionera. Será el trato que te ofrezcan. Por eso tenía que verte lo antes posible, para planear tu próximo...

—¿Sabías todo esto y has dejado que sucediera?—me interrumpió bruscamente.

Un airado color blanco sustituyó el rojo de la bebida, y las cicatrices reales de sus mejillas se pusieron lívidas.

—No sabía que fuera a suceder.

—Te dije que había que protegerla y tú me prometiste que te encargarías. “Confía en mí”, dijiste.

—Al menos, puede que esté viva.

—Puede. Crees. ¿Más garantías tuyas en las que debo confiar?

—No.

—¿Está viva? ¿Sí o no?

—No lo sé. Sólo puedo rezar para estar en lo cierto sobre las tácticas de Tritón.

—¿Ha sido secuestrada?

—No lo sé. No puedo saberlo. No podemos hacer otra cosa que esperar. Si se ponen en contacto contigo, lo sabremos.

—¿Y has venido para planear mi próximo movimiento?—gruñó—. No mires ahora, Mata Hari, pero pueden contactar conmigo cuando quieran sin importar si Demi está viva o no, ¿y quién va a saberlo?

Librodot

—Cierto, pero...

—Zorra listilla. Eres tan ingeniosa, con tu juego de ajedrez, con tu invento de los "Doce Días de Navidad"... Sí, condenadamente lista. No puedes hacer nada directamente, por el camino fácil. No, eso no sería genial. No sería digno de James Bond. Tienes que joder a todo el Solar con tus complicaciones, y ahora me has jodido a mí. Gracias, Odessa, algún día te devolveré el favor. Sabrás que he sido yo porque será algo sencillo y directo.

Winter salió rabioso del bar, y le vi caminar hacia su transporte. Se hizo llevar a la rotonda Beaux Arts. Cuando entró en su apartamento, seguía rabioso. Entonces, dejó escapar el aliento contenido y la ira se evaporó al ver a la psigata de Demi, cómodamente apoltronada en el sofá, y la llave que había entregado a la chica sobre la mesita de café, con una flor atravesando el agujero.

Pero ni rastro de Demi Jeroux.

—¡Bien! ¡Nada de secuestro, nada de asesinato! —Estaba exultante—. Escapó de los Jins y vino aquí para dejarme la buena noticia. Una buena y considerada chica de Virginia. Dicho mensaje consiste en ti—añadió, alzando a la psigata y besándola—. Y en la llave.

También besó la llave.

—Veamos, si he captado las pautas, Demi se ha dado a la fuga para protegerse. Toda una evasión, y sólo Dios sabe en qué se ha transformado, siendo la locuela titánida que es. ¿Cómo demonios voy a encontrar a alguien que puede ser cualquiera? ¿Tú? —preguntó repentinamente.

Se descolgó la ronroneante psigata del cuello.

—¿Demi? Oye, que no es momento de bromas. ¿Demi?

—Qrst—respondió la gata, a medio camino entre el maullido de un siamés y el gruñido de un koala.

—Oh, vamos, cariño. Eres tú, ¿verdad?

—Rsvp—respondió melodiosamente la psigata.

—Dudar siempre, jamás saber—murmuró Winter—. ¡Maldición! Tengo que encontrar a nuestra evadida, pero el problema es que no quiere ser encontrada. Añade un ataque Jin al terror que sentía por lo del embarazo, y la pobre chica debe de estar muerta de miedo.

Se sentó en el sofá y puso los pies sobre la mesita de café, mientras la psigata se enroscaba en su regazo para ponerse cómoda.

—Shhh—murmuró—. Estoy sintiendo la habitación. Quizá haya algo que me dé una pista.

En silencio, sintió las pautas del Anima. Escuchó a los cuadros, a los muebles, a los recuerdos, a cualquier cosa que Demi pudiera haber tocado. Algunas pautas eran lentas y tediosas, otras agudas y brillantes. Las voces eran como un coro de sobreimposiciones y retazos deslabazados.

QuebonitosoyQuebonitosoyQuebonitosoyQuebonitosoyQue

P I N O P P I N O
e e
A A tulipán A A tulipán A A tulipán

J A P O N c J A P O N c J A P O N
PI E t ERR t PIE
r r

GII c GOE c

t t
COE y SUM y COE

—Vamos, muchachos—suplicó—. Tenéis que haber visto a mi chica. Desde luego, ella os prestó mucha atención la primera noche que pasamos juntos, ¿gig? Así que, ¿cuánto tiempo ha estado aquí? ¿Cuándo se marchó? ¿Qué llevaba puesto?

La única respuesta fueron más pautas en crucigrama.

Suspiró.

—Son todos unos ególatras. Sólo se fijan en ellos mismos. Su lema debería ser Le monde, c'est moi.

Consultó con la gata.

—¿Tú qué me aconsejas, nena? ¿Crees que debería llamar a Odessa Partridge? Seguro. Ya me la imagino, preparando otra genialidad estilo "Doce Días". ¿Y Dampier? Sí, me veo dando la descripción al Departamento de Personas Desaparecidas: raza, cualquiera. Peso, cualquiera. Estatura, cualquiera. Und so weiter... "De lo único que puedo estar seguro es de su sexo, pero cualquiera distingue a una hipopótama de un hipopótamo. ya me veo levantándole el rabo al bicho para que me enseñe el aparato genital. ¿Sabes una cosa, nena? Me parece que he cogido la pauta por donde no era.

La psigata ronroneó, y Rogue siguió meditando en voz alta.

—Tengo que encontrarla pronto. Mientras siga huyendo como la Titánida Loca, sola y desprotegida, no estará a salvo. Tarde o temprano, los soldados Jin le pondrán la mano encima. No puedo permitirlo...

"La cuestión es ¿habrá salido huyendo en cualquier dirección, o se ha quedado cerca? Apuesto por lo segundo. ¿Por qué? Considera la pauta, mi querido doctor Gatson. Nuestra chica tiene miedo por ella, pero también por mí. Está al tanto de lo del ataque en Venucio. ¿Por qué te iba a traer aquí, si no es para tranquilizarme? Me quiere con locura, mi pobre duende, y a ti también. Nunca nos abandonaría. Está por los alrededores, en alguna parte, cualquiera sabe cómo, intentando protegernos a ti y a mí, como la noble chica de Virginia que es...

"¡Pero quedarse en la retaguardia y esperar es cosa de chicas! —gritó, repentinamente furioso. La gata pegó un salto—. Hay que enfrentarse a esta crisis con acción, lo que significa que, primero, tengo que encontrarla. ¿Cómo? No la buscaré. Saldré a la calle con la mente en blanco, sin pensar en nada, y esperaré a que suceda algo. Mantendré todos los sentidos alerta, y por Dios que la antipauta la obligará a descubrirse.

Librodot

La búsqueda

Porque ésta es una verdad bien conocida de muchos;
cualquiera que sea la cosa perdida,
cuando la buscamos, sale a la luz
en cualquier hendidura, menos en la correcta.

WILLIAM COWPER

Se alejó de Beaux Arts para vagar sin rumbo fijo por la Jungla Madre, al azar, sin planes previos. Y, aun así, la serendipity de Winter le impuso una pauta inconsciente. Si alguien la reconoce, que nos envíe su respuesta: puede ganar una de las cinco becas gigantes para la Academia de Sabuesos del Solar.

Se encontró con Ching Sterne, editor y director de Solar Media, que evitaba cuidadosamente pisar las hendiduras del pavimento para proteger su dinero.

—¡Rigella, nene! ¿Qué haces tú por la calle? Deberías estar sudando sobre tu ordenador. ¿Recuerdas la fecha de entrega de lo de Bolonia?

—No llegaré a tiempo, Ching.

—¡Oi!

—Tengo problemas personales.

—¿Desde cuándo dejas que una chica se interponga entre un cheque y tú?

—¿Cómo sabes que es por una chica?

—Las mujeres son lo único que hace que los hombres olviden el dinero.

—¿Tienes idea de quién es. Ching?

—No. La única idea que tengo es arrancarle la cabeza. Nunca habías entregado tarde. Rogue.

—Ella lo vale.

—Ninguna chica lo vale. Maldita sea, tendré que rehacer todo el calendario de entregas. ¡Amor! ¡Puaj!

Y Sterne siguió caminando hacia las oficinas de Media, sin dejar de esquivar las peligrosas hendiduras.

Winter vio una mula que había estado observando el encuentro con estólida concentración. atada ante la “Taberna Reata de Cuarenta Mulas”. Se dirigió hacia el animal y le habló suavemente .

—¿Demi? ¿Demi?—Se sacó el anillo de oro del bolsillo y se lo enseñó—. Es tu anillo de compromiso, Demi. La planta de Virginia. ¿No quieres probártelo?

No hubo respuesta. La mula siguió mirando hacia la nada. Winter hizo una mueca, y estaba a punto de alejarse cuando vio la marca que el animal llevaba en el flanco. Era un círculo sobre una cruz, casi parecía un rayo de sol. Sorprendido, entró en la taberna, quizá para tomar una copa. y

que le condenasen si no era el Chalado Harry el que estaba dentro, diciéndole ternezas a una camarera rubia.

Harry era un universitario y un escritor genial. Contaba las mejores historias del mundo. pero—por la razón que fuera—, nunca llegaba a entregarlas. Vivía exclusivamente de los adelantos y de los préstamos que recibía por sus persuasivas propuestas. En consecuencia, siempre estaba huyendo de los editores que reclamaban sus historias y de los acreedores que reclamaban su dinero. A Winter le debía unos cinco mil.

—Ey Rogue... Hola, Rogue... ¿Quéquierestomar?—Chalado Harry siempre hablaba a ráfagas, como las ametralladoras—. Leestabadiciendoalarubiaesta... Quetengouna historiaestupenda... Unabibliotecaambulante.. Unéxitoseguro... Latengopensadadel principioalfinal... Lomaloes quequierenembargarmeelordenador... Llevotresmeses sinpagarlosplazos...

—Y también llevas tres años sin devolverme lo que me debes Harry.—Se volvió hacia la camarera—: Alcohol puro con hielo por favor. —En ese momento advirtió que la chica llevaba un broche en forma de sol—. ¿Demi?—preguntó.

—Martha—le sonrió ella mientras le servía.

—Encuantoaesoscincomil—respondió Chalado Harry—, nopuedodevolvértelosahora... arruinadoenbancarrotalosbolsillosvacíos... Pero... Tengo... unabuenaoferta Brasil... Leshevendidounguión... El tipohavenido alaciudad... Tienepastagansa... Perolaciudadselecaeencima... Quiereun pocodediversión... Intentomantenerleaquí... Puedoganarmillones... Pero... Necesitountraductordeportugués...

A Winter le costó otro préstamo enterarse de cómo terminaba “La Ciudad que Hechizó a un Hombre”.

—Pobre Harry—murmuró para sí mismo mientras salía de la taberna—. No hace otra cosa que vender sus historias. ¿Por qué no puede escribirlas?

Dejó de pensar y caminó sin rumbo fijo, con todos los sentidos alerta, pero sin buscar nada. Entonces fue consciente de un ruido que le seguía. Se detuvo y se dio la vuelta, curioso. Era una figura alta, esbelta, vestida con andrajos, una capucha sobre la cabeza y un bastón—el ruido que le había llamado la atención—en la mano. En un cartel que llevaba colgando del cuello, se leía:

PRIVADA DE LA FACULTAD
DE LA PALABRA Y LA VISTA
POR FAVOR, AYUDA

Llevaba una escudilla pegada al cartel. La capucha de lana no tenía agujeros para la boca ni para los ojos. Estaba decorada con el dibujo de un sol.

Winter esperó hasta que la mendiga llegara junto a él antes de dejar caer unas monedas en la escudilla.

—¿Demi?—preguntó.

—Eho tuh—fue la réplica que le llegó—. Io soy Ba-ba-rah.

—¿Bárbara?

—Sa. Dioh he lo pahgue .

Y Winter la vio alejarse con su bastón por la calle, sin saber que estaba siendo atentamente observado por Pavo Real Perce.

Perce era tan engreído y vanidoso como su apodo. Se gastaba la mitad de sus ganancias en ropa. Antigua cachemira escocesa en invierno (siempre se vanagloriaba de escoger personalmente las cabras) y seda estampada crepe de Chine en verano. Llevaba corbatas nacaradas y cadenas de perlas (el oro o le platino, metálicos, hubieran tintineado). Pero, por supuesto, nada en las finas muñecas ni en los dedos.

Desgraciadamente para Perce, aquel día llevaba una alianza matrimonial de diamantes y zafiros. La había "conseguido" la semana anterior. Muy indicativo de que no pudiera resistir la vanidad de lucir el anillo, aunque era dos tallas demasiado grande para él. Maldición, cuando Perce sacó la mano con la cartera de Winter, descubrió que, a cambio, le había dejado el anillo en el bolsillo.

Perce se quedó helado. Siguió al deambulante Winter sin saber qué hacer. Examinó la cartera, pero ni siquiera se le ocurrió contar el dinero. Al infierno con eso, siempre podía pescar a otro. Quería su hermoso anillo. Gruñó a una mendiga ciega que hacía resonar su escudilla, pero aquello le sugirió una idea: se dirigió hacia Winter, le detuvo y le tendió la cartera.

—Perdone, amigo, ¿es suya? Me parece que se le ha caído.

Otro sobresalto. La camisa crepe de Chine tenía un estampado de soles.

—Dem... —Winter se detuvo en seco. No, claro. Cogió la cartera y la examinó—. Sí, sí, es la mía. ¿Cómo demonios he podido...? No sé cómo darle las gracias. ¿Quizá una recompensa? Usted dirá.

—Nada de recompensas, señor, pero... bueno, estoy buscando un anillo que se me ha perdido, es de mi esposa, así fue como encontré su cartera. Quizá, quizá usted lo haya visto.

—Lo siento—sonrió Winter—. Me gustaría devolverle el favor, pero no...

—¿No sería posible que lo encontrara y luego lo olvidase?

—No, claro que no. Lo siento.

—Son cosas que pasan, señor. Y usted parece un poco distraído. Quizá lo recogió, se lo metió en el bolsillo y ya no se acuerda. ¿Le importaría mirar? De señora. Diamantes y zafiros. Sólo un vistazo, por favor.

No era una idea genial, pero tampoco hacía falta: eran sus manos las que trabajaban.

—¡Hola, Nig!—gritó Winter—. ¡Espera un momento!—Se volvió hacia Perce—. Lo siento. Gracias otra vez.

Y corrió hacia el otro lado de la calle para reunirse con una encantadora albina. Llevaba gafas oscuras para proteger los ojos rojos, sombrero de ala ancha para que la luz no le diera en el rostro, y un vestido de manga larga para protegerse del sol hasta el último centímetro de su piel. Nigelle Englund. Winter la recordaba muy bien.

—Doctora —susurró—. Tengo unos agujeros en la cabeza desde que me corneó un mamut en Ganímedes. ¿Hay alguna esperanza para el mamut?

Nig se echó a reír. Era veterinaria y analista, especializada en las rarezas y neurosis de todos los animales mestizos del Solar, y el Solar producía elementos realmente extraordinarios.

—Nada de Ciudad Reducida va, Rogue—dijo—. Ahora soy la Señora de la Pocilga.

—¿Pocilga? ¿Qué pocilga?

—El zoo de la ciudad. Soy la Gnadige Direktor.

—¡Jigjiz! Y pensar que te conocí cuando...

Ella le dirigió una mirada que Rogue sintió aguijoneante, incluso a través de las gafas oscuras.

—Dejémoslo correr, guaperas. El zoo me llama.

En ese momento, Winter advirtió los dos soles dibujados en las patillas de sus gafas.

—¿Demi?—preguntó.

—¿Qué?

—Me habías investigado, Demi. Quizá sabes lo que hubo entre Nig y yo.

—Cariño—dijo con voz dura pero tranquila—, lo último que supe de ti fue "Tengo que hacer un trabajo para Solar en Titán, cielo. Te llamaré dentro de cinco semanas". ¿Qué demonios me cuentas ahora de esa tal Demi?

—Lo siento—murmuró—. Lo siento. Estaba pensando en otra cosa. Citaba una frase de una historia en la que estoy trabajando. Vamos con tu colección de animalitos, si no te importa que te acompañe. Dios sabe que ahora mismo necesito un poco de ayuda y consuelo.

—No será por mi parte, guaperas. Puedes llorar un rato sobre los hombros de los animales. Son un público muy atento.

Pasó por los hábitats naturales (el zoo proporcionaba a cada animal su medio ambiente adecuado): perros salvajes de Australia, kudus, onagros...

—¿Demi?

—¿Demi?

—¿Demi?

Nada. Se detuvo para contemplar a una multitud de niños, visitantes de todo el Solar, riendo, gritando y aplaudiendo ante un llamativo espectáculo de marionetas tamaño natural. El argumento: un sucio y abominable maestro de ceremonias (¡SSSS!) tortura a los animales, obligándoles a saltar a través de aros de fuego, a hacer juegos malabares y a montar sobre artefactos, todo ello con un látigo al rojo (¡BUU!). Entonces, un orangután más decidido que los otros se rebela (¡ANIMO!), los demás animales se unen a la revolución (¡HURRA!), derrotan al malvado maestro de ceremonias

Librodot

(¡RISAS!) y, con su propio látigo, le obligan a hacer los mismos trucos (¡VIVA!). Música: "El Carnaval de los Animales".

Winter siguió caminando por allí: cebras, pingüinos, ornitorrincos. . .

—¿Demi?

—¿Demi?

—¿Demi?

Nada. Babirusas, tritones, hemíonos...

—¿Demi?

De todos modos, no tenía demasiadas esperanzas. Se detuvo para contemplar un magnífico carrusel marítimo: caballitos de mar, morsas, ballenas, delfines, moluscos gigantes, tiburones amistosos, incluso un simpático pulpo. Niños de todo el Solar (y unos cuantos adultos nada avergonzados) cabalgaban sobre los animales al ritmo de la música de "La Mer". Le sorprendió ver a la mendiga ciega a lomos del pulpo, moviendo el bastón al ritmo de la música.

"Me recuerda el chiste de la coronación", se dijo Winter.

Y reanudó su paseo sin rumbo. Tigres, leopardos blancos, jirafas, pumas, linces, dromedarios, gatos monteses... Una de las panteras negras, se acercó a la barrera de seguridad y le dedicó un rugido tan sentido que casi le convenció.

—Tienes que ser tú, Demi. ¿Verdad? Vamos, amor, sal de ahí. Tengo algo para ti. Mira. Tu anillo de compromiso.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una alianza matrimonial de diamantes y zafiros.

Estalló en carcajadas. En un momento, captó toda la pauta.

—Demi, si de verdad eres tú, sal y compartiremos el chiste.

Pero la pantera ya se había dado la vuelta. Winter buscó otra vez, para asegurarse de que también tenía el anillo rosa.

"Sólo hay una cosa que no entiendo—rió para sí mismo mientras salía del zoo, haciendo saltar la alianza en la palma de la mano—, y tendré que preguntárselo al tipejo aquel. Supongo que estará fichado por la policía. Lo buscaré . "

No fue necesario. En la puerta de entrada, se encontró con Perce y con un abogado listillo, alto y delgado. Irrumpieron en el recinto como si estuvieran persiguiendo a alguien, lo que era completamente cierto.

—¡Es él!—gritó Perce.

Y, sin más preliminares, el leguleyo amenazó a Winter con el fiscal del distrito, y le dio una conferencia acerca de objetos robados, responsabilidad legal, investigaciones policiales, autos de reivindicación y un juicio cuyas costas tendría que pagar.

Winter sonrió y sacó el anillo.

—Un trabajo rápido—dijo al ratero—. ¿Cómo te llamas?

—Perce.

—Perce, ¿qué más?

—Sólo Perce .

—El abogado dice que este anillo es tuyo.

—De mi esposa.

—¿Y cómo ha llegado a mis manos? ¿Lo encontré?

—¡Ni hablar!—Perce parecía indignado—. Me lo quitaste del bolsillo cuando te devolví la cartera.

—A callar, abogado—dijo Winter, al ver que el otro se disponía a intervenir—. Te diré una cosa, Perce. No habrá acusaciones ni contraacusaciones. Te devolveré el anillo si me dices una cosa.

—¿Cuál?

—¿Cómo demonios se te pudo caer mientras me quitabas la cartera?

Perce enrojeció hasta las orejas. Titubeó un instante, pero la cálida mirada de Winter le dio confianza.

—Se me resbaló. Me viene grande .

Winter se sintió agradecido por aquel segundo interludio cómico en un día nefasto. Tendió el anillo a Perce.

—Con tu trabajo, no deberías usarlo . ¿Vas a volver a la calle?

—No hay mucha acción—le confió Perce. Como de costumbre, Winter se había ganado otro amigo al instante—. La feria es mejor, ¿no crees?

—Gig, Perce—sonrió Winter—. Vamos.

CIRCO INDIO AMBULANTE
DEL JEFE RAINIER

Osos rusos amaestrados, gimnastas suecos, Tanzsaal alemanes, gitana's echadoras de cartas, bocce italianos, delicias turcas, repostería francesa, focas de Alaska, carreras de perros como en Inglaterra... Lo único indio de todo el circo era el Jefe Rainier, que vigilaba la entrada, resplandeciente con su tocado de guerra, su pintura de guerra y su taparrabos. El puntero que utilizaba para señalar las atracciones era un tomahawk.

—¡Jau!—gruñó—. Donde sale el sol, tierra del rostro pálido. Donde se pone el sol, tierra del piel roja. Esta tierra es de los pieles rojas. ¡Ugh! Yo pagar impuestos. Yo tener licencias. Piel roja

Librodot

fumar pipa de la paz. ¿Por qué policía de rostros pálidos querer cabelleras de pieles rojas? ¿Querer más plata? ¡Ugh! ¡Imposible! Tienda del Jefe Rainier estar vacío.

—No somos de la pasma, jefe—le tranquilizó Winter—. Somos unos simples clientes que pagan su entrada.

—¡Caballeros! ¡Caballeros! ¡Tendrán que disculparme!—rogó el Jefe Rainier—. Últimamente no dejo de recibir amenazas de agentes que, lamento decirlo, quieren dinero a cambio de su "protección". ¿Qué poeta dijo: "La tentación tiene música para todos los oídos"? Entren, por favor. La taquilla está a la izquierda. Que se diviertan.

—Ese sí que es un buen indio. ¿Cómo vas a robar en el espectáculo?—preguntó Winter.

Pero Perce ya se había alejado de él para hacer su trabajo.

—Un auténtico profesional—murmuró, asegurándose de que tenía todavía el anillo de oro rosa y la cartera.

Vagabundeó por el circo, admirando a los payasos, a los contorsionistas, a los fakires, a los encantadores de serpientes y, sobre todo, a una bailarina del vientre. ¡Dios le guardara la cintura! El espectáculo le recordó las gracias de Rabelais:

Los juegos de Gargantúa

Cuando se extendió la alfombra, jugó

Al ajedrez A la gallina ciega
Al triunfo A la bestia
Al tarot

Al hombre sin suerte
A la mujer desgraciada
A la tortura
A la última pareja en el infierno

Y, de repente, Rabelais no le pareció tan divertido.

Entonces, cerca de un comefuego búlgaro (que, según el programa, también podía andar sobre carbones al rojo), vio una tienda adornada con una banderola. El dibujo de la banderola consistía en un sol sonriente con cara de borrachín. Cada una de las doce llamas que formaban sus rayos, aparecía rematada por un signo del zodíaco.

MADAME BERNADETTE
LO SABE TODO - LO VE TODO

—¡Una gitana irlandesa!—exclamó Winter.

Entró en la tienda justo a tiempo para oír cómo una ballena estornudaba en la puerta de al lado, y una bola de fuego rebotó en el techo de la tienda antes de estallar. Oyó gritos de ira. Evidentemente, el comefuego búlgaro había fallado. El plástico muy antiguo y seco, ardió como la hojarasca, llenando la tienda de un cálido humo. La gitana se agarraba a su bola de cristal y miraba aquel infierno como si fuera la ira de Dios. Para cuando Winter consiguió sacarla de allí, ambos

estaban chamuscados y semiasfixiados, pero la mujer no soltó ni por un momento la bola de cristal.

—Debes de ser Acuario—dijo a Madame Bernadette—. Si no, llevas una especie de blindaje. Si eres Demi, te estará bien empleado. ¿Eres Demi?

No obtuvo respuesta. Se abrió paso entre la nerviosa multitud, salió de la feria y se dejó caer por Mmoda Mmoderna Mmark, donde negoció una sustitución instantánea de sus ajadas ropas, bajo un cartel que advertía que Mmark estaba protegido contra hurtos por Vídeo Vigilancia Inc. Para colmar el vaso, el logo de la compañía de seguridad era un sol con un ojo dentro, y el lema alrededor, como una corona solar: Mientras Nosotros Vigilemos, Nunca Se Quedará a Oscuras.

Mmoda Mmoderna se anunciaba en Solar Media, y los dependientes reconocieron y mimaron a Winter. Estuvieron encantados de ayudarle a limpiarse y a elegir ropa nueva. Salió de la sastrería renovado y agradecido, aunque envuelto en el tormentoso halo de los exasperantes fracasos del día. Además, se sentía furiosamente inseguro sobre cómo enfrentarse al desastre en el que Demi había quedado atrapada. El ruido lejano de un tambor contra el suelo le recordaba el paso del tiempo. En ese momento, tres soldados de Tritón cayeron sobre él. Winter pasó furioso junto a los dos aprendices de la orquesta y entró bruscamente en mi despacho. Yo estaba luchando contra la obstinada virginal, todavía intentando darle el tono adecuado para un concierto. Winter estaba tan furioso que las cicatrices de las mejillas le brillaban. Era el Rey Matador de pies a cabeza, o quizá un león marino (Lumetopias lubeta) furioso, buscando a su hembra.

—De acuerdo, Odessa—rugió—. Tu plan de operaciones. Oigámoslo.

—Siéntate, nene. Más vale que te calmes. Me parece que necesitas una copa.

—Hoy he bebido suficiente como para fletar un barco.—Winter estaba temblando—. ¿Cuál es el plan?

—Beber—insistí con firmeza .

Toqué el timbre. Entró Barb, con una bandeja en una mano y el bastón de ciega en la otra. Aquello detuvo en seco a Winter. Miró a Barb, luego a mí. Y se habría caído al suelo de no tener una silla bajo el trasero.

Bárbara dejó la bandeja con las copas y se echó hacia atrás la capucha para dejarnos ver un rostro como el que aparece en las monedas. Sus rasgos eran como los de la Estatua de la Libertad. Una cara limpia de homosexual (las lesbianas son nuestras mejores Gardas), que hacía juego con un cuerpo esbelto y duro.

—Io so Ba-ba-rah—dijo—. ¡Cristo, Winter, menuda carrera me has hecho dar!

Nuestro “Perdiguero” estaba sin sangre en las venas, como solía decir Soho.

—Hombre rico, hombre pobre, hombre mendigo y hombre ladrón—le señaló Barb mientras le ponía un coñac en la mano—. Y siempre así. ¿Fue deliberado o accidental?

—Inconscientemente deliberado —respondí en su lugar—. En realidad, Rogue no comprende su afinidad con las pautas del Anima Mundi.

—Doctora, abogado, jefe indio...—Winter asintió—. Claro. No, no fue deliberado. Pensé que no hacía más que vagar por ahí, esperando que Demi se...—Tomó un sorbo de coñac—. Entonces, ¿hay algo que me guía?

—Gig, Rogue—afirmé—. Lo mismo que te guió hacia aquella niña ahogada en la Cúpula de Gales. El Alma del Mundo. El sustrato que te hace oír cómo hablan las cosas. Lo que te hace ver lo que todo el mundo ve y deducir cosas que nadie más deduce. Tú lo llamas Sintetismo. Yo lo llamo Anima Mundi. Es lo mismo.

—¿Dios, quizá?

—Otros lo llaman así. ¿Por qué no? Es lo mismo.

Asintió de nuevo.

—El todo es mayor que la suma de sus partes, no importa cómo lo llames.—Se volvió hacia Barb—. ¿Me estabas siguiendo?

—Me lo asignaron.

—¿Sabes lo de mi Demi?

—Me informaron.

—¿He...Ha...? No, espera. Estoy tan aturdido que no puedo ni explicarme. —Respiró profundamente—. ¿Hubo algún ser vivo a mi alrededor, siempre cerca de mí, sin que yo me diese cuenta? ¿Hubo algo a lo que no prestase atención?

Bárbara sacudió la cabeza.

—¿Hubo algo que intentara atraer mi interés?

—Pavo Real Perce, nada más. Bueno, también estaban los tres soldados japo-chinos, pero a dos de ellos les dedicaste mucha atención antes de matarlos. Dios, los maoríes de Ganímedes sí que saben entrenar a sus asesinos. Podríais dar lecciones a Atila el Huno.

—¿Dos? ¿Se escapó uno?

—No.

Winter nos miró alternativamente a las dos. Me encogí de hombros.

—Estabas muy ocupado encargándote de los dos primeros, así que Barb te echó una mano. Puede matar de un tiro desde cincuenta metros. Espero que no te importe.

—No soy tan machista. Te estoy agradecido, Barb, muy agradecido. De verdad.

—Los hombres tenemos que ayudarnos unos a otros—sonrió Bárbara.

—Gracias otra vez. Pero escuchadme bien las dos. Lo más importante para mí es recuperar a mi chica, y no sé qué hacer. Nunca pensé que llegaría un día en que no entendería una pauta, y menos habiendo tanto en juego como... Bueno, no importa. ¿Alguna sugerencia?

—Tienes que llegar a un acuerdo con Tritón—respondí.

—Adelante .

Librodot

—Quieren que acabes con el contrabando.

—¿No pueden arreglárselas solos?

—No. Eres el único que puede hacerlo, Rey R-og.

—Pues no quiero.—Se estaba enfadando otra vez—. Esos jodidos jins, sentados sobre sus Meta, humillando a todo el Solar... Son como aquellos jodidos árabes de antes, sentados sobre su petróleo. . .

—Y el resto del Solar opina lo mismo. Sobre todo, desde que Tritón empezó a comprarnos con el dinero que les dábamos por sus Meta... Este edificio Paire Banque les pertenece. Pero ¿quieres recuperar a tu Demi?

—¡Santo Dios, qué pregunta! ¿Por qué crees que llevo todo el día haciendo el idiota?

—Entonces, tendrás que pagar el precio. No volverá hasta no estar segura de que las cosas se han enfriado.

Gruñó.

—Y el precio es acabar con la Mafia Maorí.

Rogue movió una mano, impaciente.

—Supongo que sí., Qué garantías tengo de que eso la tranquilizará, esté donde esté?

—¡Ah, ahí es donde entramos nosotros! Pedimos garantías por escrito, y no hicieron ni caso. Pedimos un depósito, y como si nada. Lo más probable es que el banco donde se hace el depósito sea suyo. Pedimos...

—Un momento. ¿Cuándo y dónde empezaremos a movernos?

—Cuando y donde ellos se acerquen a ti.

—¿Y qué les obliga a acercarse a mí?

—Vas a pedir un visado para visitar el satélite Celestial. Ésa será la prueba de que estás dispuesto a negociar. A partir de entonces, ellos se encargarán de todo.

Dirigió una mirada aviesa a Bárbara.

—Calderero, sastre, soldado y espía—dijo—. Así que soy el cebo para Tritón. La verdad, a esa Anima Mundi hay que darle de comer aparte.—Se volvió hacia mí—: Entonces, ¿qué es lo que quieres de mí?

—Nada. Aparte del tradicional baile de negociaciones, tenemos una ventaja sobre ellos.

—¿Cuál?

—Un rehén en depósito.

Librodot

—¡No! ¿Quién?

—El mandarín más importante de entre todos los dirigentes de Tritón. Su shogun de información y decisiones. Jefe de "Los Puños de la Armonía por Derecho", "La Secta Tong" del siglo diecinueve.

—¿Tenéis a ese macher? ¿Aquí, en la Tierra?

—No exactamente, pero le hemos identificado. Un distinguido investigador: Tomás Young.

Winter saltó en la silla.

—Ta-mo Yung-kung en Tritón. Lo de kung significa "duque". Es un noble manchú.

—¿El gran exobiólogo?

—El mismo.

—¿El amigo que me dijo que estana encantado de examinar y atender a mi Demi?

—Eso les habría ahorrado muchos problemas.

—Pero... Pero... ¿Cómo...?

—Una de sus tapaderas secundarias, Rogue. Lo más corriente en Inteligencia. Conocía a Tomás como Soho Young, cuando él tenía una casa de empeño en la Jungla, hace años. ¿Has oído hablar de un local de porno duro llamado "Pulso entre Sábanas"?

—¿También era suyo?

—No, mío.

—¡Dios santo! ¿Cómo os las arregláis para representar tantos papeles diferentes?

—¿No representas papales diferentes cuando estás haciendo una inquisición y cuando estás sintetizando?

—No luchamos por la simple supeNivencia—intervino Bárbara—. Eso fue lo que acabó con los dinosaurios. El lema de hoy es: "Los Muchos Heredarán la Tierra".

—Espionaje para niños—bufó Winter.

—No, masacre a granel —le contradije—. Es cuestión de tiempo y de presupuesto. Todos sabemos que hay agentes de Inteligencia operando por ahí, eso lo damos por hecho. El problema es mantener a tus agentes trabajando el máximo tiempo posible, antes de que sus agentes de contraespionaje descubran la tapadera. ¿Captas?

—Gig.

—Así que se pone un agente como señuelo. El señuelo no sabe que lo es, cree que está haciendo su trabajo. Cruzas los dedos para que la Inteligencia de los otros gaste su presupuesto anulando a los señuelos, de los que puedes prescindir, mientras que los agentes profesionales siguen

Librodot

trabajando. Pero hay que impedir que se acerquen a ellos. Eso es lo que hacía Young desde la casa de empeños. Eso es lo que hacía yo desde "Pulso entre Sábanas".

—Estáis como cabras—murmuró Winter.

—La última vez—seguí— cometí un error. No creí que fueras tan inteligente y perspicaz como parecías, y te pido disculpas. Mi única excusa es la segunda ley de Inteligencia: Nadie es tan listo como parece.

—¿Cuál es la primera?

—Que nosotros no somos tan listos como creemos. Así que voy a confiar en ti.

—¿Crees que debes hacerlo?—preguntó serenamente Bárbara.

—Tengo que hacerlo, Barb —respondí—. Lo primero que tienes que hacer es solicitar un visado para Tritón. Dos: ve a Ganímedes y detén las operaciones de la Mafia. Esto es necesario, porque te diré qué hay realmente en juego.

—Dilo .

—Permite que Tritón siga con su monopolio sobre los Meta. Podemos seguir pagando un tiempo más, pero hay que detener sus compras ahora mismo. ¡Se están adueñando de todo el Solar! En cincuenta años, serán nuestros propietarios.

—¿Vas a pactar con ellos?

—Una vez tu Mafia se quede quieta, y la chica y tú estéis a salvo, tendremos a Ta-mo Yung-kung como un as en la manga. Y es una baza ganadora. Aunque la cosa acabe en tablas, al menos habremos ganado tiempo para idear algo más.

Winter se dejó llevar por la ira. Un poco machista, por cierto.

—¡Tú y tus jueguecitos de niñas! ¡Tratos! ¡Intercambios! ¡Tablas! ¿Es que no te das cuenta? ¡Estás tratando con hombres adultos, y no estamos para juegos! ¡Podemos deshacernos de ti en cuanto queramos! ¿Qué crees que soy, otra de las cartas que tienes en la mano?

—¡Rogue!

—Pues te diré lo que tienes. Soy el rey de los maoríes, el de la doble caza.

—Por Dios santo, escucha. . .

—Muy bien, seguiré tus instrucciones. Pero, cuando llegue a Ganímedes, no tengo la menor intención de acabar con la Mafia. Se reirían de mí. Sólo una estúpida mujer podría pedir eso. No. Ordenaré un ataque, y hasta el último soldado maorí me aclamará. ¿Te has enterado, Brunhilda?

Rogue había tomado su decisión. Salió del despacho dando un portazo. Miré a Bárbara, no demasiado satisfecha por el desarrollo de los acontecimientos. Y menos aún de mí misma.

—Quizá debí hacerte caso.

Librodot

—El tipo es un caso perdido. ¿Es que nunca desarrollaremos un instinto de supervivencia? Si pueden hacerlo las amebas, ¿por qué nosotros no?

—Ve con él, Garda. ¿Quieres refuerzos?

—Negativo—sonrió—. ¡Y pensar que iba a ofrecerle la mitad de las limosnas que me dieron...!

9

Estrategias contra tácticas

En el amor y en la guerra, todo vale.

SUSANNAH CENTLIVRE

Eso que a veces parecen errores, son tácticas.

ALEXANDER POPE

Con esa percepción retrospectiva de 20-20 de la que siempre te estás ufanando, Odessa, es cómo veo yo las hazañas y estupideces que hice después de largarme de tu despacho echando humo por los ojos. Había gritado ante la idea de pactar con Tritón. ¡Dios Todopoderoso! Estaba deseando pactar con todo el Solar con tal de recuperar a mi Demi. ¿Dónde estaba? ¿Dónde se había escondido? ¿Cómo estaba? ¿Estaba a salvo? No tenía ni la menor idea. Aquélla era una pelea de la que no se veía el final.

Volví a la rotonda Beaux Arts, me puse un mono ligero, llené una bolsa de viaje con cosas poco pesadas—sólo se admiten cien kilos por pasajero, entre peso físico y equipaje—, puse una ancha venda de lunares en torno al cuello de la psigata para que estuviera distraída, y la schlepped en el despacho de Nig Englund, en el zoo .

—El hospital de animales está al otro lado de la calle—me indicó Nig.

—No está enferma.

—Entonces, ¿por qué lleva el cuello vendado?

—Es su pasatiempo favorito. Le gustan las manchas.

—Nig echó un vistazo a mi bolsa de viaje .

—¿Vas a alguna parte?

—Ajá.

—Y quieres dejar tu mascota en el zoo. Mira, Rogue, con nuestros animales ya tenemos más que suficiente. Y encima nos traen de todo lo que te puedas imaginar.

—Quiero dejarla contigo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué tienen de malo los hoteles para animales?

—Sólo confío en ti, Nig. Esta gata es muy especial. No quiero correr el riesgo de que coja cualquier enfermedad en una de esas madrigueras .

—¿Por qué es tan especial?

—Quinta Enmienda.

—De acuerdo. ¿Cómo se llama?

—Jer... —empecé a decir antes de interrumpirme. Estaba a punto de darle el apellido de Demi cuando comprendí que Nig se refería a la psigata. Y no tenía ni idea de la respuesta—. No tiene nombre. Yo la llamo "Madame".

Nig siempre había podido leer en mi interior, pero esta vez lo dejó pasar.

—A ver si tenemos sitio.

Tecleó algo en el ordenador que tenía sobre la mesa, y en la pantalla apareció un "1/2 OKEY" iluminado.

—No quiero que Madame comparta una jaula—dije rápidamente—. Podría resultar herida en una pelea. ¿No podría estar sola?

—Lo intentaré—suspiró Nig—. A veces me responde a preguntas que no le he hecho.

Apretó más teclas, y esta vez apareció una indicación que la remitía a la Zona 3, Casa 2, Jaula 7.

—Perfecto. Tu amiguita tendrá habitación individual junto a los conejos. ¿Qué come?

—Cualquier cosa moteada: caviar rojo o negro, también...

—Le daremos puré de guisantes y alubias pintas, y le gustará. ¿Cuándo piensas volver'?

—No lo sé.

—No importa. Dile a la señorita Jeroux que puede recoger a la gata en cuanto quiera, siempre y cuando pague la factura.

Aquí casi perdí los estribos otra vez. ¡Maldita sea, cómo circulan los cotilleos!

De allí, a uno de mis bancos—utilizo tres para dar esquinazo a las pautas de impuestos—para obtener un cheque de viaje por valor de dos mil. Dos mil, aunque sean en papel moneda, pesan, y yo ya estaba incómodamente cerca del límite de cien kilos. Unos pocos gramos podían suponer una molesta diferencia.

Quería el cheque extendido por Orbe & Cía. Son tan sofisticados y superiores—hasta acuñan sus propios cincuenta soberanos de oro—que todo el Solar respeta su papel. Papel que, por cierto, es la desesperación de los falsificadores.

Para daros una idea de su complejo de superioridad, una vez cobré un cheque con ellos y, al salir del banco, descubrí que por algún misterioso error, humano o mecánico, me habían dado cien

de más. Yo, que soy el chico honrado, volví a entrar e intenté devolver el dinero sobrante. Un elegante cajero me informó de que "Orbe no admite reclamaciones después de que los clientes se hayan retirado de la ventanilla, señor".

En esta ocasión, solicité un cheque fraccionable, de esos que se pueden ir entregando poco a poco hasta el límite del total. El cajero (no se trataba del mismo) pulsó algunas teclas, y que me aspen si en la pantalla no relampagueó un "1/2 OKEY". Evidentemente, había perdido la pista del dinero que tengo en cada uno de los bancos, un presagio prometedor: si ni yo mismo podía captar las pautas de mi dinero, quizá Hacienda tampoco pudiese. Pedí mil, bastarían para lo que necesitaba.

Seguí tu consejo, Odessa. Fui al consulado de Tritón para solicitar un visado turístico, y así indicar que estaba dispuesto a llegar a un acuerdo si me devolvían a Demi. El jin que me atendió era más japo que chino. Absurdamente cortés, obsequioso y sonriente. Hablaba de manera siseante. Y estos tipos no sisean como cualquiera, "Ssss", no señor. Más bien, expulsan el aire desde el labio inferior, así, "Fffl".

—Es un honor para nosotros, Sieurore Hiver (así se dice "Señor Winter" en solaranto, el idioma común del Solar). Ffff. Que un caballero tan ilustre visite nuestro humilde y lejano mundo. Ffff. ¿Cuándo recibirá Tritón el honor de su visita?

—En algún momento de los próximos dos meses.

—Bien.—Marcó el número directo de teléfono que comunicaba el consulado con la embajada, y la respuesta volvió en un segundo, "1/2 OKEY". El tipo parecía abrumado—. Se le conceden seis meses completos, medio año, Sieurore Hiver. Ffff. El máximo honor posible. Ffff.

Todo dulzura y suavidad. Pero, por si mi ira necesitaba más combustible, lo recibió cuando salí con mi pasaporte para Tritón.

E El vestíbulo del consulado estaba decorado con objetos de arte y utensilios primitivos. Y allí, con un hermoso marco, tenían una piel estirada, un rostro maorí. una máscara de cicatrices ceremoniales y tatuajes sagrados. Era mi padre adoptivo, Te Uinta.

¡Venganza!

¡Por Dios que me vengaría!

Una nave de la Sternreise Kompanie tenía previsto despegar hacia Ganímedes aquella tarde. Iba llena hasta los topes, a excepción de una cabina que estaba medio bien, lo que quería decir que tendría que compartirla con un extraño. ¿Con quién? ¿Cómo demonios te las arreglaste, Odessa? Con tu Garda lesbiana, Bárba-ra Bull.

(Muy fácil, Rogue. Reservamos la cabina entera y cancelamos la mitad en el último momento posible. Nuestra apuesta era de diez contra uno a que saldrías para Ganímedes lo antes posible. Si no aparecías, Barb habría abandonado la nave.)

Me gustaba mucho la dama, y además le debía un favor, pero no quería pasar demasiado tiempo con Barb. Sois tan listos que tenía miedo de que se me escapara alguna pista sobre mis futuros planes. Era una nave de lujo con haute cuisine, así que me pasé la mitad del viaje en la cocina, fingiendo que Media me había encargado un reportaje sobre los chefs que trabajan sin gravedad. De hecho, fue muy instructivo. Habría sido una historia interesante, y me ayudó a olvidarme de los dolores de cabeza.

Cocinar en caída libre es algo único. El chef flota en medio de la cocina, que está a su alrededor, por arriba, por abajo y a los lados. (Hay que avisarle antes de que la nave acelere o decelere, para que pueda asegurar cada cosa en su sitio.) Puede ponerse de cabeza y partir los huevos por encima del hombro. El problema es que, en caída libre, no hay manera de verter nada. Hay que sacudir y empujar cada cosa hacia su lugar. Imaginaos lo que es preparar mahonesa con gravedad cero.

El chef tiene otro problema. Las neveras reciben el frío de la parte de la nave que no está iluminada por la luz del sol. Hay reguladores por si la temperatura baja demasiado. Pero, a veces, la nave tiene que girar sobre sí misma, y entonces las neveras se convierten en hornos. En estos casos, el chef coge el interfono y pone verde a toda la tripulación de vuelo, que detesta utilizar los cohetes laterales sin una buena razón porque consumen demasiado combustible. "¡Imbéciles! ¡Estáis saboteando mi créme brulée! ¿Sin una buena razón? ¡Étoilevoyage Compagnie se enterará de esto!

Es un placer verle asar carnes y aves. Pone el rustidor a una altura exacta sobre la parrilla eléctrica. y le da un pequeño impulso para que gire sobre sí misma. El rustidor queda ahí, moviéndose constante, lentamente. Si se desvía, un suave toque la devuelve a su lugar para satisfacción del chef, aunque todo esto es muy polémico. Algunos chefs espaciales mantienen acaloradas discusiones sobre RPMs y centímetros de elevación sobre la parrilla.

Las gambas fritas a la francesa son algo digno de verse. El chef sacude una botella del mejor aceite encima de la parrilla. El aceite cae como una ducha de gotitas. Las va reuniendo hasta obtener un globo dorado que flota. En el momento preciso, va introduciendo los condimentos —aunque nunca me permitió asistir a este acontecimiento—seguidos por las gambas. .. Y quedas transfigurado por la visión de una deliciosa esfera girante, llena de marisco. Es como cuando la zarina enferma se dejaba hipnotizar por el reloj de Rasputín, sólo que los relojes no se comen.

En las Cúpulas Turcas las amapolas crecen,

entre la marihuana, una a una florecen.

Tras aterrizar en Ganímedes, me libré de Bárbara por el sencillo sistema de dejar mi equipaje en la cabina y salir de la nave con mi amigo el chef, llevando su manchado uniforme y el gorro alto. Por supuesto, él iba hecho un brazo de mar para pasar los tres días de permiso con sus amiguitas, y además le ayudé a pasar de contrabando doce botellines de ginseng. Siempre insisto en devolver los favores. Tomé un ganifoil hacia las Cúpulas Turcas y me colé en el despacho de Ahmet Troyj para proponerle una estrategia de guerra.

Ahmet es el Número Uno, el gantze macher de los turcos. Me debe muchas cosas, los dos lo sabemos, y será mejor que me explique. Es genial en su profesión, un estupendo bey, un buen gobernador que ha llevado a los turcos a una posición casi tan importante como la de los jins. Pero si lo que yo sé fuera del conocimiento público, le obligarían a dimitir, sería expulsado, caería en desgracia y—peor todavía—se convertiría en el hazmerreír de todos. Al menos, eso es lo que nos decimos el uno al otro.

Porque hace años, mientras yo investigaba la persona de su padre, el distinguido Troyj Caliph (fue mucho antes de su misteriosa y llorada muerte), embajador de una docena de capitolios, papá Troyj decidió que sus ojos necesitaban un nuevo trasplante de lentes. Fue a visitar al cirujano, llevando a su hijo Ahmet para que le acompañase. Yo iba tras ellos, con la esperanza de empaparme un poco del colorido local. Por aquel entonces, Ahmet tenía unos dieciséis años. Papá pensó que, ya que estaban allí, valía la pena que también le examinaran los ojos a su hijo. Sentaron a Ahmet ante

un cartel luminoso lleno de letras. Descubrieron que tenía una vista de lince, pero que no sabía leer.

Hechos: toda su vida había estado viajando, siguiendo a su padre de un destino diplomático a otro. Adquirió unos modales sofisticados, un encanto irresistible y unos gustos caros. Se lo pasó de miedo... Y al embajador y a los que le rodeaban nunca se les ocurrió pensar que su hijo no estaba recibiendo la más mínima educación. Todos lo daban por hecho, y a nadie se le ocurrió comprobarlo.

Naturalmente, Ahmet nunca se delató. ¿Qué niño quiere ir al colegio? Cuando tuvo dieciséis años, ya era demasiado tarde para la escritura, la lectura y la aritmética. Hasta el día de hoy sigue sin saber leer o escribir. Años de ocultar su ignorancia le han proporcionado un centenar de astutos trucos y una memoria fabulosa. Por suerte para el gobernador, en los enclaves turcos utilizan improntas de voz en lugar de firmas.

¿Puedes andar hacia atrás?

¿Puedes ayudar a tu hermana a coser?

¿Puedes escribir, puedes leer?

¿Puedes ayudar a tu padre a luchar?

Ahmet me recibió con un fuerte abrazo, no porque tuviera miedo de lo que sé, sino porque somos buenos amigos. Ahora tiene casi treinta años: es chic, afable, moreno, ya con escaso pelo, y tartamudea un poco al hablar, ya que el idioma terrestre es el tercero o cuarto que domina, y a veces titubea cuando busca una palabra. No reproduciré los tartamudeos.

—He venido a pedirte un favor, Ahmet—dije, presentándole una botellita de ginseng que le había quitado al chef.

—Faire des demandes—me sonrió—. Adelante, desafíame. Delátame. Estoy preparado.

—¿Sí?

—A.B.C.D.E.F.G.¿Qué tal?

—¡Ahmet, Ahmet! ¡Ésta no es manera de tratar a tu chantajista favorito! Has estado estudiando a mis espaldas.

—Gracias a una de tus maoríes. Surgió de la nada el mes pasado. Me enseña en la cama. Para el alfabeto utiliza sus conchas.

—¿¡Sus conchas!?

—De plata. Las lleva como un ceinture alrededor de las caderas. ¿Cómo se dice ceinture en vuestro maldito idioma? ¡Ah, sí, cinturón! Tiene una fea cicatriz en el trasero. Tukhas? Derriere? Trasero. ¿De qué favor se trata, Rogue?

—¿Cómo conseguís los Meta, Ahmet?

—Muy fácil, pagamos a los jins con heroína. Medio kilo por cada onza.

—¡Jigjiz? ¿Dieciséis por uno?

—Al menos, tenemos algo con que amenazarles. No se atreven a cortarnos el suministro de Meta. Si lo hicieran, les dejaríamos sin su polvo de felicidad.

—¿Cuánto os envían?

—Tres mil cuatrocientas onzas de Meta al mes.

—¿Tanto?

—El hachís y las amapolas consumen calor y humedad como si en ello les fuera la vida.

—Y vosotros les mandáis veintiocho mil kilos de caballo. ¿Refinado?

—No, crudo. Los jins prefieren purificarlo ellos mismos.

—De todos modos, es mucha heroína.

—Es para mucha gente. "Pimienta, sal, mostaza y sidra; Combien peuple vive en China?" Estoy seguro de que utilizan una buena cantidad de heroína sin refinar para mantener contentos a sus culís, en las minas. Por lo que me han contado, allí abajo está el infierno.

—Nunca he visto Meta en estado natural, Ahmet. ¿Puedo ver el tuyo?

—¿Es ése el favor?

—Todavía no

—Utilizas el Meta, ¿cómo es que no lo has visto nunca?

—¿Cuántas de las personas que utilizan la plata han visto el mineral natural?

—Sans réplique, como siempre. Vamos.

En una cabina nos pusimos unos trajes aislantes tan pesados que nos hacían movernos como osos polares, a espasmos. Ahmet me dio un golpecito en el casco y me señaló la antena de onda corta.

—¿Está conectada? ¿Me recibes, Rogue?

—Perfectamente.

—Entonces, haz exactamente lo que te diga. Y por lo que más quieras, no toques nada a menos que quieras convertirte en una nova.

—No, gracias, ya tengo demasiado fuego interior.

Una vez sobre el terreno lunar, todavía me sentía como un oso polar saltando de iceberg en iceberg, aunque lo que tenía que esquivar eran rocas. Unos cuatrocientos metros más adelante, Ahmet se detuvo junto a lo que parecía una toba natural, y me dejó sordo vía onda corta hablándome en turco, que no es uno de mis idiomas. La toba se deslizó a un lado, descubriendo una escotilla y unos peldaños de piedra que bajaban. Llegamos a una pequeña cámara con una puerta de piedra, guardada por cuatro osos polares armados hasta los dientes.

Librodot

Más cháchara en turco. Los guardias hicieron que la puerta de piedra girara sobre su pivote, y la cruzamos. Volvió a cerrarse tras nosotros.

—Alta seguridad—me dijo Ahmet—. No porque el Meta sea précieux, sino porque es dangereux. No podemos permitir que los civiles jueguen con estas cerillas.

Estábamos en una caverna esférica de hielo.

—Helio criogenizado en estado sólido—explicó Ahmet—. O sea, cristalizado. Inerte como el argón y el neón, pero más. Es una de las poquísimas sustancias que no se pueden catalizar con Meta. Se utiliza para los envíos y almacenaje de los contenedores, pero no resulta fácil mantener la temperatura a dos grados Kelvin.

—Esa muñeca maorí te está convirtiendo en un pedante, Ahmet—le dije, mirando a mi alrededor—. ¿Qué hace ahí ese montón de piedras preciosas? ¿Las guardáis en esta cámara para que no las roben?

—Querido Rogue, son tu Meta.

—¿¡Qué!? ¿Esos ópalos?

—Aber naturlich.

Me acerqué para mirar mejor los cristales, preguntándome si aquel playboy del Solar no me estaría ziggeando el pelo. Parecían diminutos botones iridiscentes, redondos, pulidos, cóncavos por ambos lados, pero sin perforaciones. El fuego opalescente que latía en ellos parecía vivo y vibrante.

—¿Son éstos los famosos cristales Meta? Dímelo en serio, Ahmet, nada de bromas.

—Oui.

—Son hermosos.

—Oui.

—Pero parecen tan inofensivos...

—Ahora, en su estado normal, lo son. Estoy hablando completamente en serio, Rogue. Son tectitas, meteoritos extragalácticos del espacio profundo. Todavía se encuentran tectitas normales en la Tierra: pequeños botones negros tirados por ahí, inofensivos, que van a lo suyo.

—Entonces, ¿qué hace diferentes a éstos?

—¡Ah! Son recuerdos del pasado cósmico. Según las teorías, una lluvia de tectitas saturó Tritón en su era volcánica. El calor geotérmico y las titánicas presiones radiactivas a las que se vieron sometidas, las transformaron en los Meta. Cada uno de estos botones es un caldero de energía comprimida.

—¡Por Dios que lo parecen!

—Por eso pueden obligar a los átomos a dar un salto cuántico y liberar su energía. Cuando vuelven a su nivel normal, absorben de los Meta la radiación perdida y saltan otra vez. Todo esto a velocidad “c”. De Broglie debe de estar pegando saltos en la tumba.

—¿Qué De Broglie? ¿Cuál De Broglie?

—Louis Victor. Perpetró todo el asunto de la mecánica cuántica allá por 1923, y nunca supo dónde llegaría.

—¡Ahmet Troyj, Ahmet Troyj, has estado leyendo !

—La génesis es simple especulación, Rogue, pero se sabe que los Meta pueden encontrarse en la lava prehistórica, como los diamantes de Africa. Los culís jin tienen que extraerlos como los negros africanos.

—¿Cómo se manejan estos trastos?

—Herramientas con punta de helio sólido. Una especie de mazas de herrero para modelar el metal al rojo blanco, pero al revés.

—Tú quieres volverme loco. Gracias por la visita turística, Ahmet. Te estoy tan agradecido que ni siquiera te pediré una tectita de recuerdo.

—De todos modos, no podrías llevártela.

—Claro, estos trajes no tienen bolsillos.

—¿Éste es el favor, todo el faveur y nada más que di toyve?

—No. Para ser sincero, vine aquí con una idea estratégica, pero tú me has dado una táctica mucho mejor. Volvamos a tu despacho, sintetizaré las pautas que me has dado. Quiero que me construyas un Caballo de Troyja.

Por supuesto, nuestra sección TerraGardai había permitido la operación Meta Mafia. Aquí está el diagrama empírico de flujo del intercambio. A ver quién descubre la broma en el punto clave. No hay premio.

Maorí

Colmillos de mamut (1) que los jin tallan

Porfiras criadas en tanques, como mascotas (2)

Porfiras Otros tintes Cúpula Excrementos Holanda de mamut (3)

Maorí - Arte final Chicas (4)

Cúpula Bélgica Oro (5) a cambio de arte

Oro por chicas Cúpula Holanda

Oro Contrabando

jin Meta Mafia

El Solar

Librodot

(1) Los maoríes los cazan con armas modernas.

(2) El molusco que produce la púrpura imperial. Los maoríes fingen que lo usan para sus tatuajes.

(3) La única sustancia orgánica que puede producir un brillante color verde en los fuegos artificiales. También una forma de arte en Calisto.

(4) Una especie de esclavitud voluntaria. Las chicas maoríes son unas modelos adorables y complacientes. y cualquier cosa con tal de escapar de esa maldita Cúpula machista.

(5) El escaso oro rosa que los belgas se niegan a vender al resto del Solar.

¿Habéis descubierto la broma?

¿Cómo se roba algo que no se puede tocar? En las minas africanas del siglo XX, los robos de diamantes por parte de los trabajadores eran un problema constante. Cuando salían del vientre de la tierra, había que someterlos a un examen médico concienzudo, y aun así algunos se las arreglaban para escapar con piedras. Cinco o diez quilates en bruto, y un negro tenía todo lo que pudiera desear: tierras, ganado, esposas... Lujo, según los estándares nativos.

En Tritón no existía ese problema. Tras una somera revisión física de los trabajadores que salían de los depósitos de lava, hacían pasar a los culís de uno en uno por una cámara térmica. Si los sensores registraban algún punto con una temperatura por debajo de los cero grados centígrados, sabían que el loco llevaba escondido alguna especie de contenedor con temperatura de congelación y... ¡zap! Aun así, ¡maldición!... alguien estaba robando. Meta de las minas. ¿Cómo?

Uno puede llevar los diamantes en la boca, o tragárselos, metérselos en las orejas, en las fosas nasales o en el ano, escondérselos en el pelo, incluso bajo los párpados, en el caso de las piedras muy pequeñas. Dentro de una herida se pueden implantar diamantes, etc. Pero con los Meta, es imposible. Son un caldero a presión que convertiría el cuerpo en una antorcha de combustión lenta. Y la comparación es generosa.

Cuando Pertes una operación, el punto débil es lo que llamamos la Zona Negativa. Esa broma era nuestra Zona Negativa, y no pudimos resolverla. No me consolaba en absoluto que los jins tampoco pudieran. Pero el Sintetista lo consiguió. Iba de A a B y se tropezó con X. La buena y querida serendipity nunca te deja a la estacada.

Cazador contra cazado

Hou hsi 'cheng'chieng pen: “ Tienen un millar de artimañas”.

ANTIGUO PROVERBIO CHINO

Cuando los muchachos de Ahmet Trooyj hubieron disfrazado a los maoríes, probaron los puntales, pintaron un enorme cartel en el que se leía CIRCO INDIO AMBULANTE DEL JEFE RAINIER, doblaron las carpas y se marcharon, después de desear a Winter y a sus muchachos mucho éxito en su misión imposible. Tenían que volver a sus granjas de heroína.

Winter repasó a su personal: payasos, malabaristas, acróbatas, luchadores, presentadores, un mago hindú, una encantadora de serpientes (papel representado por Bárbara, que había ido a la

Cúpula Maorí para hablar con Jay Yael después de que Winter le diera esquinazo), además de boas constrictor (prestadas por la Cúpula Brasil) atontadas con amatol, y una momia egipcia contorsionista. ¡Una momia contorsionista! ¿Quién se lo iba a creer?

También contaba con cierta bailarina del vientre, cierta maorí que se había cansado de enseñar el ABC a Ahmet —a Winter empezaba a caerle bien la chica—, un peludo comefuego y un "Judío Errante" de tres mil años que, a cambio de un modesto Syce, ofrecía consejos con la experiencia que le daba la edad.

(Tengo que interrumpir aquí, yo, Odessa, porque el dinero jin era fundamental en la loca persecución de Winter. El Solar utiliza papel moneda, por supuesto: billetes, pagarés, cheques... Pero, en las pequeñas transacciones, se utiliza una moneda más

pesada. Tritón usa el Syce, diminutivo de Sycee, unos pequeños lingotes de plata. Sycee viene de sai-see, que significa "seda fina", porque la plata es tan pura que, cuando está fundida, puede hilarse como la seda. Los lingotes tienen forma de suela de zapato, lo que no es de extrañar. Los mundos del Solar tienden a conservar las formas tradicionales de los lingotes: oro en anillos, cobre en chapas redondas, latón en barras..

El lingote Sycee o Syce (símbolo: SS) = aproximadamente 20$ terrestres.

Medio Syce, S = 10$ terrestres.

La mitad de medio Syce, 1/2S, = 5$.

La mitad de la mitad de medio Syce, 1/4S (así de complicado es el funcionamiento de la mente jin) = 1$.

Les he traducido los nombres de la moneda Jin. En realidad, SS, el Sycee, se llama yuan-pao; el medio Syce, S, liangfen-chib yuan-pao, y lo más típico entre los jin, las monedas de plata con valor inferior a 1/4S, el equivalente a la calderilla terrestre, reciben el nombre de i-mao-ta-yang, o "Gran Dinero". Todas las monedas, desde el Syce completo hasta el Gran dinero, tienen forma de zapato.)

Volvamos con el circo ambulante. Rogue Winter representaba el papel de Jefe Rainier. Estaba impresionante con su tocado, su taparrabos y la espectacular pintura de guerra que disimulaba las delatoras cicatrices de sus mejillas.

—Vamos a hacerlo todo según hemos planeado—dijo a la compañía—. Nadie tomará la iniciativa. Nadie saldrá corriendo tras una pista, por prometedora que sea. Haréis exactamente lo que os he dicho, ni más ni menos. Yo tomo las decisiones. Vosotros seguís órdenes. Y, por encima de todo, no diremos ni una, repito, ni una palabra en maorí. ¿Comprendido?

Todos asintieron obedientemente, incluso los duros e independientes soldados maoríes que constituían la mitad de la compañía. Después de todo, se trataba del Rey Dos Muertes R-og. Les hablaba en una mezcla de terrestre, polinesio y solaranto, la lengua común a todos los mundos del Solar, que sonaba algo así como Sieurore Hiver, avant nach oiffigg eolais favor. (Señor Winter, por favor, acuda a información.) No es precisamente la música celestial, así que tendréis que conformaros con una traducción.

Las principales Cúpulas de Tritón están ocupadas por razas puras de japoneses, chinos, coreanos, malayos, filipinos, anamitas. Incluso descendientes de los chinos cubanos, que todavía

hablan el Ku-Pa-Kuo, un extraño castellano asiático. La capital de Tritón es la Cúpula Catay, o al menos así la llama todo el Solar.

Los jins insisten en denominarla Chung-kuo, que significa Toda China, y más nos vale creerlo.

Como se ha dicho antes, no son conocidos por su modestia, y Chung-kuo también quiere decir "El Reino Medio". Todo esto viene de la tradición jin, según la cual Catay está situada en el centro de un sistema solar cuadrado, al que gobierna por decreto divino. Tritón está rodeado por cuatro espacios para proteger su pureza, y más allá de ellos se encuentran islas como huo-sing (Marte), yueh-liang (Luna), y así sucesivamente. Estas islas están habitadas por bárbaros salvajes, a los que muy rara vez se permite visitar el Reino Celestial.

Puesto que Tritón es una mezcla en diversas proporciones, su principal lenguaje hablado es el jih-penchung-kuo, japonés-chino o jin. Ahí van algunos aspectos sociales de Tritón, entresacados al azar de los archivos que exigimos que estudien nuestros agentes para evitar que den un faux pas cuando tratan con jins. Os darán una idea de lo arcaica que es su estructura feudal.

Los jins, que son la gente más sobria del solar, creen que es un cumplido emborracharse moderada y agradablemente en las ocasiones festivas. Las personas que son físicamente incapaces de hacerlo suelen contratar sustitutos que se embriaguen por ellos. Los mandarines, que están obligados a beber con todos sus invitados, suelen emplear a una especie de gorila que va bebiendo solemnemente, ronda tras ronda, hasta que el último invitado cae rendido.

Los jins distinguen entre cinco clases de borrachera. Según ellos, el vino fluye así:

Corazón ~ produce emociones sentimentales.

Hígado ~ produce belicosidad.

Estómago ~ produce somnolencia y rubor en el rostro.

Pulmones ~ produce hilaridad.

Riñones ~ produce deseo.

La novia y el novio beben vino, a la vez, de dos tazas unidas por un cordón rojo. El rojo es el color de la suerte, símbolo de la prosperidad y la alegría. Todas las cartas, comunicados y documentos llevan, invariablemente, algo rojo.

De todos modos, los jins creen que cada hombre, por naturaleza, no puede absorber más que una determinada cantidad de suerte. La que exceda esa cuota se te acumulará en la cabeza y te hará daño. Frecuentemente, cuando un jin cree haber recibido toda su cuota, rechaza los beneficios producidos por ulteriores golpes de buena suerte.

En el tema del matrimonio a la Tritón, un marido tiene derecho a matar a su esposa adúltera, pero también tiene que matar al amante. Es una cuestión de todo o nada. Si no lo hace, se le puede juzgar por asesinato. Uno de los principios de la jurisprudencia jin es que jamás se puede dictar sentencia hasta que el acusado no se haya confesado culpable, y se cuentan historias espeluznantes sobre cómo se consiguen las confesiones.

Los médicos jins han escrito tomos y tomos sobre el pulso, que se considera de enorme

importancia para aventurar un diagnóstico. Aseguran poder distinguir entre veinticuatro diferentes clases de pulso, y siempre lo toman en ambas muñecas.

El hombre jin tiene absolutamente prohibido tocar a las mujeres. Se han escrito tratados filosóficos sobre si un hombre debe rescatar a una mujer que se está ahogando, dado que para ello tiene que tocarla. Por supuesto, los médicos tienen prohibido—en nombre de la propiedad—tocar a sus pacientes femeninas, y mucho menos verlas desnudas.

En consecuencia, el médico llega a casa de la paciente con una estatuilla que representa el cuerpo de una mujer desnuda. La hace llegar al dormitorio con instrucciones de que se marquen en la estatuilla los puntos problemáticos. Cuando le devuelven la figura, emite su diagnóstico basándose en las marcas.

En Tritón existen algunas curiosas supersticiones, que ellos se toman muy en serio. Creen que los crímenes ocultos de la gente malvada son castigados por el Dios del Trueno. El relámpago que suele acompañar al trueno es un espejo mediante el cual el dios ve a su víctima. Todo esto en la Tierra, claro, el único planeta habitado donde hay truenos y relámpagos. Los jins están convencidos de que los terrestres son unos monstruos de perversión, que mantienen muy ocupado al dios.

Los hombrecillos y los animales de papel son una constante fuente de temores en Tritón. Creen que los magos pueden recortar las figurillas de papel, deslizarlas bajo las puertas o a través de las ventanas, darles vida y obligarlas a obedecer sus inicuas órdenes.

El misterio del “Espejo y Oído” se utiliza para resolver problemas desconcertantes. Envuelve un espejo antiguo en tela. Luego, sin testigos, inclínate siete veces ante el Espíritu del Horno. Después de esto, las primeras palabras que oigas pronunciar a alguien te darán una pista sobre la solución del problema.

Otro método consiste en cerrar los ojos y dar siete pasos con un espejo en la mano. Abre los ojos al séptimo y, el primer objeto que veas reflejado en el espejo, junto con las primeras palabras que oigas, te darán una pista. Todo esto se hace para ir siempre un paso por delante del destino. Los jins creen poder alterar.

El cielo o el paraíso es t'ieng-t'ang, que también significa “objetos valiosos” en Tritón. “Ser pobre en t'ieng-t'ang” significa tener sólo unas pocas joyas, adornos y vestidos valiosos. Esta expresión sólo se utiliza entre las mujeres de clase alta, que jamás aparecen en público sin maquillaje y ropa cara. Las esclavas, mujeres de clase baja y ancianas, ni siquiera lo intentan.

Los jefes supremos y subalternos no reciben ninguna paga, sino que sacan lo que pueden de sus cargos. En la mayoría de las Cúpulas, los requerimientos oficiales y las órdenes de detención son entregadas por corredores que exprimen a las víctimas encomendadas a sus cuidados. A cambio de un pequeño soborno, informarán que “No había nadie en casa”. Por un soborno algo mayor, “Ha huido”, y así sucesivamente. Los carceleros aceptan sobornos para permitir ciertas libertades a los prisioneros. Los ejecutivos de los tribunales aceptan sobornos a cambio de utilizar su influencia. Todos los sirvientes aceptan propinas.

Los agentes gubernamentales, del más importante al último en el escalafón, tienen un salario nominal y completamente inadecuado, pero ninguno de ellos llega siquiera a recibir el dinero. Viven de lo que pueden sacar de su cargo. La costumbre es rechazar el sueldo con humildes réplicas del tipo “El honor es mi mejor paga”, o “No soy digno de ello”, y reembolsarlo al tesoro imperial.

Estos altos cargos sin sueldo van siempre acompañados por un cortejo de gongs, sombrillas rojas y lacayos, que llevan enormes abanicos de madera y carteles en los que se leen los títulos de

Librodot

su señor en grandes letras. Las ramas colaterales de la familia imperial llevan cinturones rojos como distintivo.

El lenguaje coloquial de Tritón es el japonés-chino jin. Todos los niños en edad escolar tienen que dominar el jin como primer idioma, sin importar qué idioma materno o dialecto se hable en sus casas. A veces, éste es tan diferente que tienen que aprender el jin como idioma extranjero.

La lengua clásica formal es el japonés duro, y sólo lo utilizan los universitarios y los altos dignatarios, aunque la mayoría de los jins dejan caer una palabra en japonés aquí y allá para demostrar que han recibido una educación cara. Por ejemplo, la palabra japonesa koe en vez de la jin sei para decir "voz", o toshi en lugar de nen para "año". Esto crea una fuerte hostilidad, algo así como la que se sentía contra Guillermo el Conquistador y sus sucesores, que sólo hablaban francés normando.

Winter chapurreaba el jin, pero ni siquiera se molestó en hacerlo. Había elegido a Oparo para el papel de "Judío Errante" porque Oparo era el jefe de la Mafia Maorí, y hablaba el jin con fluidez. Le serviría de intérprete. Cuando fueron admitidos en el despacho de un ilustre oficial que llevaba una túnica escarlata sobre su armadura de acero, en vez de intentar hacerse entender, se lanzó a una exagerada actuación de vodevil, blandiendo un tomahawk de juguete, bailando la danza de la guerra y cantando una canción infantil aprendida en sus días de colegio:

"Al pasar la barca
me dijo el barquero
que las niñas guapas

no pagan dinero.
Yo no soy bonita

ni lo quiero ser.
Tome usted los cuartos

y a pasarlo bien.

¡Y A PASARLO BIEN!"

El oficial le miró, y se volvió hacia un ayudante.

—T'a shuo shen-ma yang-ti hua? (¿Qué clase de idioma está hablando éste?)

Winter hizo una señal a Oparo, que se adelantó e hizo el saludo debido a un superior: puño derecho contra la mano izquierda, profunda reverencia y manos entrelazadas hacia la nariz, dos veces. Lo siguiente os dará una idea de cómo hacen negocios los Jins.

OPARO: Tsen-ma ch'eng-hu t'a-ti chihjen? (¿Con qué título debo dirigirme a ti?).

CAPITAN: Shang-wei men-k'ou. (Soy el Capitán de la Puerta Principal.)

OPARO: Lao-chia. (Gracias.)

CAPITAN: Shih. Chao shui? (Bien. ¿Qué queréis?)

Librodot

OPARO: P'an-wang che shih yu wan-man-chieh-kuo. (Sólo espero que el asunto que nos trae tenga una muy feliz conclusión.)

CAPITAN: Ch'ing-pien. (Puedes estar tranquilo.)

OPARO: Lao-chia. (Gracias.)

CAPITAN: Pu-hsieh. (No hay de qué.)

OPARO: I-ke pa-chang p'ai-pu hsiang. (Dos no pelean si uno no quiere.)

CAPITAN: Chih-li pao-pu-chu huo. (No puede prenderseuna hoguera con sólo papel.)

OPARO: Kuei-ti pu kuei, chien-ti pu chien. (A veces las cosas caras son baratas, y las cosas baratas, caras.)

CAPITAN: Pu p'a man, chih p'a chan. (No temas avanzar lentamente, pero guárdate de detenerte.)

OPARO: She-mien. Mei-shu-shih. (Perdónanos. Somos humildes actores.)

CAPITAN: Chih jen, chih mien, pu chih hsin. (Saber lo que es un hombre no es saber lo que hay en su corazón.)

OPARO: [Ofreciendo un lingote de oro rosa con ambas manos.] Erth t'ing shih hsu, yen chien shih shih. (Lo que oyen los oídos puede ser falso, lo que ven los ojos son hechos.)

CAPITAN: Ah! [Calculando el peso del oro con la palma de la mano.] Pu-kan-tang. (No puedo imaginar ser digno de tanta cortesía.)

OPARO: Ni t'ai ch'ien-la, Shang-wei. (Eres demasiado modesto, capitán.)

CAPITAN: Kuei-ch'iu? (¿De qué honorable lugar venís?)

OPARO: Ti-ch'iu. (Tierra.)

CAPITAN: Kuei-hsing? (¿Cuál es tu honorable nombre?)

OPARO: Pi-hsing Hsing-chun Yut-t'ai-chiao. (Mi humilde nombre es Judío Errante .)

CAPITAN: [Mirando el disfraz y el maquillaje del “Judío Errante”.] Kuei-chia-tzu? (¿Cuál es tu honorable edad?)

OPARO: San-chien i-pai-ling-i. (Tres mil ciento un años.)

CAPITAN: [Estallando en carcajadas.] Hsin-hsi, hsin-hsi! (¡Feliz cumpleaños!)

OPARO: Lao-chia. (Gracias.)

CAPITAN: Pu-hsieh. Kung-kan? (No hay de qué. ¿Qué asunto os trae aquí?)

OPARO: T'o-fu t'o-fy. Yen-p'ien ma-hsi-t'uan. (Gracias por preguntar. Nos gustaría representar una función de circo para todos vosotros.)

Librodot

CAPITAN: Ah? So. I jen nana ch'en po hito no aida. (Cuando se intenta complacer a todo el mundo, se acaba por no complacer a nadie.)

[Pero adviértase la pedante sustitución de la coloquial expresión china “jen in” por el cultismo japonés “hito no aida”.]

En este punto, Winter reanudó su lunática versión del piel roja Jefe Rainier, representada con dramática pasión.

—¿¡Por qué todos los chinos no hacer más que hablar!? ¡Ugh! ¡No, no, no! Sendero de guerra. Marcharnos. Hacia el sol naciente. ¡Ugh! Yo llevar mi circo a todas partes. Nadie luchar. Todos fumar pipa de la paz. ¡Ugh! Yo pagar todos los permisos y licencias. Yo cumplir todas las reglas que fijar vuestro Gran Manitú. ¡Ugh! ¿Qué querer chinos? ¿Más dinero del piel roja? Yo pagar. Tener mucho dinero. No hablar con lengua doble. —Y, aquí, Winter dejó caer otro lingote de oro en la mano del atónito capitán—. Fumar pipa de la paz, ¿sí? ¡Ugh!

El Capitán de la Puerta Principal miró a Oparo.

—¿Quién es éste?—preguntó.

—Un extranjero de la Tierra —respondió Oparo—. (Wai-kuo-jeu ti-ch'iu.)—. Un piel roja. (Hung ti jen.)

—¿Tiene nombre?

—Jefe Lluvia-En-La-Cara. (Ta-yuan-shuai pei yu lun-che lien. Literalmente: “Generalísimo Sobre-Cuya-Cara-Llueve.)

El capitán no pudo evitar una carcajada. Sabía que era un engaño, pero resultaba maravillosamente entretenido, y ahora tenía medio kilo del rarísimo oro rosa de Calisto. Así que permitió que el circo entrara en la Cúpula Catay. Se había convertido en la capital de Tritón sobre todo por estar situada sobre el filón volcánico de Meta. El plan de Winter era buscar la cuidadosa mente guardada entrada a ese filón. Tenía un volcán propio en mente.

Pero, para su disgusto, descubrió que el Capitán de la Puerta Principal se había reído el último. Le había permitido montar su espectáculo... en el Hsing-hsing-ch'ang, la zona de ejecuciones de Catay. Era una plaza con tres lados rodeados de unas cincuenta horcas. En el cuarto había una rampa que llevaba a la picota. Tuvieron que montar la feria con la compañía de una treintena de cadáveres en diferentes estados de corrupción. En el centro de la plaza, encontraron una extraña caja de hierro con lo que parecía una tapa de alcantarilla en la parte superior. Winter decidió utilizarla como pódium.

De todos modos, una oportuna ejecución consiguió que la inauguración de la feria se convirtiera en un éxito multitudinario. Sonaron las trompetas y, antes de que Winter pudiera subir al pódium para exhortar a sus futuros clientes con un “¡De prisa! ¡De prisa! ¡De prisa! ¡Entrad! ¡Entrad todos!” en solaranto (Hetzen! Hdter! Macht's schnell! Avanti único! Bi istigh todos!), la feria se llenó de una emocionada multitud de jins, hombres, mujeres y niños, todos comportándose como si fuera Martes de Carnaval. Pero los asistentes miraban a todas partes excepto a los lados.

Llegó una bandada de pájaros. Winter levantó la vista, esperando una bandada de golondrinas o vencejos (en muchas de las Cúpulas del Solar había pájaros, ya fuera por diseño o por accidente), pero lo que se le venía encima era una lluvia de flechas.

Librodot

La multitud gritaba, reía y esquivaba las flechas mientras caían, en un mortífero juego de "Tocar y Parar". Todo el mundo aplaudía cuando algún desgraciado recibía un flechazo. La zona de ejecuciones destilaba crueldad.

Entonces, el retumbar de los gongs y el trote de dragones de madera anunciaron la procesión que avanzaba hacia las horcas: arqueros con anticuadas armaduras negras y cascos con celada, músicos armando ruido y heraldos con enormes carteles en los que aparecían ideogramas dibujados en color escarlata.

—Nombre, rango y número de serie del verdugo—susurró Oparo a Winter en terrestre—. Es un honor que se otorga a todos los oficiales, junto con la idea jin de una espada.

—No se parece a "El Mikado"—murmuró Winter—. Mira. Koko jamás hizo una entrada como ésta.

Observó al verdugo que, con su túnica escarlata, acaba de bajarse de un palanquín rojo abierto, agarrando el extremo de una cuerda con la que llevaba a su víctima sujeta por el cuello. El pobre hombre parecía una bestia salvaje.

—Probablemente, le han detenido por algo grave—dijo Oparo—. Por eso van a ahorcarle.

—¡Dios! Esta gente quiere sangre.

—Pues aún no has visto lo mejor. También practican el tiro al hombre y el desmembramiento—gruñó Oparo.

—Espero no verlo nunca.

La procesión subió por la rampa, desfiló por la piqueta hacia una de las horcas vacantes, donde el verdugo ató el extremo libre de la soga. Dio un paso atrás e hizo una señal a los guerreros. Estos colocaron las flechas en sus anticuados arcos y empezaron a disparar contra las extremidades de la víctima: pies, rodillas, brazos... El hombre se movía e intentaba esquivar. La multitud aulló en un rugido final cuando, en uno de sus agónicos movimientos, el condenado saltó por el borde del patíbulo, agarrándose frenéticamente a la soga mientras los arqueros le disparaban a las manos. Un último estremecimiento, y el reo quedó inmóvil.

—¡Hai! —gritó la multitud, antes de volver a los entretenimientos menores de la feria.

Y aun así, mientras el espectáculo continuaba, hora tras hora, condujeron a Winter hacia la pista que esperaba. Advirtió que los que más dinero gastaban eran hombres y mujeres que tenían una cosa en común: a todos les faltaba una mano. Se lo comentó a Oparo .

—Ladronzuelos de segunda—fue la respuesta del jefe de la Mafia—. Si no cometes robos importantes, los jins te cortan una mano, aquella que utilizas. Eso ahorra Gran Dinero a los demás.

Winter asintió en amistoso silencio. Llegó a sus propias conclusiones interiores, y entró en la tienda de la bailarina del vientre, donde la joven estaba actuando —nada mal, por cierto— para un centenar de lujuriosos entusiastas. Winter le hizo el letal signo maorí. Los ojos de la muchacha brillaron en respuesta, saltó del escenario bailando y empezó a seducir a los espectadores, de uno en uno, hasta que Winter le hizo el signo de gig. Cuando terminó el espectáculo, su audiencia se marchó, no sin hacer algunos comentarios hirientes dedicados al tipo que, con toda seguridad, estaría ahora en el camerino de la bailarina. Winter salió con las ropas del jin y el rostro disimulado con

maquillaje. No se molestó en comprobar si había dejado al tipo inconsciente o muerto. Tampoco le importaba.

Pagó su entrada para ver el espectáculo de la encantadora de serpientes, complacido de que el gorila de la taquilla no le reconociera. Le complació todavía más que Bárbara tampoco le identificase cuando, al acabar el espectáculo, se quedó en su asiento de espectador. Cuando la joven le ordenó que se marchara, supo que nadie le reconocería, y salió a la feria. Pero no fue un paseo al azar. "Perdiguero" estaba buscando su propio i-shou, que no significa "perdiguero" en jin. La traducción más exacta sería "una mano". Winter empezaba a ponerse tenso. Su táctica era larga y trabajosa .

Por fin vio a una posible candidata. La identificó por la extraña manera de coger con la mano derecha el cambio que le tendía el comefuego.

—Debe de ser zurda—pensó—. Veamos.

No fue fácil, porque la mujer llevaba mangas muy anchas y largas. Era una mujer regordeta, fuerte y bien vestida, pero sin cosméticos, demostrando que no sentía el menor rubor por pertenecer a la clase baja. (Las nobles jin preferirían morir a aparecer en público sin ir completamente maquilladas.)

Winter consiguió su oportunidad cuando la mujer se detuvo en la cabina del mago hindú, mientras éste hacía trucos (viejos) con un sombrero. Sacaba conejos y palomas, y una de las aves voló hacia ella. Levantó las manos para protegerse, un gesto instintivo... Y le faltaba la izquierda.

Cuando salió de la feria, la siguió. Pensaba que, si era una ladrona con conexiones en los bajos fondos jin, quizá podría localizar la entrada hacia la mina Meta gracias a ella. Seguramente, tendrían información, y Winter estaba dispuesto a comprarla con su irresistible oro rosa.

Os estaréis preguntando por qué actuaba en solitario, en plan Robin Hood, por decirlo de alguna manera. Había dos razones. El precio que había pagado para conseguir la cooperación de la Mafia Maorí fue su solemne promesa de que no haría nada que pusiera en peligro sus conexiones Meta en Tritón. De hecho, Oparo se negó a proporcionarle cualquier información que pudiera servirle de ayuda. La segunda razón se hará obvia muy pronto.

La perdió entre las calles y callejones llenos de ajetreados culíes, buhoneros, mercaderes y burgueses acomodados... La mujer pasaba por una tumultuosa intersección de cinco calles. Y de repente, ya no estaba allí.

Winter corrió hacia la intersección e intentó mirar en las cinco direcciones al mismo tiempo. Había demasiada gente, y la mujer no era tan alta como para sobresalir entre la multitud.

—Zolstligen in drerd!—murmuró amargamente.

Sentía que el tiempo se le agarraba a la garganta como un garrote. Con ojos enloquecidos, lo examinó todo en busca de una pista, desde una sofisticada sastrería donde se vendían trajes extranjeros (hsi-fu-chuang), hasta un grupo de culís que jugaban a los chinos junto a una máquina tragaperras.

Los jins son unos jugadores empedernidos, desde los chinos a los naipes, desde los dados, el fan-tan y la ruleta a los ordenadores. Las autoridades no podrían evitarlo aunque quisieran, así que se resarcen cobrando unos impuestos avasalladores sobre las máquinas públicas de juego para competir con las ilegales. Casi siempre se consigue obtener un porcentaje por cada moneda invertida.

"Casi". Porque los jins son extremadamente mañosos, y pueden trucar cualquier apparat. Auténticas hordas de máquinas tragaperras funcionaban sin obtener el porcentaje adecuado de ganancias. No se encontraba ni una moneda en las cajas de monedas. Desesperada, la Comisión de Juego anunció una recompensa de un millar de Syces y el perdón absoluto para el estafador si daba un paso hacia adelante y confesaba cómo lo había hecho. El tipo apareció con una sonrisa en los labios, recogió su recompensa y reveló que había estado utilizando monedas de 1/4S modeladas en CO2 congelado, que se evaporaban en cuestión de minutos.

Otro truco de las máquinas, que había pasado inadvertido para la comisión, fue detectado por el sentido fane inconsciente de Winter. Obtuvo una dolorosa recompensa.

No podía quedarse quieto en medio de la intersección, no podía correr el riesgo de llamar la atención. Se acercó a la máquina tragaperras y empezó a depositar monedas mientras pensaba a toda velocidad. ¿Seguir adelante, buscando en todas direcciones, intentando localizar una pista? ¿Volver a la feria y empezar otra vez desde el principio? ¿Intentar hablar con alguien en solaranto? "Oiga, amigo, ¿ha visto últimamente a una mujer con una sola mano?". Sí, seguro.

Contempló la máquina tragaperras, que mostraba combinaciones de flores, en vez de frutas: shih-chu (clavel), pai-he (lila), ch'iang-wei (rosa), pensamiento, margarita... No estaba de humor para apreciar la estética jin, pero se dio cuenta de que la rosa aparecía en la tercera pantalla de la derecha cada vez que jugaba, cancelando los premios, como el limón de Las Vegas.

—La máquina está trucada —murmuró, depositando otra moneda y tirando de la palanca—. Nunca le dan una oportunidad a nadie. La Comisión debe de estar encantada con este cacharro, todo son beneficios. Ahí está Rosa, haréis bien en recordarla... Pero ¿dónde demonios está Ofelia i-Shou? ¡Al infierno!

Depositó una moneda más. Otra vez la rosa. Invirtió una última moneda antes de volver a la feria, y mirabile visu, vio a su Ofelia al final de uno de los callejones de la derecha, todavía hablando con alguien.

—¡Esto se pone al rojo!—gritó alegremente mientras se lanzaba hacia el callejón.

Para cuando llegó, la intersección donde viera a su presa por última vez estaba vacía, pero allí había otra máquina tragaperras, esta vez con el símbolo de la rosa en la primera pantalla de la izquierda. Un extraño cosquilleo sacudió la consciencia de Winter. Dejó caer una moneda por la ranura y pegó un salto: las pantallas cambiaron de imagen, pero la Rosa del Recuerdo volvió a aparecer en la de la izquierda.

—¡Dios!—murmuró—. ¡Dios!

Corrió hacia la izquierda, empujando a la multitud a su paso, y allí estaba la mujer. El cosquilleo le había dicho la verdad.

Siguió adelante, ya sin asustarse cada vez que perdía de vista a su i-Shou, pero prestando atención por si aparecían más máquinas tragaperras en puntos estratégicos. Ya no gastaba más zapatos de 1/4S. Sabía que había captado la pauta. Rosa a la izquierda, gira a la izquierda. Rosa en el centro, sigue adelante. Rosa a la derecha, gira a la derecha. Y el símbolo nunca cambiaría de posición, sin importar lo a menudo que se jugase con la máquina, sin importar qué otros símbolos aparecieran, ya que jamás aparecería más de una rosa a la vez.

"Es el truco perfecto—pensó Rogue—. Me gustaría conocer al genio que preparó este truco.—Vio otra indicación para que girase—. ¿Y qué civil lo descubriría? Los que pasan de

cuando en cuando, no. Pensarían que sólo es mala suerte, y se encogerían de hombros. La Comisión tampoco se preocuparía por ganar demasiado dinero. Y la pasma ni siquiera soñaría con que los bajos fondos estuvieran usando una flor como señal. Suivez-moi. Es un milagro que me haya dado cuenta. “

Como ya se ha dicho, este séptimo sentido fane era un proceso inconsciente.

Cuando volvió a ver a su i-Shou, la mujer se disponía a entrar en un pabellón que parecía a punto de derrumbarse. Sobre la puerta, colgaba un dibujo de tres rosas.

—Aquí—murmuró .

No se sentía muy valiente, pero sí decidido.

“Bien por la Fase Uno—se dijo a sí mismo. Consultó su cronómetro—. Quedan cinco horas. ¿Cómo preparo la Fase Dos? Si esto es una cofradía secreta, estará muy vigilada, así que es inútil ofrecer sobornos. No. Entonces, ¿qué? ¡Cristo, cuántas tonterías estoy haciendo! ¿Qué? ¿Qué?— Pensó a toda velocidad, luego asintió—. Lo mismo que con los mamuts. Nada de combatir su astucia. Deben de tener unos cuantos genios en sus filas para haber planeado el asunto de las tragaperras. Que sean ellos los que intenten adivinar mis planes. Quizá no soy tan brillante en estrategia, pero sí en mentiras y en dar pistas falsas...”

Dio una vuelta por los alrededores, esbozando un plan. El pabellón se encontraba en una plaza llena de vida, comercios, oficinas, etcétera.

De un salón de té salía música.

El agente de una empresa fúnebre ofreciendo “Cajas de Mucha Edad” y “Trajes de Mucha Edad”, el eufemismo jin para denominar los ataúdes y las mortajas.

Un cambista. La puerta de este último tenía unas cortinas de cordones de cobre, una moneda jin aún más pequeña que el Gran Dinero.

Una farmacia.

Un cuchillero, con un escaparate lleno de espadas y navajas.

Fuegos artificiales.

Un carnicero, con un cerdo entero suspendido sobre una parrilla desprendiendo un aroma delicioso.

“El Paraíso de los Placeres Carnales”, que también desprendía un delicioso aroma.

Un templo sintoísta, decorado con un pez de madera porque los peces, como los dioses, nunca cierran los ojos.

Así que Winter improvisó un tumulto. No contrató a las damas del “Paraíso” para que corrieran desnudas por la plaza, como algunos podrían pensar, sino que entró en la tienda de fuegos artificiales. Compró una docena de cohetes de Calisto, sin importarle demasiado los colores. Entregó 1/2 Syce al cambista a cambio de más cordones de cobre de los que necesitaba, sin discutir acerca de la tradicional comisión. Ató los cordones a los palos de los cohetes mientras una pequeña multitud de culíes curiosos se agrupaba en torno a él. Frente a la puerta de la tienda, encendió los cohetes, que

salieron disparados con un espectacular despliegue de colores... y una ducha de calderilla. Lanzó los últimos cordones al cielo. "Hai", gritaron los culís mientras se lanzaban a por el cobre. Winter ya tenía su tumulto.

Al igual que el pabellón. Salió un hombre, echó un vistazo al exterior y gritó una orden a alguien que había dentro. Una pequeña cuadrilla de guardias se reunió con él, e intentaron acabar con el tumulto. A Rogue le resultó sencillísimo entrar en el pabellón sin que nadie le viera.

Si el exterior era desastroso, el interior resultaba todavía peor. Atravesó un pequeño laberinto sin ver a nadie, y pronto se encontró en una sencilla habitación, con unos cuantos bancos y taburetes por todo mobiliario. Las paredes estaban mohosas y llenas de bichos, el techo tenía goteras, y no podía haber más grietas en el suelo.

—Jigjiz—murmuró—. Creí que el crimen era rentable. Aquí no viviría ni un mamut. ¿Habré metido la pata al seguir a esa tía i-Shou?

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, advirtió que entraba algo de luz por entre los tablones del suelo. Buscó durante unos instantes, sin tomar demasiadas precauciones—el pandemónium del exterior cubriría cualquier ruido que hiciese— y por fin localizó un tramo de escalera, medio oculta bajo un montón de telas llenas de piojos. Hizo una mueca de asco, pero tuvo que apartar a un lado los repugnantes trapos para tener el camino libre. Tras bajar unos peldaños, llegó a ver el sótano. Se quedó atónito.

El único mueble era un largo baúl plano, situado en el centro.

Un culí vestido de azul se encontraba tendido sobre el baúl, con el brazo izquierdo a lo largo del cuerpo y el derecho extendido, con la manga enrollada y la mano sobre una palangana blanca llena de algo humeante. También salía vapor de dos cofres blancos situados al lado de la palangana. Cuatro mujeres sujetaban al culí contra el baúl, y su i-Shou reía y bromeaba con él. El culí intentaba devolver las bromas. No resultaba muy divertido, porque un cirujano jin, con instrumental moderno, le estaba amputando la mano.

La mano era una enorme zarpa de campesino, y estaba crispada en torno a algo. Y la mano tenía el brillo rojizo del ámbar, del hierro al rojo, de una gigantesca estrella roja, de una nova agonizante... De pronto, Winter comprendió la increíble pauta.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Como los negros que se hacían cortes en la piel para sacar diamantes de contrabando dentro de las heridas, en las minas africanas. Estos jins sacrifican una mano para robar Meta. Los guardias sólo se aseguran de que no lleven recipientes criogénicos. ¿Quién creería que existe alguien tan tonto como para tocar los cristales con las manos desnudas?

"Pero no son tontos. Un miserable culí puede vivir toda su vida rodeado de lujo y honores, a cambio de una mano que también podría perder en un accidente de trabajo. Pero sólo pueden cometer un único robo. El contrabando de Meta a gran escala debe utilizar... ¿Qué? Oparo dijo que eran ladronzuelos de segunda. Tenía razón, pero ¿sabrá quiénes son los de primera? Sí, seguro que sí. ¿Cómo podría sonsacárselo?

—Muchísimas gracias, Rogue, nene—le dijo una voz familiar.

Winter giró sobre las rodillas. Tomás Young, el brillante exobiólogo de Tierra, el Ta-mo Yung-kung de Tritón, el Duque Manchú estaba junto a la escalera. Con una escuadrilla de sombríos guardias tras él.

Librodot

El caballo de Troya

“En los duelos hay que cuidarse del falso ataque. Es una maniobra que deja el camino abierto a una herida mortal. “

MOSQUETERO D'ARTAGNAN

Sí, Tomás Young consiguió distanciarse de nosotros utilizando una argucia totalmente nueva. Era increíblemente versátil, estaba instruido en todas las artes y ciencias, y sabía utilizarlas a la hora de inventar artimañas y trucos originales con los que mantenerse siempre a un paso por delante de nosotros.

Un botón de muestra. Sabíamos que una de sus actividades secundarias, Inteligencia aparte, era el apoyo, entrenamiento y dirección de la Organización para la Liberación del Solar; como se puede deducir por el nombre, la OLS se dedicaba a la liberación. ¿Liberación de qué? De todo aquello a lo que los parias resentidos del mundo culparán de sus desgracias: republicanismo, capitalismo, socialismo, marxismo... Llamadlo como queráis que intentarán derrocarlo por impedirles su legítimo acceso a lo más alto.

En realidad, era un arma enarbolada por la aristocracia jin, de mentalidad feudal, dispuesta a que el Solar volviera a los buenos viejos tiempos de los barones y los siervos, mediante la destrucción de la actual estabilidad política y legal, utilizando el terror como herramienta. Resultaba imposible relacionar a Young con todo esto debido a que su reclutamiento y entrenamiento por la OLS se había llevado a cabo en las cúpulas de Titán.

Una vez conseguimos infiltrarnos en la OLS y, con ese sentido que detesto, me di cuenta de que nos esperaba el desastre. Envié uno de nuestros mejores agentes—nombre código: Terrier—a la Cúpula Brisbane. Se hizo notar peleando, destrozando y matando, hasta conseguir que lo reclutaran. Terrier podía ser implacable cuando la misión lo requería.

Una de las pruebas que tienen que pasar los aspirantes a terrorista es “La Habitación Negra”. Desnudan por completo al candidato para impedir que tome notas, y le meten en una habitación totalmente oscura, equipado sólo con una linterna. La habitación es una sala de estar totalmente amueblada y el futuro terrorista dispone de cinco minutos para examinarla y memorizar todo su contenido.

Cuando sale, se pone a prueba su memoria consciente; cuántas sillas, cuadros, mesas, lámparas, ventanas, etc. Es lo que se le pidió recordar. A continuación se examina su memoria subconsciente: dónde estaban situadas las sillas, cómo estaban tapizadas, las cartas de los que jugaban en la mesa, cómo vestían los jugadores, qué se veía en los cuadros, describir las pantallas de las lámparas, las cortinas..., en fin, todos los detalles que no se le pidió que recordara.

Terrier entró en ella, pasó cinco minutos tomando nota mental de todo, salió fuera y, al momento, le asesinaron. ¡Maldito Young! La Habitación Negra estaba iluminada con luz negra y el tatuaje invisible que lo identificaba como un TerraGardai se hizo visible para sus sensores. ¡Maldita sea mi estampa! Debí preverlo. Lo descubrí mucho más tarde. En aquel momento, lo único que sabía era que habíamos perdido a nuestro mejor hombre, spurlos verschwinden, y yo quedé confinado en la Tierra, vigilando a Young, aguardando a que se sacara otro truco de la manga.

Controlábamos sus movimientos, y él lo sabía. Nosotros sabíamos que lo sabía. Y él sabía que nosotros sabíamos que lo sabía, y así ad infinitum. Son gajes del oficio. Dábamos por supuesto que, en cuanto hiciera el menor movimiento para abandonar la Tierra, lo detendríamos con una

excusa u otra. Young no lo sabía con tanta seguridad, pero nos había hecho lo mismo en Tritón, y estaba preparado para una eventualidad semejante en Nueva York.

Yo había alquilado un apartamento en la planta superior de un edificio situado frente al de Exobiología de la Universidad, e instalé una Garda, nombre clave: "Abuelita Moisés". Controló todas sus idas y venidas, notificándoselas al C. G. por onda corta. Así no desperdiciábamos tiempo teniendo a un montón de gente que vigilase el edificio a la espera de que saliera o entrara. A diferencia de lo que pasa en las novelas, solemos encargarnos de más de una misión a la vez. Dirijo una orquesta en la que todo el mundo tocaba dos o tres instrumentos.

El manchú no tenía un pelo de tonto, y sus antenas detectaron a Abuelita. Lógicamente, no lo demostró; siguió tratándola como trataría cualquier vecino a una vieja que se dedica a fisgar por entre la ventana. Empezó poniendo mala cara; después le sonrió; y, finalmente, hasta la saludaba. Le dije a Abuelita que siguiera con el juego y le respondiera de la misma manera. Hasta llegaron a mantener conversaciones por señas.

Y una mañana sucedió lo inaudito. Tomás llegó a Exo a su hora habitual, y Abuelita informó que estaba dentro. Y que seguiría allí bastante rato, como tenía por costumbre, por lo que su sombra podía largarse a otros menesteres. Pero, en vez de quedarse dentro jugando a exobiólogo con su ordenador, el manchú se personó en la ventana del décimo piso—situada directamente frente a la de Abuelita—, y le dedicó un trágico saludo. Abuelita se lo devolvió, también tristemente.

"Éste es un mundo asqueroso", le dijo por señas, y ella le devolvió el mismo mensaje, preguntándose qué infiernos se traería entre manos. Al final lo descubrió. Young abrió la ventana, le lanzó un beso de despedida y saltó.

Abuelita le vio caer, agujereó los tímpanos del C. G. vía onda corta, y se abrió paso hacia la calle, llegando al mismo tiempo que los tres agentes, que frenaron en seco como si fueran tres aullantes ambulancias. Abuelita Moisés miró la calle. Los agentes miraron la calle. Y se miraron los unos a los otros. No había ningún cuerpo. No había nada. Se había formado una multitud, claro, y cuando consiguieron abrirse paso para entrar en Exobiología, el manchú hacía rato que estaba lejos.

Desde luego, había hecho lo inaudito. Había logrado hipnotizarla a larga distancia. Todo ese saludar, y sonreír, y conversar por gestos con Abuelita, la habían preparado para un acto de ilusionismo a gran distancia. Después, se limitó a subir a la azotea y tomar un silencioso helicóptero, aprovechando la confusión que reinaba en la calle. Era un adversario peligroso y, francamente, me había superado.

Ahora volvamos con el duque manchú y Rogue Winter, en la Cúpula Catay de Tritón. Lo que siguió a la confrontación inicial en la escalera del pabellón fue algo estremecedor. Tres guardias armados, sin traje ceremonial pero con ropas ominosamente oscuras, pasaron ante Tomás y Rogue, disparando con sus láseres a todos los jins del sótano. Dejaron caer la mano cortada con su puñado de nódulos Meta en una de las humeantes palanganas de helio inerte que se hallaban junto al baúl. Dieron media vuelta y esperaron nuevas órdenes.

Ta-mo Yung-ku asintió, y agarró a Winter por el brazo, arrastrándole hasta la plaza, donde había tenido lugar otra carnicería. La escuadra negra del Duque había arrasado el lugar, matando a guardias y culíes por igual, para evitar que nadie escapara. Estaban amontonando tranquilamente los cadáveres, mientras el techo del pabellón seguía ardiendo y los espectadores se alejaban de las ventanas. El Duque manchú contemplaba la escena y sonreía satisfecho.

—Tú y tu patético caballo de Troya—se burló, mientras conducía a Winter por las estrechas callejuelas—. ¿No se te ocurrió pensar que podía tener gente en las Cúpulas Turcas? Los maoríes

Librodot

debieron enseñarle el arte del espionaje a su futuro rey. O mejor aún, el del disfraz. Ese cohete turco pintado como un tótem, y tú disfrazado de jefe indio...¡Puagh!

Winter guardaba silencio.

—De todos modos te debo algo, Rogue. Me guiaste hasta la operación Tsei-fei Tang. Que, por cierto, se traduciría libremente como "La Máquina Tragaperras y la Sociedad Sopaespesa". Por fin podré terminar con los robos de Meta. Es algo que te debo. Laochia! Atajaremos por los campos de ejecución. ¿Presenciaste el espectáculo de esta mañana?

—Sí.

—Si dependiera de mí, y ni se te ocurra la posibilidad de salir corriendo en busca de ayuda, nene... Si dependiera de mí, y depende bastante, tus colegas y tú recibiríais el mismo tratamiento. Me molesta ver cómo condenan a un viejo amigo al miao-chun t'ou.

—¿Al qué?

—Se traduciría literalmente como "Apuntad a la cabeza". Vosotros, los bárbaros, lo llamáis "Tiro al hombre".—Se detuvo al lado de la caja de hierro que Winter había utilizado como pódium y le dio unos golpecitos—. Te encerramos aquí con la cabeza fuera. Los arqueros disparan por turnos hasta que mueras. Es una diversión estupenda. —Young siguió andando sin soltar a Winter—. Pero te haré un último favor, encanto. Si no puedo conseguirte un ahorcamiento y te toca la caja, haré que un francotirador te liquide en cuanto la primera flecha haga brotar sangre. No quiero que se torture al Rey R-og durante una hora. Sería lese majesté.

—Gracias.

—Claro que tus hombres irán al potro de torturas junto a los i-Shou, pero en eso no pienso intervenir. Ya sabes, la función debe continuar.

—Pan y circo—murmuró Winter.

—En Tritón es heroína y circo.—Young lanzó una carcajada y llevó al cautivo hasta el portón de jade, fuertemente vigilado, abierto en un muro circular de oro batido—. Viejo amigo, vas a ser honrado con una visita al Altar del Cielo para que puedas hacer las paces con el Supremo Hacedor.—Dio una orden y el portón se abrió—. Es cosa del cinturón rojo. Hace milagros.

Al otro lado de la dorada pared, se veían nueve terrazas de mármol blanco, dispuestas concéntricamente una encima de otra.

—Importado de Carrara—comentó Young, mientras empujaba a Winter adentro—. Cada círculo representa uno de los nueve cielos. Y el número de losas que componen cada uno, es múltiplo de nueve. El nivel más alto tiene nueve. El siguiente dieciocho. El otro veintisiete, y así sucesivamente, hasta llegar al de abajo que tiene nueve al cuadrado, el número favorito de nuestros filósofos.

En la cima del montículo de exquisitas terrazas había una losa central.

—Esto es Shang-ti, el cielo, el centro del universo. ¿Quieres visitarlo personalmente, Rogue? Mañana, tu alma será su huésped permanente.

Avanzaron juntos hacia el centro del universo, y Shang-ti se hundió de golpe. Fue tan inesperado, que Winter perdió el equilibrio y Young tuvo que sujetarle.

—Tú y tu Caballo de Troya—rió—. ¿Cómo pudiste ser tan estúpido para pensar que podrías localizar esto?

—¿Qué es esto?

—La entrada oficial al depósito Meta.

—¡Un cuerno lo es!

—Un cuerno no lo es.

—¿Para todo el mundo? ¿Para los trabajadores? ¿Para los guardias? ¿Toda esa gente entrando y saliendo por el Altar del Cielo?

—No, no. Es sólo para los V.I.P. Los chien-ch'ang-ti. Los mineros entran y salen por otros lugares de la Cúpula. Ahora ya no hay peligro de decírtelo, pero cuando empezaste el jaleo estabas a quince metros de una entrada.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En el Paraíso de los Placeres Carnales.

El centro del universo siguió bajando, pasando ante misteriosas puertas y corredores, hasta detenerse en una enorme sala cuyo eco reverberaba como en una catedral. Tenía forma circular, y el ascensor era su eje. Rodeándola, había doce puertas, cada una custodiada por un centinela. Al ver a Young, se pusieron firmes.

—Ch'ing-pien—murmuró—. Tranquilo. El cinturón rojo ataca de nuevo. Reverencian al que lo lleva, porque se dice que es exclusivo de los de sangre real. Ven, sígueme.

—¿Adónde?

—Querías ver nuestra mina de Meta, ¿verdad? Pues vamos. No quiero ahorcarte con tu curiosidad insatisfecha, nene. Sería poco amable por mi parte.

Y Ta-mo Yung-Kung, Duque de Manchuria, hizo abrir una gran puerta tachonada.

Winter no pudo evitar una exclamación.

(La paradoja de nuestro tiempo es que, mientras viajamos por la enormidad del espacio, seguimos desarrollando la vida doméstica en pequeños recintos. Nuestro espíritu suspira por grandezas artificiales. No por un gigantesco exterior, sino por un vasto interior. Lo que nuestra alma necesita, es que conquistemos nuestro espacio vital, nuestro lebensraum, a una escala lo más vasta posible. Por eso nos impresionan los enormes interiores.)

Winter se sentía impresionado, pese a las mortales presiones a las que estaba sometido. Se hallaba en una catedral de hielo glacial. La luz que entraba por la puerta abierta, revelaba un techo gótico compuesto por heladas estalactitas. Se asentaba en grandes columnas de hielo que emergían de lecho de lava negra. Una neblina inmóvil llenaba la gélida inmensidad. La tiniebla más absoluta

Librodot

cayó sobre ellos cuando Tomás cerró la puerta a sus espaldas. Poco a poco, su entorno fue iluminándose. La fuente de luz procedía de unas pequeñas brasas encerradas en los pilares.

—Nódulos Meta—dijo Tomás, posando la mano en una de las luces—. De hecho, fue aquí donde se descubrió el Meta hace dos siglos. Por aquel entonces era un túnel muy estrecho. Conocíamos los túneles de lava helada, pero creíamos que eran minúsculas arterias, sólo útiles para ratas y ratones. No nos interesaban demasiado. Como mucho, podían servir de atracción turística, y nunca quisimos visitantes en Tritón.

—Eso tengo entendido.

—Pero un niño, jugando, se metió por un túnel de termitas por el que sólo un niño pequeño podría meterse, y vio ese brillo en la lava helada. Escarbó con un cuchillo de madera, llegó hasta el brillo, y sacó un nódulo Meta. Creyó que era una piedra preciosa.

—Es lo que yo pensé cuando los vi por primera vez. Opalos
pequeños.

—Volvió a casa corriendo. Llevaba consigo su hallazgo, y ni siquiera se preguntó por qué le ardía la mano como si llevase un hierro al rojo... Así fue cómo nació Meta.

—¿Se le recompensó?

—¿Cómo? Murió. Se consumió lentamente hasta morir. De todos modos, aunque hubiéramos querido recompensarle, no habríamos sabido por qué. A nuestros científicos les costó años descubrir lo que de verdad era el tesoro del niño.

—Así que el niño tuvo que conformarse con una muerte lenta.

—No hay manera de parar la nova cuando el Meta empieza el proceso de transformación de la energía.

—Excepto amputando.

—Lo has entendido.

—Lo siento por el chico.

—Ése es el problema de vosotros, los introvertidos; sois unos sentimentales.

—A diferencia de vosotros, los Celestiales elegidos. ¿Por qué no extraéis los nódulos que quedan aquí?

—Hay que mantener el grosor del hielo para que sostenga el techo. El peso es enorme, hasta para nuestra baja gravedad. A veces sobrepasa el límite de ruptura y sufrimos avalanchas de lava que sellan los pasajes, y una rareza que llamamos “Hielo Dum-Dum”. En los pilares estallan fragmentos como si fuesen balas. Cada vez perdemos más culíes por esa causa.

—Ah—murmuró Winter, antes de sumergirse en otro silencio.

Esta vez fue tan ominoso que alertó la antena hipersensitiva de Tomás Young. Sacudió a Winter, haciéndole dar media vuelta, e intentó ver su cara bajo la cruda luz.

Librodot

—Espera un momento—dijo lentamente—. ¿Recibo bien tus vibraciones, Rogue?

—¿Qué vibraciones?

—¿Quizá otro sistema de robo?

—Quizá. Si pueden llevarse medio kilo en una mano, ¿cuánto más en el estómago de un cadáver, por ejemplo? Lo único que hay que hacer es simular un accidente dum-dum, destripar a un hombre, rellenarle a conciencia, y sacar a la triste víctima al exterior, llorando su muerte.

—¿Asesinato?

—Los jins disfrutáis matando por diversión. ¿Por qué no hacerlo por beneficio?

—Así es cómo lo sacan en grandes cantidades. Claro. El brillo de la nova tarda varias horas en manifestarse. Nadie pensaría que dentro del cadáver van veinte o veinticinco kilos de Meta. Es cosa de profesionales. Si sólo fuera un caso aislado, podría pensarse en un tipo ambicioso. Pero el asesinato sistematizado es algo estrictamente profesional. ¿A quién crees que eligen como cabeza de turco?

—A cualquiera que no les caiga bien. Un bocazas. Una mujer que ha rechazado a alguien. Uno que se encapricha demasiado de tu abrigo. Un tramposo. Un estafador. Un traficante...

—¿Tu Mafia organizaría el asunto?

—Probablemente. La verdad es que no estoy seguro. Puede ser algo que dependa del rey Maorí, pero no me lo cuentan todo.

—Es igual. El caso es que tienes más puntos a tu favor, Rogue.

—Gracias.

—Me gustaría no tener que matarte. Podría utilizar tu capacidad de síntesis—suspiró el manchú—. ¿Has visto bastante?

—Esto no puede ser toda la mina madre.

—¡Claro que no, por Dios! No puedes verla entera debido a la oscuridad, pero la caverna se prolonga kilómetros y kilómetros. Ésta es la sección agotada que utilizamos como muestra. Nuestra función para dignatarios visitantes. La mina en sí está compuesta de túneles, barrancos y lechos, abarrotados de culíes y maquinaria. —Tomás volvió a suspirar—. Vamos, nene, resolvamos de una vez por todas lo de tu juicio y ejecución. Ni siquiera intentaré convencerte de que te conviertas en traidor y te unas a nosotros. Sé perfectamente que has nacido cabezota.

Young nunca había aflojado la firme presa que mantenía en el codo de Winter. Le llevó hasta la puerta y llamó siguiendo el código acostumbrado. Se abrió y entraron en la luz cegadora de la antesala, justo a tiempo de ver a un grupo de culíes cruzando una puerta y descargando la última caja alargada de un grupo de veinte. Cada una estaba marcada con una luna y una estrella roja.

—¡Ah! El truco final—sonrió Young—. Vas a poder ver un pago de nuestros amigos turcos. Ahmet Troyj es el cliente que mejor atendemos. Sus envíos nunca llegan tarde, nunca tienen que ser comprobados y su caballo es siempre de la mejor calidad. ¿Quieres un par de dosis para anestesiar futuras incomodidades, Rogue? Podríamos considerarlo tu último viaje.

Librodot

Pero, cuando los guardias y los culíes abrieron las cajas con alegre anticipación, de cada una surgió un asesino maorí armado. Durante un caótico minuto, la antesala vibró con el eco de la lucha y los gritos de la matanza. Ahora le tocaba a Winter sujetar con fuerza el brazo del asombrado manchú.

—Éste es el Caballo de Troya, Tom, nene—dijo complacido, alejando al sorprendido hombre de los Cuchillos de Tajo y las salpicaduras de sangre—. Esperaba que mis comandos llegasen a tiempo, pero no estaba seguro. Tengo que darte las gracias por facilitármelo tanto.

Chincha, el enorme jefe de los comandos, manchado y empapado de sangre, se acercó a Winter.

—¿Nos apoderamos ya de la mina? Oparo y los demás esperan que des la orden.

—¿Qué? ¿Apoderarse? ¿Nuestra mina?—balbució Ta-mo—. Estás loco. Todos estáis locos.—Consiguió recuperarse de la sorpresa—. Si te rindes ahora, Rogue, seré piadoso.

Chincha apoyó implacablemente la punta del Cuchillo de Tajo en la garganta de Young.

—Somos un centenar y valemos por un millar de los vuestros. Nos apoderaremos de la mina.

—¡Nunca!

—Y negociarás con nosotros siguiendo nuestras condiciones.

—¡Nunca!

El cuchillo hizo saltar una gota de sangre de la garganta de Yung-ku, pero hay que hacer constar que el manchú ni siquiera parpadeó.

—Negociarás con nosotros—repitió Chincha—, o convertiremos Tritón en una estrella enana utilizando el Meta. El rey R-og lo ha ordenado así.

—¿Estás loco, Rogue?—gritó Young—. ¿Es verdad que has ordenado ese holocausto, ese Gotterdammerung?

—Ordené un ataque—respondió Winter—, y la Mafia Maorí está dispuesta a llegar hasta el final. Pero no tendremos que hacerlo, Chincha—añadió.

El jefe de comandos le dirigió una mirada de sospecha.

—Al menos, no esta vez —sonrió Winter—. Tenemos en nuestro poder la principal carta de Tritón. Tenemos al Duque de la Muerte manchú, y vale más que el Rey de las Minas y el As de las Novas. Él nos hará ganar todas las bazas. Tú te quedas con el Meta y yo recupero a mi chica.

—¡Todavía no has ganado, maldito loco!

—¿Ah, no? Llévatelo, jefe. Saldremos por la puerta de los V.l.P., a través del centro del universo, para unirnos con Oparo.

—Jamás conseguirás sacarme de Tritón, Rogue.

—¿Ah, no? Pásame el cinturón rojo, vamos. Es el pasaporte para que mis hombres y yo podamos salir de aquí.

—¡Idiota! Soy Ta-mo Yung-kung. La gente me reconocerá aunque no lleve el cinturón rojo.

—¿Y piensas hacer algo?

—Una palabra mía en la entrada y tus cien hombres serán torturados en el potro. Ríndete, Rogue. No tienes ninguna oportunidad. Te prometo que tendré piedad, y yo siempre mantengo mi palabra.

—¿Tomamos entonces la mina?—gruñó Chincha.

—No, tomamos al Duque.

12

Tablas con Tritón

"Sé cortés y compórtate con educación al encontrarte con tu
adversario. Que tu valor sea tan afilado como tu espada,
pero también igual de pulido."

RICHARD BRINSLEY SHERIDA~

Y pasaron por la principal salida de Catay llevando al Duque de la Muerte sin encontrar nada digno de mención; de hecho el Manchú no podía mencionar nada en absoluto. En primer lugar le habían paralizado con AGA (ácido gamma-aminobutírico sacado del maletín de primeros auxilios de la Garda Barb), que puede convertir a un mamut de Ganímedes en algo tan manejable como la arcilla. Y en segundo lugar, le sustituyeron por el contorsionista maorí envuelto en vendajes de momia egipcia. Nadie podía verle ni oírle. Y, en definitiva, se comportó como un buen Duque de la Muerte.

No se comportó tan angélicamente cuando le devolvieron en la nave que les llevaba a Ganímedes; el efecto del AGA desaparece en unas cuatro horas, y las pasiones contenidas reaparecieron con renovado vigor. El espacio es algo hermosamente silencioso, pero Young entretuvo a los pasajeros con el furioso golpear de sus pies contra las mamparas de su cubículo, como si estuviera interpretando un solo de percusión en un concierto.

—Deberíamos quitarle los zapatos—dijo Winter.

—¿Por qué no le enfriamos un poco antes de que empiece a golpear con la cabeza?—sugirió Barb—. Lo querrás más o menos compos mentis para la negociación.

Winter asintió, descontento. Estaba enfrentándose a las pautas más inestables y explosivas de toda su vida. ¿Cómo puedes convencer, persuadir, y/o sacarle algo a un adversario que no se derrumbará bajo ninguna clase de tortura física conocida, un adversario que lleva tres cuartos de siglo dominando la vida y la muerte?

—Hablando de cosas inamovibles—murmuró—. Y yo no soy ninguna fuerza irresistible.

Librodot

Sabía lo que quería del Manchú: un contrato férreo con la Mafia Maorí para el comercio del Meta—lo había prometido para conseguir la colaboración de Oparo—, y que le entregara sana y salva a su chica—se lo había prometido a sí mismo—. El problema era cómo sinergizar algo semejante de un rehén que sólo ansiaba un retorno al status quo celestial y que los Bárbaros Interiores recibieran su castigo.

—Habrá que utilizar el Duodécimo Mandamiento, nene. Sea lo que sea—murmuró.

Abrió la puerta y entró en el cubículo.

—Buenos días, buenos días, buenos días, señor Young. Saludos, saludos, saludos y bienvenido, bienvenido a bordo. Me llamo Winter, aunque todos me llaman Guaperas Winter. Soy el encargado de que tenga un viaje feliz a bordo de nuestra feliz nave. Le informo que a la hora de la comida tendrá que ser jurado de un concurso de belleza: diez encantadores encantos por los que espero no se dejen sobornar, ja, ja... También de un campeonato de tenis, de un thé dansant, y de. ..

Young gruñó.

—¿Te duelen los pies, Tom?

Young volvió a gruñir.

—No te parece divertido, ¿eh?

—En absoluto.

—Bueno, no puedes culparme por intentarlo. La tripulación me ha informado de que estás descontento.

—No me parece la expresión apropiada.

—¿Furioso?

—Es más acertada.

—¿Ardiendo de ira?

—A doscientos grados.

—¿Conjurando horrores eternos para mí y para los míos?

—Tú lo has dicho.

—¿Cuál es tu versión del horror, Tom? ¿Pisotearnos hasta la muerte con tus piececitos?

—Demasiado cansado.

—¿Mucho ruido?

—Demasiado rápido.

—¿El potro?

Librodot

—Sigue siendo poco lento.

—¿El tiro al hombre?

—Demasiado definitivo.

—Se me están acabando los horrores.

—¿Tus bárbaros maoríes no tienen ideas más ingeniosas?

—Eso sí que resulta interesante, Tom. Hemos efectuado una regresión hacia lo que vosotros los Celestiales consideráis simplista. No creemos en la emoción de la matanza. Lo nuestro es el matar de prisa, y punto. Ya lo viste en la mina. Corta-corta y adiós-adiós.

—¿Para qué me mantenéis vivo, entonces?

—¿Quién ha hablado de matarte?

—Si no, ¿a qué viene el secuestro?

—Piensa un poco, Tom. No podíamos salir de Tritón sin ti.

—¿Y de qué os serví, envuelto como una momia? Me reiría si no estuviera ahogándome en vejaciones.

—¿Tuyas o nuestras?

—Ambas.

—Ah, pero la tuya nos ha proporcionado la nuestra. Magia simpatética, ¿eh? Por cierto, tu cinturón funciona de maravilla; aquí lo tienes, con mi agradecimiento. Lo han lavado y planchado para ti. Debiste recibirlo de Ahmet Troyj. Felicidades.

—Ja. Ja. Ja.

—¿Te ríes cuando te insultan?

—Vamos, Rogue, ¿qué diablos quieres?

—Como si no lo supieras.

—Me gustaría oírtelo decir.

—Lo único que queremos es ser amigos, Tom.

—¿Quiénes “queremos”?

—Maoríes y jins.

—¿Cuál es tu versión de un trato equitativo?

—Esa palabra sagrada, reverenciada a lo largo de la historia... Compañerismo. Es lo que marca la diferencia entre matrimonio y divorcio.

Librodot

—¡Vamos, vamos!

—¿Hablamos en serio, Tom?

—¿Cuándo hablas tú en serio?

—Entonces, en pragmático.

—Prueba a ver.

—Queremos ser socios en lo del Meta.

—¿Qué?

—Estoy hablando de los maoríes. Al infierno con el Solar. Fastidia lo que quieras al resto del Solar, pero no a nosotros. Queremos asociarnos contigo. Trabajaremos juntos, y tú seguirás al mando, Tom. Sólo queremos el Meta que necesitamos a un costo razonable, y tus jins seguirán controlando la situación. Un negocio práctico.

—Nunca.

—Escucha, ¿qué porcentaje de tu mercado somos nosotros? Menos de un uno por ciento. Eso es lo único que perderéis. ¿Y qué conseguiréis a cambio? Diez veces más, porque acabaremos con el contrabando. Un buen pellizco. Es un trato condenadamente bueno para los dos, Tom.

—Nunca.

—Desde luego, los inescrutables sois una raza aparte. ¿Por qué nunca? Y dos veces, además.

—Porque me has enseñado cómo acabar con las filtraciones.

—Nene, nene, la Mafia acabará ideando un nuevo truco.

—Tu maldita Mafia nos sangrará de todos modos.

—¿Cómo?

—¿A cuánto venderían el Meta al Solar si se lo proporcionamos a un costo razonable?

—Una pregunta razonable. Y bastante aguda, pero tengo la respuesta. En vez de que la Mafia se una a vosotros, vosotros os unís a la Mafia. Robaréis juntos muy felices y comeréis perdices.

—¡Tú estás loco!

—¿Por qué no? No sería más que otra de tus actividades secundarias. Odessa Partridge—que te envía afectuosos saludos— me contó lo de tu tapadera de Soho Young y el falso círculo de agentes que controlas. Así controlarás también la Mafia, y además, te embolsarás tu porcentaje.

—¿Y se supone que debo creer que renuncias así como así al tuyo?

—¿Renunciar a qué? Ya soy el Rey Maorí Dos Muertes, y hasta ese título me viene grande. No quiero tomar parte alguna en todo esto. Puedes quedarte con todo.

Librodot

—Puedo quedarme con todo sin tu ayuda.

—Mientras seas mi huésped, difícil lo veo.

—¿Mi libertad es parte del trato?

—Naturlich .

—¿Y qué más?

—Quiero recuperar a mi chica.

—¿Tu chica?

—Mi titánida. Te ofreciste para aconsejarla durante el embarazo, ¿recuerdas?

—No la tenemos.

—Lo sé . Pero tengo la intuición de que tus agentes saben dónde está, aunque no tienen acceso a ella. ¿Me equivoco? Ponte en mi lugar, Tom. Hay mucho en juego.

—¿De qué te serviría saberlo?

—Si sé dónde está, podré recuperarla. ¿Sabes dónde está, no?

—Sí. Cierto, y ése es mi as en la manga.

—Quizá. Quizá. Los negocios primero.

—No.

—¿No a qué? ¿Al Meta? ¿A la liberación? ¿A la chica?

—No a cualquier clase de cooperación contigo. Nunca. ¿Qué carta vas a jugar ahora? ¿La de la muerte?

—Eso está fuera de lugar, Tom. Te necesito tanto como tú a mí.

—¿Me torturarás?

—Es una posibilidad.

—¿Te contó Odessa Partridge que me capturaron los zulúes de Ganímedes y me pusieron en una parrilla para sacarme la información a fuego lento? No lo consiguieron.

—Te creo.

—Todavía no se ha inventado la tortura que pueda conmigo, y he sufrido algunas especialmente salvajes.

—Eres todo un desafío.

Librodot

—No obtendrás de mí más que lo que yo quiera darte.

—¿Y qué quieres, Tom? ¿Cuál es tu precio?

—¿Tenéis chimeneas en vuestra cúpula?

—¿Estás charlando o negociando?

—¿Tenéis?

—Sólo en el palacio real y en las casas de los jefes de tribu. Oparo, Chincha y los demás. Es un símbolo de posición social.

—¿Con pieles de oso curtidas ante ellas? ¿La cabeza entera y la piel del cuerpo?

—Con mamuts. No resultan muy atractivas.

—Yo también tengo chimenea. Y quiero tu cabeza disecada y el resto de tu piel como alfombra. Quiero terminar contigo separándote la cabeza del cuerpo despellejado. ¡Muy lentamente!

—¿Mientras grito en do menor? No sé por qué, pero me da la impresión de que no me aprecias demasiado, Tom.

—O mejor aún.. . ¿Qué me administró esa mujer Garda?

—Un derivado del AGA. Inteligencia lo utiliza para que las serpientes de cascabel se vuelvan lo bastante sociables como para sentarse a la mesa.

—Mejor aún, te inyectaré una dosis y utilizaré todo tu cuerpo vivo como alfombra.

—Vamos, vamos. Sé un poco práctico, Tom. No puedo pasarme la vida bajo tus pies. Tendrás que darme de comer y llevarme al baño de vez en cuando.

—Nada de eso. Tendré a tus cerdos maoríes para lamerte y mantenerte limpio cada vez que mees y cagues, y te comerás crudos a tus súbditos.

—¡Puaj, qué asco, Tom! No creo que vaya a gustarme. Hazme un favor y pásame primero a la chica de la feria. Ya la he probado y está bastante tierna. La conoces, era la bailarina del vientre. Te acordarías si no fueras un jodido marica.

—¡Corta ya, Rogue!

—Oh, no es ningún secreto, nene. Lo he sabido siempre. Eres mi reina favorita, pero... ¡ay, crueldad!, a ti te llaman marica. Con mis disculpas a W. Shakespeare. ¿No te parece que Hamlet debía de ser gay? Esa obsesión por su madre...

—Por Dios, que voy a...

—Y ahora que las computadoras son medio orgánicas... Esa consola que tienes en Terra, ésa con la que mantienes la relación amor-odio... Te la chupa, ¿verdad?

—¡Maldito seas!

Librodot

—Sí, ya veo que sí. Es fascinante ¿verdad? Ahora que podemos conectarnos con nuestros computadores cuasihumanos (juraría que la mía está más viva que yo), podemos tener relaciones sentimentales con ellos. Hasta podemos decirnos por radio, teléfono o telégrafo. Cuando estás en Tritón, ¿hablas con el tuyo por onda corta?

—Te juro que agonizarás toda una eternidad.

—¿De verdad, tiíta? Gracias por incluirme en tu programa de torturas. —Winter cambió bruscamente de expresión, se volvió frío como el hielo—. Intentémoslo una vez más, Manchú. ¿Cerramos el trato del Meta?

—Nunca.

—¿Cuánto tiempo estuviste tostándote con los zulúes?

—Una semana.

—¿Y no te rendiste?

—Nunca.

—Yo lo conseguiré en una semana, Manchú, y lo haré sin manos.

Ballade de Pendu

En donde la humillación de un formidable enemigo acaba consiguiendo que se reúnan dos enamorados mediante el chismorreo y el cotilleo de la Adorable Compañía de Computadoras.

EL AUTOR

EL ZOO DE NUEVA YORK
presenta

EL CARNAVAL DE LAS CRIATURAS

Gorila, el golfo
Oso, el osado
Lobo, el ladrón
Lemur, el liante
Orangután, el orgulloso
Foca, la flaca
Elefante, el elegante
Hiena, la hipócrita
Morsa, la morosa
Mamut, el memo
Gallina, el gallina

presentando a
MAESTRO DE CEREMONIAS,
EL DEMONIO CON FORMA HUMANA

producción dirigida por

Librodot

Nigelle Englund

(Los productores y Directores Teatrales pertenecen a la Liga Solar de Teatros y Productores Eco, Inc.)

Entrada Libre

(Los Adultos deberán entrar acompañados por niños)

EL DEPARTAMENTO DE BOMBEROS INFORMA que todas aquellas personas que decidan encender un cigarrillo, porro o pipa durante los descansos o la representación, no sólo molestan a los propietarios y ponen en peligro a sus semejantes, sino que violan una ordenanza de la Ciudad punible por la ley.

Ese repugnante y asqueroso maestro de ceremonias (¡HISS!) torturaba a los dulces e inofensivos animales (¡BUUU!), armado con un Látigo al rojo (¡OOH! ¡AAHH!), obligándoles a saltar a través de aros ardiendo, haciendo malabarismos con ladrillos calientes, y conduciendo velocípedos eléctricos que los aturdían con descargas continuas (¡BUU! ¡HISSS! ¡GRRR!). Un mono se rebeló (¡VITORES!). Los demás animales se unen a él ("¡Criaturas del mundo unios! ¡No tenéis nada que perder excepto vuestras cadenas!") (¡HURRA!). El desagradable maestro de ceremonias estaba en franca desventaja (¡RISAS! ¡APLAUSOS!), y le obligaron con su propio látigo a realizar los mismos actos humillantes que antes efectuaron sus actuales opresores. (¡APLAUSOS! ¡EXTASIS!)

Cuando cayó el telón, entraron en acción los encargados, moviendo los decorados, accesorios y marionetas de tamaño real de animales, para preparar la siguiente actuación. Sólo el muñeco del maestro de ceremonias fue retirado del escenario con los hilos colgando. Le llevaron a un camerino donde le esperaba Nigelle Englund, la veterinaria albina y directora del zoo, junto a Rogue Winter.

Nigelle soltó los hilos y apartó las agujas de acupuntura de los centros de control hipnogénico del muñeco.

—Ha sido una bonita función la de esta mañana, Tom—dijo Winter—. Mejor que la de anoche. Mucho mejor. Cada vez dominas más el papel. Me reí cuarenta veces y abucheé unas diez.

Ta-mo Yung-kung, Mandarín Número-Uno de los jin y Duque Manchú sobre la Vida y la Muerte, bufó indefenso.

—Estás estupendo en el papel, Tom. A los chicos les encanta odiarte. Nig dice que eres la mejor atracción que ha tenido el zoo desde hace años.

—Si...sólo...pudiera...

—¡Vamos, vamos! No nos pongamos temperamentales, Tom. No intentes modificar tu papel. Te han acupunturado para una actuación pregrabada, y no puedes modificar el guión. El espectáculo es el que manda.

—No podemos mantener esto eternamente, Rogue —dijo, Nigelle—. Acabará quedándose sin fluidos vitales. Quedará en estado vegetativo, por mucho que le hagamos descansar entre función y función.

—Sólo necesito una semana para aplastar su amour propre, Nig. No hay vanidad de marica que pueda aguantar mucho más.

presentando
a
MAESTRO DE CEREMONIAS,
EL DEMONIO CON FORMA LADRADORA

—Estuviste genial esta noche, Tom. Cuando Gorila el Gordo te tiró el ladrillo caliente al culo, el salto que pegaste gustó mucho al público.

Ta-mo Yung-kung, Mandarín Número-Uno de los jin y Duque Manchú sobre la Vida y la Muerte, le miró indefenso.

—Sí, ya sé que están reescribiendo el guión. Pero tienes que entenderlo, Tom, sólo lo hacen para mejorarlo. Así es el negocio del espectáculo.

presentando

MAESTRO DE CEREMONIAS, EL DEMONIO CON
FORMA RECHINANTE

—No sé que pensar de la parte con Foca, la flaca. Ésa en la que te echa pescado después de que has saltado por los aros. A mí me parece que funciona. Pero lo que te aseguro es que estoy en contra de la parte en que el Elegante te echa los excrementos encima. Es de mal gusto. Muy mal gusto. Creo que habría que suprimirlo aunque a los chicos les encanta.

"Pero no te preocupes, nene. Nig Englund ha convocado una reunión para mañana, veremos qué se puede hacer. Hay que escribir la siguiente representación y puede que contratemos a un par de humoristas de la Costa. ¿Tienes alguna sugerencia? ¿Te gustaría trabajar con alguien en especial?

Ta-mo Yung-kung, Mandarín y Duque Manchú suspiró indefenso .

presentando

MAESTRO DE CEREMONIAS,
EL DEMONIO CON FORMA LLORIQUEANTE

—¡Noticias frescas, Tom! ¡De titular! Te has convertido en una figura muy popular. Los chavales están formando clubes de Maestrillos Ceremoniales por todo el Solar. Llevan un Látigo rojo y van con tu foto por todas partes. Ya sabes, la foto con Gorila rompiendo un ladrillo sobre tu trasero. Y lo que es mejor, hay un montón de adultos que te han reconocido en las fotos y vienen por aquí, preguntándose por qué hace el payaso un exobiólogo tan famoso. Tus "compas" jins también están de camino. Tritón no puede creer que su Mandarín Celestial esté haciendo de meshugena zhlob en un zoo, y vienen en persona para comprobarlo. Eres una estrella. Habrá que prepararte una sesión para que firmes autógrafos.

Ta-mo Yung-kung, Mandarín y Duque, sollozó impotente.

presentando

MAESTRO DE CEREMONIAS,
EL DEMONIO CON FORMA DE ESPECTACULO

—Y ahora, señoras y caballeros, personas, gente e híbridos varios JA-JA de todo el mundo, vivitos y coleando JA-JA desde el zoo de Nueva York para todas las abuelitas y nietos del Solar, SBC-TV les presenta el último, el más sensacional, el payaso más brutal de la historia del espectáculo dentro del preestreno de este novísimo, grandioso, vulgar, y ponzoñoso serial lleno de emociones y venganzas interpretado por el hombre al que todo el mundo adora odiar: MAESTRO DE CEREMONIAS en ¡EL SHOW DEL MAESTRILLO CEREMONIAL!

—Quedan cinco minutos, señor Young. Por favor, suba al escenario.

—Gig. Tom, nene. Te tenemos enchufado y programado para que les dejes boquiabiertos. Vas a hacer que Tritón y tú seáis famosos, os convertiréis en leyenda. ¡Y pensar que te conocí cuando no eras más que un Duque de la Muerte...! Bien, allá vamos. Buena suerte. Merde. Rómpete una pierna...

—Com... Puta... Dorra...—croó el manchú.

—¿Qué dices, nene?

—Com... Puta... Dorra... Saabe...

—¿La Computadora Sabe?

—T...

—¿Qué sabe la computadora? De prisa, Tom, rápido. Sólo tienes tres minutos.

—Dóooonde... Tu.... Chic...

—¿Dónde mi chic? ¿Dónde está mi chica? Una computadora sabe dónde se esconde mi titánida? ¿En un sitio al que no tenían acceso tus hombres?

—T...

—¿Qué computadora? ¿Dónde?

—Vamos, Tom. No juegues ahora conmigo. Hay un millón de consolas en todo el Solar. ¿Qué computadora es la que sabe dónde está mi Demi?

—¡Vamos, maldita sea! Estás acabado. No intentes retrasarlo más. Canta. ¿Qué computadora, y dónde está?

—Ya no se puede hacer nada, Rogue—dijo Nigelle—. No puede decirte nada. Está vacío. No es más que una marioneta. Dios sabe cuánto tiempo tardará en recuperarse.

—Sí. Ya da igual que le enchufemos o no para su última función. Tengo que reconocérselo al hijoputa; aguantó durante seis días. También tengo que reconocer que conseguí hacerlo sin manos...pero no conseguí nada más allá de una brizna de paja.

—¿Cómo?

—Una aguja en un pajar, Nig. Primero tendré que encontrar esa maldita computadora, que podría estar en cualquier consola de cualquier parte, y luego conseguir que me diga la verdad.

—Las computadoras no mienten.

—Están medio vivas, ¿no? Dime una sola cosa que esté viva y no pueda mentir de una manera u otra.

—Si están programadas para hacerlo.

—¿Y quién dice que este pollo Manchú no ha programado la que sabe dónde está Demi? Ya sabes. para hacer que diga la verdad sólo si tecleas el código adecuado.

—Resultará difícil.

—Como lo será encontrarla cuando la computadora me diga dónde mirar.

—~,Por qué crees eso?

—Sentido común, Nig. Si nuestro Duque de la Muerte podía decir a sus hombres dónde encontrarla. y aún no le han puesto la mano encima, eso quiere decir que está en un sitio totalmente inaccesible. Oi l~eh, meyd'l! Tsibeles aumenta en mi estomac.

Tuve un sueño absurdo en el que Rogue y Demi deambulaban por las calles de Nueva York buscándose el uno al otro. Las posibilidades de encontrarse eran de un quintillón contra una, porque cuando él buscaba por los barrios bajos ella lo hacía por la zona residencial, y cuando uno se dirigía al este, el otro se encaminaba hacia el oeste.

Pero, en este sueño, resultó que los dos se acercaban a una misma esquina, contraviniendo todas las posibilidades en contra, y 09 estaban destinados a encontrarse. Pero en ese momento, unos obreros bajan el enorme letrero luminoso de un teatro para cambiarlo. Rogue pasó por un lado del letrero, Demi por el otro, y nunca se encontraron. El letrero decía DESTINO: PROXIMO ESTRENO EN EL BIJOU.

Resultó que toda esta farsa estaba inspirada en la realidad, tal y como me la contaron ellos más tarde: estaban buscándose a través del entramado de la Honorable Compañía de Computadoras, algo mucho más laberíntico que las calles de la ciudad.

De una manera totalmente inesperada se descubrió que la tecnología computerizada revertía en las prótesis, o el añadido de un miembro artificial para reemplazar una parte defectuosa del cuerpo. Los ingenieros descubrieron que. al añadir partes orgánicas a una computadora. ésta dejaba de ser una máquina para hacer sumas para convertirse en una entidad casi viva. Fue algo que tuvo el efecto secundario, no anticipado, de convertir a los bancos de computadoras en un entramado de chismorreos y conversaciones cruzadas.

Demi Jeroux trabajaba desde ese entramado, intentando localizar a Winter. Veamos cómo sus pulsaciones atravesaban la cháchara de las computadoras.

!PRINT “NOTA TODOS CENTROS = NTC”
NTC
!PRINT “ROGUE WINTER = ROG”
ROG
!PRINT “R-OG UINTA = ROGUE WINTER

900

Librodot

```
1000
1010
1020
1030

1040

1050

1060

ROG”
ROG
!PRINT “ TERRA = T”

IPRINT “GANIMEDES

!PRINT “TRITON = TT”

OK

NTC ROG TGTT

REM***BUSCAR GENERADOR***
CLS
INPUT “COMPUTADORAS (C)”,A$
INPUT “ANALOGIA & DIGITAL (A,D)”;#
CLS: SI A$ = “A” O A$ = “D” ENTONCES # =
INFORMAR
SI # = “A” INFORMAR
SI # = “D” INFORMAR
PRINT NTC LOCALIZAR ROG
NO SIGNIFICA “NUMERO”
O SIGNIFICA “CERO”
O ES UN NUMERO
NO = R-OG UINTA
NO = ROGUE WINTER
O = NO R-OG UINTA
O = NO ROGUE WINTER

1070 UN MONTON DE GRACIAS & ERES UN L =
LERDO
! !  REM* * *PROGRAMA PRINCIPAL-CAZA ROG* * *
!! GOSUB 1000 ROGUE WINTER
20 GOSUB 2000 R-OG UINTA
30 ROG = “RANDOM = “R”
40 ROG NTC = R”
50 GOSUB TIERRA “T”; GOSUB GANIMEDES “G”
60 SI ROG = “T”ENTONCESNTC”T”
70 GOSUB NTC ROG TGTT POR SI ACASO
80 SI NO = 0&0 = NO ROGUR WINTER ENTONCES
DONDE?
```

ESTOY BUSCANDOTE ESTUPIDO
Y SIGUES EN 1 mn

Winter, por su parte, estaba trabajando en el otro extremo, intentando localizar pistas que le llevaran al escondrijo de Demi, sin ser muy consciente de que el entramado sabía guardar sus propios secretos. Estudió y examinó pantallas de bancos de computadoras, compilando, asimilando y acumulando toda clase de lenguajes-máquina. Éstas son algunas muestras de las respuestas que consiguió:

00101101110001011001010110001111

La última respuesta se traduce como "una variable cualquiera situada en un mismo espacio con todo su sistema de acontecimientos y probabilidades preestablecidas funciona según la norma que dice que cada número real incluye una variable que tienecabida dentro del sistema de variables admisible".

—Un millón de gracias.

—Un campo es una división conmutativa—añadió la máquina, intentando ayudar.

Quizá lo más exasperante fuera el hecho de que él, un profesional de los lenguajes, tuviera que acudir a alguien para que le iniciara en los malabarismos lingüísticos que requería poder hablar con los bancos. Era como el diálogo de Alicia con el Caballero Blanco en "A través del espejo".

Tu búsqueda se llama "Aguja en un pajar".

Muy bien. Eso es lo que busco.

Muy mal. Así es como se llama al nombre. El nombre auténtico es "Salfuera, salfuera, de dónde quiera que estés"

Muy bien. Se llama así.

Muy mal. Lo tuyo es "Preguntar a las Computadoras, pero esto sólo es la manera en que se la llama.

Entonces, ¿cómo infiernos se denomina a la búsqueda de mi chica?

Ahí vamos a parar. En realidad, se llama "APB Demi Jeroux". Y ahora, presta atención. Las computadoras exigen cuatro identidades linguísticas; la manera de llamar el nombre de la búsqueda, el nombre de la búsqueda, la manera de llamar a la búsqueda, y la búsqueda. ¿Lo has entendido?

C'est la mer a boire.

¿Qué?

Esto va a ser imposible. Como beberse un océano.

Ahora que estás al tanto de mi escondrijo inaccesible, Odessa, ya puedes comprender cómo supe todo lo que Rogue dijo e hizo cuando volvió, furioso y agotado, a su apartamento en el Beaux Arts.

Librodot

Es cierto que estaba escuchando, pero una chica enamorada también tiene sus derechos. ¿Quién fue el que dijo "En el amor y en la guerra, todo vale"? Creo que un poeta que se llamaba Francis. No Francis Scott Key, ni el Francis Smedley que regenta el

"Barras y Estrellas Soda Solarium (Sólo Parejas)" en las afueras de los barrios residenciales de Marymount.

Rogue recogió mi psigata (por cierto, se llama "Coco") de manos de Nig Englund, y volcó todas sus frustraciones sobre ella. Naturalmente, Coco se le pegaba al cuello ronroneando de contento. Tengo que admitir que estaba algo celosa, porque era precisamente lo que yo quería hacer en ese momento. Pero Rogue tenía que prepararse para la sorpresa; ese orgullo de macho Maorí, especialmente el de un rey Dos Muertes, se le iba a terminar rápidamente.

Estaba quejándose.

—Maldita sea, señora. He probado con las computadoras de Tritón mediante la embajada. No han podido ser más amables ahora que tengo a su querido mandarín. Luego con el de Solar Media. Personas desaparecidas. Su casa de apartamentos. En todos los sitios donde tenía cuenta corriente. Luego en Alitalia, United, TransSolar, Jet France y Pan Sol. Con Virginia, a larga distancia. Con Odessa Partridge y su apparat de Inteligencia. El cacharro de exobiólogo de Tom Young. He probado con Elektronenrechners, Ordinateurs, Calcolatores, Comhairins y hasta con el viejo Golem-Uno de Jerusalén. Nada en todas partes. Null. Nada. Nulla. Estoy vacío. Me rindo.

Se aflojó el cuello del traje y lo abrió para que mi psigata tuviera acceso a la garganta. A continuación recorrió todo el apartamento, inspeccionando los muebles y cosas que yo había utilizado, cada cuadro y libro que había mirado, los cacharros y recuerdos que había tocado; la bañera de dos metros que nunca tuvimos oportunidad de compartir juntos; la cama japonesa que utilizamos. Y, a continuación, se metió en su cuarto de trabajo para conectar el ordenador con el que estaba neurológicamente conectado. Pero descubrió que ya estaba en marcha.

—Vaya—murmuró—. Debo de andar sonámbulo. A no ser que lo hayas encendido tú, gatita.

—Spqrrrr—fue la no respuesta.

Activó las pantallas auxiliares repartidas por todo el apartamento, para así poder deambular mientras discutía con su segundo yo y veía qué respuestas le proporcionaba. Se asombró al ver cómo las pantallas nos mostraban a los dos sentados en el sofá de la salita, hablando aquella primera noche.

—Pero la computadora no estaba encendida cuando vine con Demi. Podría jurarlo.

ROGUE
¿Qué fue lo que te gustó de mí?

DEMI
¿Cuándo?

ROGUE
Cuando empecé a trabajar para Solar Media.

DEMI
¿Qué te hace pensar que me gustaste?

ROGUE
Estabas ansiosa por invitarme a almorzar.

DEMI
Fue tu pasión.

ROGUE
¿Hacia qué en particular?

DEMI
La belleza sofisticada del pabellón de esquí, Mystique D'Chansma .

ROGUE
No había ningún Mystique D'Charisma

DEMI
Eso es lo que me gustaba de ti.

—Pero la conversación no se desarrolló así. Todo está cambiado, puesto al revés.

DEMI
¿Quieres un trozo de piel autografiado por Mystique D'Charisma? Puedo conseguir que el departamento de arte falsifique uno para ti.

ROGUE
No, gracias, quiero algo más que falsos desnudos de ti.

DEMI
Ajá. Se vuelve machista. Ahora que ha conseguido a la chica, muestra sus verdaderos colores.

—¿Qué diablos le pasa a este aparato? Las figuras y las voces son perfectas, pero el diálogo está distorsionado.

DEMI
¿Y qué es lo que te gustó de mí cuando me viste por primera vez en Solar?

ROGUE
¿Quién dijo que me gustaras?

DEMI
Te acercaste a mí como si fueras un bandido y me invitaste a almorzar... y a algo peor.

ROGUE
Fue tu aspecto ambivalente.

DEMI
¿Creíste que era un marica vestido de tía?

ROGUE
No. No. Tu alegría. Lo haces todo como si fuera un juego y una diversión, y eres completamente imprevisible. Eres una impostora de la alegría.

DEMI
O sea, que soy una mentirosa.

Librodot

ROGUE
O sea, que eres una duende.

DEMI
Mis amigos me llaman “Campanilla”.

ROGUE
Y yo creo en las hadas.

DEMI
Junta las manos si crees en hadas.

—¡Ya lo entiendo! ¡Ya lo entiendo! El ordenador lo está contando desde su punto de vista; cómo le gustaría que hubiera pasado y cómo le gustaría recordarlo. Debe de haber grabado esta joyita para mí cuando vino a dejar la gata y las llaves, antes de salir de estampida .

ROGUE
Es una manera malditamente linfática de empezar cualquier cosa.

DEMI
¿Por qué? ¿Acaso no es diversión? No es eso lo que dijiste que te gustaba de mí?

ROGUE
¿Quién se está divirtiendo?

DEMI
Yo.

ROGUE
¿Quién está jugando?

DEMI
Tu alegre impostora.

ROGUE
¿Y dónde entro yo?

DEMI
Limítate a seguirme el juego y toca de oído.

ROGUE
¿El izquierdo o el derecho?

DEMI
El del centro. Es donde tienes el alma.

ROGUE
Eres la chica más terrible que he conocido.

DEMI

He sido insultada por hombres mejores que usted, caballero.

ROGUE
¿Como cuáles?

DEMI
Como aquellos a los que he rechazado.

ROGUE
Me dejas con la duda.

DEMI
Es la única manera de manejarte.

ROGUE
¡Maldita sea, tú ganas!

—¡Sorpresa! ¡Sorpresa! Toda esta parte se parecía bastante a lo que había pasado de verdad. Era obvio que le gustaba a Demi. Me pregunto ¿qué es lo que la hace tan especial?

DEMI
Eso es lo último que esperaba de ti.

ROGUE
¿El qué?

DEMI
Que fueras tímido.

ROGUE
¿Yo? ¿Tímido yo?

DEMI
Sí, y me encanta. Tus ojos están haciendo inventario, pero el resto de ti no se ha movido.

ROGUE
Lo niego.

DEMI
¿Conoces los poemas de amor de John Donne?

ROGUE
Me temo que no. Debo haberlos dejado de lado por algún motivo.

DEMI
Todas las chicas de California los leen y suspiran por ellos. Voy a recitarte uno.

ROGUE
No te temo.

DEMI
"Libera mis acariciadoras manos y déjalas en libertad. Delante, detrás, en medio, arriba, abajo."

Librodot

ROGUE
Ahora sí que te temo.

DEMI
"¡Oh América mía! Tierra recién encontrada. Mi reino, a salvo gracias a la doncella de un hombre... ¡Qué afortunado soy por haberte encontrado!"

ROGUE
Demi, no. Por favor, no.

DEMI
"¡Plena desnudez! Todas las alegrías se deben a ti. Todas las almas descarnadas, de cuerpos desvestidos deben ser, para saborear todos tus néctares".

ROGUE
Te lo suplico. . .

DEMI
"Me desnudaré yo primero para enseñarte; esta noche ¿por qué necesitas cubrirte más que tu duende?"

ROGUE
¡Demi!

DEMI
Vamos, Rogue...

—¡Jigjig! ¿Grabaría también su versión de nosotros en la cama ?

Oh, sí que lo hice, sí. En la oscuridad. parecía un centenar de hombres con un centenar de manos, bocas y lomos. Era un negro con firme lengua que me ahogaba. y con una lanza dura y fuerte que temblaba dentro de mí.

Era un delicioso canturreo en mi oído cuando su boca arrancaba arpegios de mi piel. delante, detrás. en medio, arriba y abajo. Era un animal de otro mundo emitiendo gruñidos mientras me poseía y hacía que mi vientre gritara en el éxtasis. Era duro, tierno, exigente, salvaje, macho, macho, macho. Mi espalda temblaba con un terremoto de infinitos espasmos.

Y durante todo esto, manteníamos una chispeante conversación sobre el champán y el caviar como preludios eróticos, algo previo a tumbarse ante el fuego para compartir el amor por primera vez. Y, tras el primer beso, me colocó un anillo en el tercer dedo de la mano izquierda. Un anillo de oro rosa con la flor de Virginia grabada.

Winter se levantó de un salto.

—¡Apágate !—le gritó a su medio yo.

Las pantallas se desconectaron.

Respiró profundamente. Debió pensar la orden, pero ahora sabía que el ordenador funcionaba por su cuenta, y sospechaba por qué.

—No podía saber nada del anillo—dijo lentamente—. Ya estaba huyendo de los soldados de Tritón cuando lo compré. Nunca lo vio. No oyó hablar de él. A no ser que... a no ser... Fue un sintetista más grande que yo el que dijo “Elemental, mi querido Watson”. Y tenía razón. He sido un completo idiota. No me extraña que los gorilas jin no pudieran acceder a ella.—Levantó la voz—. Programa Problema APB Demi Jeroux Print Dirección Absoluta.

Y se sentó a esperar.

No sabía lo que esperaba; quizá una calle o un número, o la imagen de una casa, oficina. terminal. ciudad, continente, satélite, planeta, río, lago u océano. Su computadora sabía dónde estaba Demi. Sabía que una “Dirección Absoluta” en círculos computerizados exigía la localización exacta de los datos almacenados donde debería encontrarse el operativo referenciado, sin manera de evadirse por delante, detrás, en medio, arriba, o abajo del imperativo. Cuando la pantalla brilló, apareció una respuesta inesperada.

—#$% -&')(*+:=-;#-

—¿Qué infiernos significa esto?

—*#)$(%'-&+ .

—¿Estás intentando decirme algo?

_ #*% * - *&8'*()*)(

—Oi veh! Yo Buen Indio. ¿Quién ser tú?

—+ = : ;*—o)o(#&= +

—¿Te importaría decirme qué clase de lenguaje estás utilizando, si es que lenguaje es la palabra adecuada?

—;=o-*+:?#)(-

—¿Te importaría intentarlo con otro? Con Solaranto o Lenguaje Máquina. Ya sabes, uno más uno equivale a lo que sea que estés programado para que sea.

—¿Eso quiere decir “no”?

—Ah, por fin llegamos a alguna parte. Juguemos a las Veinte Preguntas. ¿Eres animal?

— + .

—¿Vegetal? Es para asegurarme de lo que significan tus - y +.

— + .

—¿Ambas cosas? ¿Estás intentando despistarme? ¿Mineral?

— + .

—¿Las tres? ¿Qué es lo que puede ser animal, vegetal y mineral a la vez? ¿Un hombre? Es posible, si incluyes prótesis. Y estos días hay mucha gente que las utiliza. ¿Una máquina? Quizá.

Librodot

¿Comida? Tal vez. Hay especias minerales. Pero el hombre no habla tu lenguaje. Ni tampoco las máquinas. Eso nos deja con la comida. ¡Ah, la comida! Tiene un lenguaje encantador que se transmite por el gusto y el olor y...

Winter volvió a sobresaltarse, y tras un momento caótico estalló en un torrente de palabras.

—¡Buen Dios! Mi querido, fiel, leal, auxiliador, amable, cortés y gentil Dios. Te doy las gracias y espero poder devolverte el favor algún día. ¡Naturalmente! Elemental, mi querido Watson.

Olores, gustos y sensaciones. El lenguaje químico de los Titánidos. Eso es lo que intenta decirme el ordenador. Utiliza signos visuales porque no está capacitado para emitir tacto y sabor. Ninguna computadora puede hacerlo. Quizá las programen así algún día. Es igual. Estoy impresionado, impresionado. Nunca creí que... En fin, adelante con el programa. Háblame en Titánido y dime dónde está Demi Jeroux.

—¿Sí?

—¿Sí?

—Adelante.

—Sigue hablando.

—¿Una media luna? ¿Algo que cuelga?

—El círculo está dividido en dos. ¿Y ahora?

—¿Y ahora en cuatro? Espera un momento. Espera. Un. Maldito. Momento. Esto me suena a algo. Me suena. Sonar. Sonar. Sonar. Sonajero. Soniquete. Sonido. Sonido de Campanas. Campanas. ¡Eso es! Las campanas de cristal que protegen los instrumentos de biología. Biología. La fecundación de la célula. Embriología. Eso es lo que estoy viendo. Algo por nacer. ¿El qué? ¿Dónde? ¿Qué clase de mensaje es éste?

Estaba hipnotizado por el despliegue de división celular que tenía delante: blástula, gástrula, blastodiscos. ..

—¡Dios mío! Se desarrolla en microsegundos.

Ectodermo, mesodermo, endodermo...

—Es la primera vez en la historia que una computadora da a luz. Pero ¿qué va a nacer?

Su excitación le llevó a la habitación de trabajo para ver mejor, desde la pantalla principal, el producto terminado. Durante esos segundos, el desarrollo se convirtió en dénouement, y llegó en el momento que la enorme pantalla estallaba ante su rostro. Demi Jeroux surgió del ordenador en medio de una lluvia de partículas de plástico, rodando por el suelo y cayendo encima de él. Estaba desnuda, sudorosa y temblaba como una hoja.

—¡Dios! Entrar fue fácil comparado a salir. ¿Te he hecho daño, cariño?

—Estoy bien. Estoy contento. Estupefacto. Asombrado. Hola, tú. Hola. amor mío. Hola mi duende, querida. ¿Qué hacía una chica encantadora como tú en un sitio como ése?

—¿Sorprendido?

—No, que diablos. Siempre supe que estabas cerca. Lo supe todo el tiempo.
Terra Incógnita

¡Ah, Dios! ¡Qué gran mundo debió de ser éste para vivir en él hace dos o tres siglos, cuando todo estaba por descubrir! Por aquel entonces, el Hombre cortejaba a la Naturaleza, mientras que ahora se ha casado con ella. Han desaparecido todos los misterios. El Solar es tan familiar como el camino empedrado que discurre entre dos pueblos. Y si te has creído esto es porque eres un meshuge.

ODESSA PARTRIDGE

Esta vez abandonaron juntos la bañera de dos metros, y se dejaron caer chorreando en la sala de estar. Se sentaron en el sofá, poniendo los pies en la mesita de café, llenándolo todo de agua y sin que les importara un comino en su alegría por haber resuelto finalmente la crisis.

—Tendrías que oír cómo se quejan los muebles y la alfombra —rió Winter—. Glug, glug, glug. Glgglglg. Glooog, glooog, glooog. Hay cosas que nunca están contentas.

—Yo soy una cosa contenta.—Demi estaba resplandeciente. Parecía una nereida reclinada sobre una ola; flotante cabello rojo, ojos verdes y piel de coral rosa—. Nunca pensé que hacer el amor bajo el agua sería tan..., tan...

—¿Tan qué?

—No puedo decirlo. Las buenas chicas de Virginia nunca hablan de eso, así que no tengo palabras para definirlo. ¿Y tú? ¿Lo habías hecho antes'?

—Muchas veces—respondió Winter con rapidez—. He mantenido mi reputación bajo todo tipo de mares; de agua salada, mares de agua dulce, mare nostrum, mar tirios, martinis...

Le hizo callar con un golpe.

—¿Y mientras yo no estaba?

—¿Qué pasó mientras no estabas?

—Ya lo sabes. ¿Hubo alguna otra? Te prometo que lo comprenderé .

Y empezó a mirarle como la madre de Whistler.

—Baja de ese pedestal—sonrió, hablando a continuación con tono grave—. Puedes creerme, amor. Todos salimos de caza. Y no lo hacemos por lujuria, sino por amor a la variedad y a lo nuevo. Por entretenernos. Bueno, pues contigo, cada vez es nueva y diferente, así que ya no tengo que salir de caza. La respuesta es no. Era feliz esperando a que llegara mi entrenamiento particular. Además, estaba muy ocupado buscando el canal con que sintonizar mi espectáculo favorito y conseguir que reapareciera en pantalla.

—Eres mi chalado de las estrellas favorito—gritó, transformándose en su versión de una meyd'l sonrojada—. Ahora quiero que me cuentes todas tus aventuras, las que no me llegaron por el entramado de computadoras.

—No, tú primero.

Librodot

—Pero yo no he tenido ninguna. ¿Cómo podría tenerlas, si estaba metida dentro de tu maldita consola.

—Bueno—dudó—. ¿Por cuáles empiezo? ¿Por las buenas o por las malas?

—Empieza con las malas . Acabemos con ellas cuanto antes.

Asintió sombrío

—Ésta no pudiste saberla. Cuando estaba en Tritón, quedé atrapado durante horas y horas en una de sus mortíferas cuevas de lava helada. Sin comida, bebida ni luz. Lo único que me mantuvo a flote fue pensar en ti e imaginar todas las excitantes y maravillosas pautas que podríamos efectuar juntos cuando consiguiera encontrarte, si es que lo conseguía.

—Pero conseguiste escapar, Rogue. Eso es evidente. ¿Cómo lo hiciste?

—Sumido en la desesperación, dejé que el salvaje maorí que había en mi interior saliera a la luz. Cavé en el hielo y la lava con mis manos desnudas, como si fuera un animal atrapado, y por fin conseguí abrir un agujero lo bastante grande como para deslizarme por él hasta el exterior, pero...

—Pero ¿qué?

—Pero cuando salí, vi mi sombra y volví a meterme dentro.

Demi lanzó un gritito.

—¡Ooooh, eres, eres, eres...! ¡Me lo había creído! ¡Mentiroso! ¡Retorcido tramposo! ¡Seguirás contando mentiras hasta la tumba!

—Sí, a los que lleven mi ataúd. ¿Cómo diablos te metiste en esa computadora? Sólo funciona conmigo. Con nadie más. ¿Le mostraste tu sombra?

—Bueno, cuando conseguí liberarme de los hombres jins...

—¿Cómo?

—Con una maza.

—No sabía que tuvieras una.

—Y no la tenía. Pero les grité “Maza” con todas mis fuerzas en titánido químico, y acabé consiguiendo el mismo efecto.

—Dios mío, cariño. Eres todo un adversario.

—La verdad es que sí. Nunca tendré “problemas” contigo. Siempre puedo enfriarte con químico, cosa que no me parece muy elegante para tratar a mi único semental. Bueno, el caso es que llegué aquí con la psigata, abrí la puerta con la llave y empecé a pensar. ¿Había algún sitio donde esconderme, algún sitio donde los jins no pudieran cogerme otra vez? Lo único que se me ocurría era tu computadora, así que me metí en ella.

—Pero sólo me hace caso a mí.

—La dejaste encendida.

—Puede que me la dejara, pero sigue respondiéndome sólo a mí. ¿Cómo lo hiciste?

—Bueno, es algo así como reflejarse en un espejo.

—¿Te refieres a una imagen?

—Algo así.

—No me lo puedo creer.

—¿Por qué no? Provengo de un mundo cristalino.

No le quedó más remedio que admitirlo.

—¿En qué consiste?

—No tienes por qué utilizar una bola de cristal. Sirve cualquier cosa... un charco de tinta, de agua, un espejo, un cristal, una uña. ..

—¿Y?

—Utilicé la pantalla del computador y me concentré en ella. Tienes que sumergirte en algo.

—¿Y?

—La pantalla pareció volverse blanca, luego negra, y se desvanecieron hasta sus reflejos.

—Entonces te vi, en blanco y negro, inmóvil, como en una fotografía.

—¿Sí?

—Luego apareció el color y empezaste a moverte, tal y como lo haces cuando hablas y piensas en voz alta, muy concentrado. Era como una película a cámara lenta.

—¿Podías oírme?

—Al principio, no. Todo estaba en silencio. Entonces empecé a oír tu voz. Y todo dejó de parecer una película. Era real. Como si estuviera a un extremo de la habitación y tú me miraras desde el centro. Entonces fui a ti, y tú me sujetaste, y estaba contigo dentro de la computadora.

—¿Cómo sabías que era yo? La mayoría de mis amigos me acusan de ser demasiado dúctil y adaptable, de no tener una personalidad establecida.. . Lo decía hasta mi primera esposa.

Demi apretó los labios y le miró como un criminal que acaba de condenarse a sí mismo.

—Esto no va a gustarte, cariño, y preferiría no contártelo, pero... Bueno, eres alguien muy profundo, complejo, adaptable y todo eso, pero no eres tan misterioso para una titánida. Por eso somos tantos los que preferimos vivir en la Tierra. Para nosotros no eres más que una cuestión de aritmética básica, y eso hace que nuestra vida sea mucho más fácil. Así que fui capaz de recrear tu persona y personalidad...

Tenía razón. No le gustó nada, pero consiguió controlarse.

—Así que te metiste dentro. ¿En concepto de qué? ¿De "bits" en los bancos de memoria?

—Podemos transformarnos en cualquier criatura viviente, desde una ameba a un brontosaurio. Hay interruptores orgánicos dentro de tu computadora. Un Pons Varolli encargado de coordinar tus sensaciones a medida que las recibe. Lo dupliqué y me uní a él en paralelo.

—¿Como si fueras un Pons auxiliar?

—Algo así.

—Y así pudiste seguir viva y en perfecto estado de salud dentro del aparato, recibiendo alimentación mediante los mismos nutrientes que le alimentaban a él.

—Eso es. Como un polizón. Mis disculpas.

—¿Y sólo accesible a mi persona?

—Sólo a ti.

—Entonces ¿cómo diablos pudo enterarse ese maldito manchú Duque de la Muerte de dónde estabas escondida?

—No estoy muy segura. Es un tipo brillante. Un caso raro de Mensa. Pudo haberlo deducido. O pudo denunciarme su devota exocomputadora.

—¿Lo sabía?

—Lo saben todas. Nuestro ordenador está en estrecho contacto con las demás computadoras orgánicas que entran en su radio de acción.

—¿Cómo?

—Por los cruces de líneas, los canales paralelos de comunicación y las líneas energéticas. Aprendí mucho ahí dentro.

—Y por fin estás a salvo. ¿Por qué infiernos no me lo hiciste saber?—Su furia no estaba tan controlada como creía—. ¡Dios mío! Casi me vuelvo loco pensando en lo que podía haberte pasado.

—Pero si lo hice. ¡Claro que lo hice! Todas las computadoras de la red enviaron el mensaje.

—¿Qué mensaje?

—Que estaba a salvo. ¿Es que no lo recibiste?

—No recibí nada. ¿Qué mensaje enviaste?

—Que estaba bien.

—Los únicos mensajes parecidos que recibí fueron del zoo, el banco y el consulado.

—¿Cuáles eran?

—Que tu psigata odia compartir media jaula, que el banco sólo podía darme la mitad del dinero que había pedido, y que tenía un visado de medio año para Tritón. Espera un momento. Sí. También que podía compartir media cabina en el vuelo a Ganímedes.

—¿Qué decían exactamente las pantallas?

—1/2 OKEY. El "medio" era el número impreso.

—Oh, Rogue, Rogue, Rogue. ¿En dónde tenías la cabeza?

—Planeando el golpe a Tritón . Pensaba en ti, claro.

—Sí, sí. Es verdad. Gracias, amor mío, gracias. Pero, bueno... ¿Cómo se llama a una taza pequeña de café? ¿Una media taza? O mejor aún, ¿qué es medio hombre y medio Dios?

—Pues una demilasse, cla...—Casi perdió la voz—. Y. Un. Semi. Dios... ¡oh, Jiz! ¡Santo Jigjiz! Todo el rato era "Demi O.K." Demi, que en francés quiere decir medio.—Lanzó una risotada, sin el menor atisbo de furia—. Soy el imbécil más grande del mundo.

—Tenías cosas más importantes en las qué pensar.

—Pero debí... —balbuceó—. Yo, ich, moi, el definitivo, el gran sintetista, pasando por alto algo así. Ah, cómo caen los poderosos.

—No a mis ojos.
—Tú. Ah, tú eres algo extraño para mí. ¿Por qué no incluiste tu nombre en el mensaje?

—¿Y proclamarlo a los cuatro vientos? El mensaje estaba codificado para ser recibido por tu persona, SPW. Sólo Para Winter.

—¿Sólo para mí? Entonces, ¿cómo supo el Duque de la Muerte que estabas sana y salva, y que una computadora podía decirme dónde?

—Su propio ordenador debió saltarse la orden y transmitírselo a él. Parece que el cacharrito enamorado del Manchú es un cotilla.

—¿El cacharrito...? ¡Ajá! Conque también estabas al tanto de eso.

—Los ordenadores lo sabemos-todo.

—¿Cómo supiste que el asunto estaba liquidado, y que podías salir sin problemas?

—El ordenador del zoo. Tengo que decirte, cariño, que lo que le hiciste a To-ma Yung fue tan malvado que me tiene algo asustada.

—¿Ya no soy un payaso aritméticamente simple?

—¡Oh ! ¿Te he ofendido?—Volvió a ser la Demi de Solar Media original, asustada y a punto de romper a llorar—. Sabía que lo haría, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Tenías que tener una respuesta y debía decirte la verdad. Si no, te habrías dado cuenta de que mentía, y estarías más furioso aún. Por favor, Rogue, intenta comprenderlo. ¿Por favor? ¿Rogue? ¿Amigos?

Librodot

Levantó una mano y empezó a adoptar el aspecto de una fidedigna, leal y desnuda girl-scout.

Rogue miró la mano, el torturado rostro, sonrió, se levantó y se metió en el cuarto de trabajo. Volvió casi inmediatamente para sentarse a su lado. Demi no había alterado ni la expresión ni la pose. Parecía congelada en su desesperación.

—Ya que tanto tú como el ordenador fantaseabais tan eróticamente sobre ello—dijo—, creo que podríamos hacer que fuese real.—Y deslizó el anillo de oro en el tercer dedo de la mano izquierda—. ¿Quieres que encienda la chimenea, cariño? No sé si tendré champán en la nevera.

Ella miró el anillo, y todo su cuerpo de chica de Virginia tembló.

—¡Oh, Rogue! ¡Rogue! ¡Rogue!

Se apretó contra él y aplastó la boca contra la suya.

Aceptó complacido su recompensa.

—Yra pra a Icam. Vms ia dundllo.—Consiguió liberar los labios—. Y ahora, para la cama. Vamos ya, duendecillo.

Pero su adoración se volvió dolor y sorpresa.

—¿Qué te pasa, Demi? ¿Te duele algo?

—Pe-perdona—dijo tras una pausa—. Pero creo que está pasando algo... el bebé...

—¡Qué!

—Lo que has oído.

—¡Pero si sólo estás de dos meses !

—Sí, p-pero...

—Y además, no se te nota nada.

—Sí. Lo sé . Pero todo esto es nuevo. Es la primera vez. Creo... creo que estoy rompiendo todas las reglas conocidas de la civilización.

—¡Que los Santos nos amparen! Llamaré a Odessa. No te muevas. No hagas nada.—Corrió excitado hacia el teléfono—. Otra pauta nueva, Dios mío. Otra nueva crisis. No hay quien se aburra con una titánida. Me pregunto qué diablos vamos a prod... ¿Hola? ¿Odessa? Rogue Winter al aparato. ¡Socorro!

Al habla Odessa Partridge. Yo empecé esta lunática historia de amor, así que a mí me corresponde terminarla.

Estamos manteniendo bajo estricto secreto y vigilancia al Manchú por muy diversos motivos. Uno de ellos es que está quemado, tal y como Nig Englund advirtió, y estamos llevando a cabo con

él un experimento muy interesante. Ya sabréis que hay pacientes con riñones destrozados. Tienen que vivir en función de un apparal que purifica su sangre. Pues estamos intentando hacer lo mismo con la mente del Manchú utilizando delfines.

Son muy inteligentes, quizá más que la mayoría de los humanos, y están unidos al Duque en series neuronales. Hacemos circular descargas cerebrales a través de ellos. Esperamos que los circuitos cerebrales de los delfines consigan abrir los del Manchú. Es demasiado brillante para desperdiciarlo.

Quizá tenga que explicarlo algo mejor para los tipos que se limitan a encender una bombilla sin hacerse ninguna pregunta. Como ejemplo, utilizaré las luces de un árbol de Navidad. Cuando están conectadas en paralelo, se tienen dos cables que salen del conjunto, y cada bombilla está conectada a los dos cables de la siguiente manera:

Cuando un grupo de bombillas está conectado en serie, se convierte en una ristra de judías. La corriente pasa por cada bombilla mediante un solo cable, y cuando se conecta el circuito se encienden todas:

Esto es lo que hemos hecho con los delfines y el Duque. Es el último cerebro de la serie. Claro que, cuando se recupere, puede que empiece a pensar como un delfín, y se escape a mar abierto. Si decide enfrentarse a la industria pesquera, tendremos problemas.

Mientras, tenemos al Manchú en nuestro poder. Las negociaciones con Tritón sobre el Meta están tomando un cariz optimista. Oparo y su alegre Mafia no parecen muy contentos por ello, y Jay Yael está trabajando para enfriar los ánimos. Tuve que enviar a Barb de vuelta a Ganímedes para que echara una mano. Por cierto, se marcó un tanto de primera al alistar a la bailarina del vientre para que recibiera entrenamiento en Inteligencia. La joven diablilla va a ser un Garda infernal.

La duendecilla titánida tenía razón; rompió todas las reglas conocidas. Alumbró un par de gemelos como si echara una piedra del riñón. Pesaban dos kilos y medio cada uno, cinco entre los dos, y jamás se le notaron. Ni por delante, ni por detrás, ni en medio, ni arriba, ni abajo. ¿Cómo pudo producir cinco kilos (5) de híbrido, en dos meses (2)? La Asociación Médica Solar anda detrás de ella y de ellos, especialmente porque los chicos estaban totalmente desarrollados y no necesitaban incubadora.

Son dos chicos terráqueos totalmente normales y convencionales. Y creemos que no hay nada titánido en ellos, lo que desconcierta a su papá y su mamá... Yo creo que están algo desilusionados. No se diferencian en casi nada. Son gemelos idénticos que responden a los nombres de Tay y Jay, y que llevan unos brazaletes para poder distinguirlos. Pero no son completa y absolutamente idénticos al cien por cien.

Creo recordaréis lo que dijo Cluny Decco sobre que ella y Damon Krupp habían estado controlando los sueños de su bebé experimental mientras era a la lluvia de radiación que acabó produciendo a Rogue Winter. Hicimos lo mismo con los niños de Demi en cuanto nacieron, y descubrimos que eran isómeros, gemelos como una imagen del espejo respecto a su original. Algo inusual, pero en absoluto único.

La gente suele preguntarse qué es lo que sueña un feto. Después de todo no tiene material o experiencias en las que basarse. La respuesta suele ser “el subconsciente cultural”. Se ven sometidos a los eones de acumulación cultural que han originado al hombre moderno, y piensan y sueñan según esas pautas evolucionarias.

Librodot

Exempli gratia: Todos nosotros, en un momento u otro, nos hemos visto asaltados por el miedo, un terror indecible que no tiene causa reconocida. Los psiquiatras intentan racionalizar esto en términos de inhibiciones e inseguridades, pero la verdad es que es algo que surge de nuestro inconsciente colectivo. Un resto de las generaciones de la Edad de Piedra que sobrevivieron gracias al miedo a lo desconocido.

Por otra parte, el nacimiento es una experiencia traumática para una criatura que ha estado dentro de un útero, y le proporciona material suficiente para los sueños más locos. Eso es lo que pasó con los gemelos de Demi, y así es cómo descubrimos que eran imágenes especulares. Las confusiones tenían su nexo común en la "c", el símbolo de la velocidad de la luz y, en nuestros días, la velocidad multivalente del concepto. Sus pensamientos eran a veces muy específicos, otras veces caóticos, y siempre rotando de derecha a izquierda.

Jay, el dextro:

AcA
CAcAC
SHOcK
cONTACTO
cACOFONIA
cONFLICTO
SHOcK
CAcAC

AcA

Tay, el levo:

AcA
CAcAC
KcOHS
OTCATNOc
AlNOFOCAc
OTCILFNOc
KcOHS
CAcAC
AcA

Hay filósofos actuales que sostienen que la lectura real de E = Mc2 debería ser: "Evolución es igual a Man (Hombre) multiplicado por la velocidad del concepto elevado a la segunda potencia".

¿Todo tranquilo y sereno? Sí, si no fuera porque hoy me dejé caer, tal y como prometí, para echarle un vistazo al personal. (Demi arrastró a Rogue a su primera visita a Virginia, estoy segura que para exhibir orgullosa su conquista.) Entonces eché un vistazo a los chicos en su cuna. Y maldita sea si Jay, el diestro, no cogía una brizna de paja con su izquierda, mientras que Tay, el zurdo, la cogía con la derecha. Comprobé sus brazaletes para confirmar que no me equivocaba. Sí. No había duda. Habían invertido sus papeles. Tenía que hacerles saber que estaban montando un número:

—¡Hey! Niños listos, arriba. La que os despierta es vuestra madrina. Quizá todavía no podáis hablar. pero estoy malditamente segura de que podéis oírme y entenderme. Os habéis transformado y cambiado. ¿verdad? Jay se ha vuelto Tay, y viceversa. Muy gracioso. Muy gracioso.

Los dos diablillos terráqueos rodaron sobre sus espaldas y me dirigieron una mirada de tan socarrona alegría que no pude evitar reírme .

Perversos niños impostores, medio terrestres y medio titánidos. Sólo Dios sabía qué saldría de aquella mezcla. La duende y el Sintetista tenían una infernal pauta nueva entre las manos. Y lo mismo le pasaba al Solar.

FIN